
NATALI
ENTRE ARENA Y ORO

Entre Arena y Oro

Natali

Todos los derechos reservados a Natalie, 2026 ©

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático, la grabación, fotocopia, almacenamiento en base de datos o transmisión por cualquier medio electrónico, óptico, mecánico o de otro tipo. El uso comercial de cualquier material incluido en este libro está estrictamente prohibido sin el permiso previo y por escrito de la autor.

Prólogo

Guivat Shmuel, abril de 2003

Los rayos de sol de la primavera israelí se colaban entre las viejas lamas de las persianas del salón de la familia Arazi, dibujando franjas de luz sobre la alfombra desgastada. Ese sol no iluminaba cristales ni jardines de lujo; lo que exponía eran facturas de la luz sin pagar y una mochila escolar tirada con descuido junto a la puerta.

La mañana en que Ariel cumplía dieciocho años no se sentía como el comienzo de una nueva vida, sino como un movimiento más en la estridente sinfonía familiar. Sentado en la cocina, intentaba ignorar el alboroto de siempre: los gritos de su madre por las llaves del coche, que habían vuelto a desaparecer, y los ruegos constantes de su padre ante la puerta cerrada de la habitación de Ben, que se negaba a despertarse a tiempo. Ariel clavaba la cuchara en su tazón de cereales como si intentara cavar en él para encontrar la paz que había perdido.

Nadie se acordó de cantarle el «cumpleaños feliz». Él prefería que siguiera siendo así; sabía que, detrás del ruido habitual, el silencio que había envuelto a su padre las últimas noches ocultaba una historia mucho más aterradora que el olvido. En esa casa, la supervivencia tenía una voz más fuerte que la alegría.

Maya entró en la cocina, haciendo crujir suavemente su falda de tablas. Parecía pertenecer a otra época, pero sus ojos oscuros estaban muy enfocados en el presente. Se fijó en Ariel, que estaba encorvado, con la luz de la ventana reflejándose en los gruesos cristales de sus gafas. Se veía tan pequeño dentro de aquella camiseta varias tallas más grande, como si intentara desaparecer dentro de sí mismo en un día que debería ser completamente suyo.

—Felicidades, genio —susurró, apoyando una mano en su hombro. Ariel dio un pequeño brinco, como si el contacto humano hubiera irrumpido por sorpresa en su mundo.

—Gracias —murmuró sin levantar la vista de la leche, que ya se había vuelto marrón por el chocolate.

—Yo no me olvido —continuó ella, rodeándolo con un abrazo inesperado. Una sonrisa sutil, casi invisible, asomó en los labios de Ariel. En ese momento, Yaron entró en la cocina con el teléfono móvil pegado a la oreja.

—¡Te lo digo en serio, Dudu, si el carrete de fotos no llega antes del mediodía, no me vale de nada abrir la tienda! —siseó con rabia, pasando de largo junto a sus hijos sin siquiera mirarlos. Abrió la nevera, sacó un cartón de leche vacío y soltó un suspiro de desesperación.

—Papá —lo llamó Maya con una voz que cortó la llamada. —Hoy es 14 de abril.

Yaron se detuvo. Miró a Ariel, luego a Maya, esforzándose por descifrar la indirecta entre la niebla de sus preocupaciones. —Ahora estoy contigo, cielo —murmuró hacia el auricular y salió en dirección al desordenado jardín, con pasos pesados sobre las baldosas.

Maya lo siguió con la mirada. Su figura, alejándose bajo el sol primaveral, le pareció aún más encorvada. Cuando volvió a mirar a Ariel, este parecía congelado. Seguía masticando a un ritmo mecánico, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no mostrar ningún signo de dolor, pero Maya pudo oír cómo se le rompía el corazón en medio de aquel silencio que se extendía entre ellos; un silencio que pesaba más que cualquier grito.

Sacó del bolsillo de su camisa una cajita azul, atada con una fina cinta dorada, y la dejó con delicadeza junto a la mano fría de su hermano. —Esto es para ti. Lo encontré en una tienda de segunda mano cerca de la universidad. Pensé que te ayudaría a guardar las cosas que de verdad importan.

Ariel soltó la cuchara. Le temblaban los dedos al tocar el lazo dorado. No preguntó qué era; su corazón ya estaba demasiado cansado para ilusionarse, solo quería que el día pasara. Al tirar de la

cinta, descubrió en el interior un dispositivo pequeño y rectangular, hecho de plástico y metal. Era un *disk-on-key*, un lápiz de memoria de los primeros modelos, un juguete caro que a Maya le había costado la mitad de su sueldo en el estudio.

Por un instante, la grieta de su corazón se cerró, sustituida por el asombro más puro. —Es de... 128 megabytes —susurró, como si sostuviera un tesoro oculto. —Maya, esto cuesta una fortuna. ¿Por qué?

—Porque te mereces tener un lugar propio —dijo ella, sentándose frente a él e ignorando los gritos de Liat, su madre, que desde la planta de arriba exigía saber dónde estaba el jersey de Ben. —Un lugar donde guardar tus códigos, tus pensamientos. Un mundo entero en el bolsillo al que nadie en esta casa pueda entrar sin tu permiso.

Ariel cerró la mano alrededor del sencillo plástico. Para él, aquello era más valioso que cualquier corona de oro o diamante. Maya no solo le había hecho un regalo; le había dado reconocimiento. Había visto al hombre en el que estaba a punto de convertirse.

—Ya le he metido algo —añadió ella con una sonrisa. —Un archivo. Míralo cuando tengas un momento de tranquilidad.

Él asintió y, por primera vez en toda la mañana, su mirada se cruzó con la de ella. Durante un breve segundo, la cocina de Guivat Shmuel desapareció. No había deudas, ni una tienda de fotografía al borde de la quiebra, ni un hermano pequeño encerrado en sí mismo. Solo existía un pacto silencioso entre los dos.

◆

El trayecto en coche fue un desfile de silencios tensos. Liat conducía de forma agresiva, intentando ganarle la partida al reloj. Maya contemplaba el paisaje a través de la ventanilla, buscando liberarse de la presión, mientras Ariel se esmeraba en evitar los ojos cansados de su madre en el espejo retrovisor. En el asiento trasero, Ben permanecía encorvado sobre su teléfono, concentrado en batir su

propio récord en un juego; su único refugio frente a la realidad que lo asfixiaba.

Cuando el motor se apagó en el aparcamiento del instituto, Liat se giró hacia ellos. —No lo olvidéis: salid de clase y venid directos a casa. El doctor Cohen nos espera a las seis. Es importante para todos.

La palabra «todos» cayó sobre Ben como una losa. Sabía perfectamente que esa terapia existía por su culpa; por sus silencios, por las noches enteras encerrado en su cuarto. Se sentía como un lastre que arrastraba a sus hermanos al despacho climatizado y frío del psicólogo. Estaba convencido de que todos lo culpaban, pero la verdad era aún más dolorosa: simplemente evitaban mirarlo. El silencio de su familia le gritaba que él era «el problema».

En el instituto, la realidad se invertía. Ariel caminaba por los pasillos con la cabeza alta; a ojos de los demás, era el chico popular, el rey al que todos querían arrimarse. Pero Ben... Ben solo quería volverse invisible. Caminaba pegado a las paredes, intentando mimetizarse con la pintura descascarada. Para él, el instituto era un campo de batalla. Soportaba empujones «accidentales» y murmullos que lo tachaban de bicho raro, palabras que calaban más hondo que cualquier golpe.

Ariel no podía salvar a Ben en esos pasillos, y Ben era incapaz de pedir ayuda. Cada uno libraba su propia guerra en solitario, contando los minutos para volver a casa; el lugar donde tendrían que volver a fingir que todo iba bien.

Cuando un alumno de un curso superior chocó con Ben y le vació encima una botella de agua con desprecio, el chico ni se inmutó. El agua fría le resbalaba por la cara, mezclándose con el sudor de la ansiedad. Lo que terminó por romperlo no fueron las burlas de los estudiantes, sino las escasas miradas de lástima; una compasión impotente que no se estiraba para echarle una mano. No volvió a clase. Buscó refugio en el oscuro cuarto de la limpieza y, oculto entre cubos de fregar, rompió a llorar con un llanto ahogado.

◆

Por la tarde, la cocina se vistió con una celebración improvisada. Liat y Yaron, agotados, cortaron un bizcocho sencillo después de que Maya les recordara la fecha con un susurro. Yaron fue al trastero y, entre recuerdos cubiertos de polvo, encontró lo que buscaba: el viejo diario de su padre. Páginas amarillentas y olor a tiempos pasados, repletas de una caligrafía apretada que narraba sus viajes y, en especial, la leyenda que lo había definido durante los últimos años de su vida: la historia de la princesa Catalina y el rey Esteban.

—Esto te recordará al abuelo —dijo Yaron con voz trémula mientras le entregaba el diario a Ariel en su habitación. —Sentí que esto es lo que él habría querido.

Liat y Yaron miraron a sus hijos con los ojos cargados de culpa. —Sentimos mucho no haber estado más presentes —explicó Liat, evitando mencionar el coste de las terapias familiares que los estaba asfixiando. La culpa se extendió por la habitación como un veneno: Maya se sentía una carga por no aportar económicamente; Ben se sentía culpable por el gasto de los tratamientos; y Ariel se avergonzaba de haber juzgado a sus padres.

—Iré a ayudar a la tienda después de clase —dijo Ben de repente, con una voz que sonó firme por primera vez.

—Y yo buscaré un trabajo —añadió Ariel.

Maya respiró hondo. —Pronto tengo un congreso en Venezuela. Intentaré gestionar una beca o una ayuda allí que nos alivie un poco.

En ese instante, la familia Arazi estuvo más unida que en cualquiera de las sesiones con el doctor Cohen.

◆

Esa noche, Ariel no pudo pegar ojo. El peso del diario le ahuyentó el sueño. Encendió la lámpara de la mesilla, que proyectó un haz de luz cálida sobre las hojas envejecidas. Al abrir el cuaderno, las palabras del abuelo cobraron vida. A medida que se sumergía en la lectura,

las sombras de su habitación parecieron transformarse. El olor a humedad y a un perfume caro inundó el ambiente. La realidad de 2003 comenzó a agrietarse, y la aventura de Catalina se convirtió, al ritmo de los latidos de su corazón, en una realidad palpable.

Ariel tragó saliva. Sus ojos recorrían las líneas apiñadas; la letra del abuelo Abraham parecía de repente urgente, casi temblorosa:

«12 de enero de 1994. 04:15 horas. Ciudad portuaria de Cumaná, Venezuela. Los lugareños se niegan a hablar del "Corazón del Mar de Catalina"; aseguran que está maldito. Sin embargo, los mapas antiguos que adquirí en el Archivo Nacional de Caracas no mienten. He cruzado los datos con los registros de la Armada Española del siglo XV y la conclusión es absoluta: la ruta de Catalina no terminó con un hundimiento en alta mar, sino con una ocultación deliberada en tierra firme».

Ariel contuvo la respiración. Pasó la página, con las manos ligeramente trémulas al llegar al siguiente apartado. Allí, dobladas entre las hojas, descubrió una serie de fotografías analógicas antiguas y granuladas. Eran fotos que el abuelo había tomado en el interior del Museo Nacional de Venezuela. En las imágenes aparecía un ataúd antiguo y majestuoso, cubierto de relieves en madera y oro. Bajo una de las fotos, figuraba la anotación que sellaría el destino de esa noche:

«16 de marzo de 1993. 08:30 horas. Caracas, Venezuela. Hoy he visitado el Museo Nacional. He pasado horas frente a lo que ellos llaman "el ataúd de Catalina". He examinado los relieves de la madera y el sello real: es una falsificación, sin lugar a dudas. El ataúd expuesto al público es una distracción para los muertos. La verdad, y el tesoro que enterraron con ella, aún aguardan en otro lugar».

Ariel saltó de la cama, sin notar el frío del suelo. Agarró el diario y las fotografías y salió de la habitación hacia el pasillo a oscuras.

En el cuarto de Maya, la luz seguía encendida. Ella y Ben estaban sentados en la alfombra, rodeados de tableros de ajedrez y cartas,

intentando arañar otra noche de calma dentro de aquella casa ruidosa. Cuando Ariel entró de golpe, Maya levantó la vista asustada.

—¿Ariel? ¿Qué pasa?

—Es real —susurró él, con una voz que parecía viajar desde hacía siglos. Dejó caer las fotografías sobre la alfombra, justo en el centro del tablero de ajedrez. —El abuelo no inventaba historias para entretenernos. Encontró la prueba.

Ben se inclinó hacia delante, con los ojos clavados en la foto del féretro. —¿Qué es eso?

—Esto es lo que el mundo cree que es el tesoro de Catalina —explicó Ariel señalando la imagen, y acto seguido abrió el diario para leerles las palabras del abuelo sobre el fraude del museo y la ocultación en tierra. —¿Lo entendéis? Todo el mundo piensa que se hundió en el mar, pero el abuelo descubrió que la historia de Catalina no es una leyenda. No se ahogó. Llegó a tierra firme, y el tesoro, el "Corazón del Mar", sigue allí.

Maya deslizó un dedo sobre la fotografía granulada, con la mirada yendo de Ariel al diario. El ambiente en la habitación se volvió denso. —Si es una falsificación —susurró, mientras el familiar destello de la determinación se encendía en sus ojos—, eso significa que el abuelo sabía dónde estaba el original. Significa que hay una razón por la que te ha dejado este diario precisamente ahora.

—Tenemos que encontrar ese lugar —sentenció Ben, y su voz ya no sonaba débil.

—Si el ataúd del museo es una mentira, significa que la verdad aguarda en otra parte —concluyó Maya, posando una mano sobre los hombros de Ariel y Ben. En ese instante, los tres dejaron de ser simples hermanos en una habitación pequeña de Guivat Shmuel; se convirtieron en cómplices de un secreto en el que nadie en el mundo se había atrevido a creer.

Capítulo 1

El sol de la mañana siguiente ya se había elevado en el cielo de Guivat Shmuel, pero en la habitación de Ariel la luz seguía siendo tenue y focalizada. El olor de las páginas polvorientas del diario se mezclaba con el aroma de un café instantáneo cargado.

Ninguno de ellos había dormido realmente. Tenían los ojos enrojecidos, pero sus mentes corrían a la velocidad de un avión de reacción.

Ariel se inclinó sobre el escritorio, con un gran atlas abierto ante él bajo la luz amarilla de la lámpara.

—No tiene sentido —siseó con desesperación, arrojando el lápiz sobre la mesa—. Según los números que el abuelo anotó junto al símbolo del loto del reino de Catalina, la fortaleza se encuentra a trescientos kilómetros mar adentro. El abuelo nunca se equivocaba en la navegación, pero este mapa nos manda a ahogarnos en el océano Atlántico.

Maya se acercó a la mesa, dejando que su cabello rizado cayera sobre sus hombros. Examinó el gastado diario, deteniéndose en el boceto que el abuelo había dejado en la esquina de la página.

—Ariel, mira el loto un momento. Sus cuatro pétalos centrales... no son un simple adorno. Están dispuestos exactamente en ángulos de noventa grados. Norte, sur, este y oeste —rodeó el dibujo con el dedo—. Se parece un poco a una rosa de los vientos.

Ben, que estaba sentado en la cama jugando con un hilo suelto de su sudadera, levantó la cabeza.

—Entonces el mapa está codificado —dijo con naturalidad—. El abuelo debió de ajustar su mapa según una desviación magnética que solo él conocía. Para leerlo correctamente, necesitamos poner una brújula encima.

—No tenemos ninguna brújula —se apresuró a decir Ben, pero a Maya se le ocurrió una idea.

—Pero sé dónde podemos encontrar una. La brújula del abuelo está en la vitrina de la tienda de papá —dijo Maya en voz baja, cruzando su mirada con la de Ariel—. Papá no nos la prestará, y menos para una aventura así. Apenas nos deja limpiar el cristal de allí.

—Entonces no se lo pediremos —sentenció Ben y se levantó de la cama, con un destello de audacia encendiéndose en sus ojos castaños claros—. La tomaremos sin que se dé cuenta, la usaremos aquí y la devolveremos exactamente a su lugar sin que note nada.

Ariel y Maya intercambiaron miradas. La culpa ya empezaba a remorderles, pero saber que era la única manera de descifrar la pista fue más fuerte que el miedo. Asintieron. No tenían otra opción.

◆

La tienda de Yaron estaba atestada de estanterías que se doblaban bajo el peso de viejas cámaras de carrete y cajas de revelado. Ariel y Ben entraron, y la campana sobre la puerta tintineó con un sonido demasiado agudo. Yaron estaba detrás del mostrador, intentando limpiar un objetivo con un paño, con el rostro surcado por arrugas de preocupación.

—¿Ariel? ¿Ben? ¿Qué hacéis aquí en mitad del día? —sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos cansados.

—Pensamos en venir a ayudar un poco —dijo Ariel, avanzando hacia el mostrador y bloqueando con su cuerpo el campo de visión de su padre hacia el estante de los recuerdos, al fondo de la tienda—. Maya ha dicho que tienes muchos pedidos de impresión para el fin de semana. ¿Qué tal si me encargo de los registros en el ordenador y me enseñas cómo funciona la impresora nueva?

Yaron pareció sorprendido, casi emocionado.

—¿De verdad? Eso sería excelente, Ari. Ven, es un poco difícil con los colores.

Mientras Ariel arrastraba a su padre hacia el fondo del pequeño taller, Ben se quedó atrás. Se plantó junto a la vieja vitrina de cristal. Allí, dentro de una pequeña caja de madera con un forro de

terciopelo desgastado, descansaba la brújula del abuelo Abraham. Era una brújula de bronce pesada, con pequeños arañazos en los bordes.

Ben sintió el sudor frío en la espalda. Alargó una mano temblorosa y abrió la vitrina unos milímetros. En ese mismo instante, la campana sobre la puerta volvió a sonar, fuerte y estridente.

Un hombre mayor con camisa de botones irrumpió en la tienda, sosteniendo una bolsa llena de carretes de fotos.

—¡Yaron! ¡Yaron, tienes que ayudarme, las fotos del *Brit Milah* de mi nieto han salido todas oscuras! —exclamó, interrumpiendo el silencio con la urgencia de la celebración del nacimiento judío.

Ben se quedó helado. Tenía la mano todavía dentro de la vitrina, con los dedos cerrados sobre el bronce frío. Yaron ya empezaba a girarse hacia la nueva voz, pero Ariel no perdió los nervios. Bloqueó la línea de visión de su padre por segunda vez, señalando con vehemencia la pantalla del ordenador.

—¡Papá, deja al cliente un momento, mira esto! Los píxeles aquí parecen quemados, ¡esto nos va a arruinar todas las impresiones de mañana!

—Un momento, señor Levi —llamó Yaron por encima del hombro de Ariel, intentando asomarse hacia el mostrador—. Ahora mismo estoy con usted. Ariel, déjame ver...

El frustrado cliente no esperó. Dejó la bolsa sobre el mostrador, a escasos centímetros de un aterrorizado Ben.

—¡Mire esto! ¡Pagué una fortuna por esta cámara! —se dirigió a Ben.

Ben sintió que el corazón le latía en la garganta. Con un crujido casi imperceptible que quedó ahogado por las quejas del señor Levi, sacó la brújula y la deslizó en el profundo bolsillo de su sudadera. Con la otra mano, cerró el cristal de la vitrina con la velocidad de un mago.

—¡Papá! ¿Estás seguro de que todo esto está configurado? ¡A mí me parece demasiado azul! —gritó Ariel, alzando la voz por encima de

los gritos del cliente, dándole a Ben los últimos segundos para estabilizarse.

Ben soltó el aire y volvió a situarse cerca de la entrada, intentando parecer aburrido a pesar de que el metal en su bolsillo se sentía como si pesara kilómetros. Yaron asomó la cabeza desde la habitación interior, con el rostro confundido por el alboroto.

—¿Todo bien, Ben-ben?

—Sí —tartamudeó Ben—, solo... un cliente estresado. Estoy esperando a Ariel.

◆

En la habitación cerrada, la tensión era eléctrica. Ariel colocó la brújula en el centro del escritorio. El viejo bronce brillaba bajo la luz de la lámpara, viéndose pesado y ajeno al lado del teclado y los libros modernos.

—Venga, vamos —susurró Ben, apoyándose sobre el hombro de Ariel. El corazón todavía le iba a mil por lo de la tienda. Ariel no respondió. Con mano firme, colocó la brújula exactamente en el centro del símbolo del loto dibujado en el diario. La aguja tembló, giró salvajemente de un lado a otro, como si intentara recordar la dirección que había perdido hacía décadas. Y luego, con un sutil clic metálico, se estabilizó.

De repente, todo encajó. Los números que el abuelo había anotado en el margen —14, 82, 210—, que antes eran solo coordenadas perdidas en el océano, se alinearon exactamente frente a las marcas de la brújula. Ariel trasladó los nuevos datos al atlas de mapas, trazando una línea de lápiz fina y nueva. La línea cruzó la costa rocosa de Venezuela, se alejó de las olas y se detuvo en un punto negro diminuto: Cumaná.

—Está ahí, la Fortaleza de los Caídos —susurró Ariel, y la voz se le quebró un poco.

—Lo hemos encontrado —Maya sonrió, pero su sonrisa se congeló cuando se escucharon unos pasos pesados en el pasillo.

—Estoy seguro de que lo traje —la voz de Yaron llegó desde el salón, alterada y confusa—. Liat, ¿has visto la brújula de papá? ¡No la encuentro por ninguna parte!

Los hermanos se quedaron petrificados. La brújula seguía descansando sobre la mesa, demostrando su culpabilidad.

—Tenemos que devolvérsela —susurró Maya—. Suena destrozado. Está convencido de que está perdiendo la cabeza.

—Si salimos ahora y se la damos en la mano, sabrá que la teníamos nosotros —dijo Ariel con estrés.

—No os preocupéis —Ben arrebató la brújula de la mesa, con una sonrisa torcida en el rostro—. Yo tengo un plan. Solo hacedme un favor y salid al salón como si nada.

Ariel y Maya intercambiaron una última mirada llena de recelo, pero sabían que no tenían más remedio que confiar en su hermano pequeño. Salieron de la habitación cálida y cerrada hacia el salón, donde la luz fluorescente zumbaba de fondo.

Ariel se sentó en el sillón individual, tomó el mando a distancia y empezó a cambiar de canal con nerviosismo. Maya se acomodó en el sofá, atrayendo hacia sí un viejo periódico del fin de semana, fingiendo leer algún titular sobre política local. El corazón de ambos latía con fuerza, a un ritmo completamente diferente al de las imágenes que parpadeaban en la pantalla.

Yaron pasó de largo ante ellos una vez más, de un lado a otro, con el rostro surcado por arrugas de preocupación aún más profundas bajo la luz azulada del televisor. De repente, parecía más viejo.

—¿Cómo puede ser? —murmuró, abriendo y cerrando el mismo cajón del mostrador de la cocina por cuarta vez—. Lo vi en la vitrina esta mañana... Estoy seguro de que lo saqué para limpiarlo...

Justo entonces, la puerta de la habitación de Ariel se abrió de nuevo. Ben salió, con una expresión de bostezo forzado en el rostro y las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de su sudadera azul. Se detuvo junto a la vieja cómoda de madera que había a la entrada

del salón, justo cuando Yaron se giraba otra vez, con la mirada desesperada. Con un movimiento rápido y casi invisible de mago, deslizó el bronce frío en la estrecha abertura del cajón superior.

—Ariel, Maya, ¿estáis seguros de que no habéis visto la brújula del abuelo? —preguntó Yaron, טעם קול שבור מע . La culpa quemaba a Ariel, pero mantuvo el rostro impasible.

—¿La brújula del abuelo? —preguntó Ben con una voz increíblemente inocente, señalando el cajón inferior de la cómoda, ese —. ¿No estará ahí?

Yaron lo miró, agotado.

—Ben-ben, no hay ninguna posibilidad de que esté ahí. Yo nunca guardo nada en ese sitio.

Ben se encogió de hombros, se acercó a la cómoda y metió la mano hasta el fondo. Pausó el momento por un segundo, dejando que la tensión aumentara entre sus hermanos, que lo seguían con los ojos abiertos de par en par, y luego extrajo la brújula y se la tendió a su padre. El metal dorado brilló bajo la luz fluorescente.

Yaron se quedó helado. Se quedó mirando la brújula depositada en la palma de la mano de su hijo, y luego levantó una mirada confundida hacia Ben.

—Pero... ¿cómo? ¡Te juro que busqué en toda esta cómoda hace una hora!

Ben soltó una pequeña carcajada, sintiendo cómo la tensión en su pecho se disolvía, y le dio a su padre una palmada afectuosa en el hombro.

—Papá, aceptémoslo: la edad no perdona. La semana que viene me preguntarás dónde te has dejado las gafas mientras las llevas puestas en la cabeza. ¿No deberías empezar a comer más zanahorias? Dicen que ayuda a la concentración.

Yaron soltó un enorme suspiro de alivio, uno de esos que parecía haberle quitado todo el veneno de aquel día tan difícil en la tienda.

—Insolente —murmuró con una sonrisa cansada y abrazó la brújula con fuerza contra su pecho, como si tuviera miedo de que desapareciera de nuevo—. Pero quizá tengas razón. Estoy agotado. Buenas noches, chicos.

Yaron se dirigió hacia el dormitorio, con pasos que sonaban más pesados y relajados que un momento antes. Los tres hermanos se quedaron de pie en el salón silencioso. La luz fluorescente de la cocina zumbaba suavemente, enfatizando el tenso silencio que había caído entre ellos.

Maya soltó una larga bocanada de aire, como si la hubiera estado reteniendo desde que estaban en la tienda.

—Eso ha estado demasiado cerca —susurró, mirando la puerta cerrada de la habitación de su padre.

—Pero ha funcionado —dijo Ben, y su sonrisa traviesa se desvaneció, dejando paso a una mirada más seria y madura. Se miró las manos, aquellas que solo un momento antes sostenían el secreto del abuelo Abraham—. Ahora él está tranquilo, y nosotros sabemos a dónde vamos.

Ariel no respondió de inmediato. Se acercó a la ventana del salón y miró hacia fuera, a las calles dormidas de Guivat Shmuel.

—Ya no podemos volver atrás —dijo Ariel sin darse la vuelta—. Hemos demostrado que el ataúd es falso, hemos encontrado el punto en el mapa.

Se giró hacia ellos, y en sus ojos ardía un destello que nunca antes había estado allí, ni cuando resolvía ecuaciones complejas ni cuando sacaba notas perfectas. Era el destello de alguien que había encontrado un propósito.

—Esta noche intentaremos dormir —concluyó Maya con voz baja y firme—. Porque a partir de mañana por la mañana, nuestras vidas van a ser completamente diferentes. Empezamos a planificar el viaje a Venezuela.

Ariel y Ben asintieron. Uno tras otro, se dirigieron a sus habitaciones, dejando atrás el familiar salón. Fuera, el viento primaveral de abril soplaba entre los edificios, llevando consigo la promesa de una aventura que lo cambiaría todo.

Capítulo 2

Habían pasado dos meses desde la noche en que la brújula del abuelo devolvió la vida al mapa. En la habitación de Ariel, las líneas sobre el atlas ya eran claras: Cumaná, Venezuela. Sin embargo, la distancia entre Guivat Shmuel y el puerto de Caracas no se medía solo en kilómetros, sino en el dinero y en las mentiras que tendrían que contarles a sus padres.

Ariel se inclinó sobre la mesa, con los ojos fijos en la pantalla del ordenador donde parpadeaban dos imágenes, una al lado de la otra: el ataúd del museo y el mapa del abuelo. Sabía que cada detalle aquí era crucial; había esperado dos meses el momento de demostrar que la leyenda del rey Esteban y el diamante negro era una realidad sangrienta. Maya y Ben permanecían detrás de él en silencio, contemplando los billetes de avión digitales que brillaban en la pantalla; todos sus ahorros y todos los riesgos que estaban a punto de asumir se concentraban en aquellos archivos. Sabían que no había marcha atrás, pero para salir de esa habitación y llegar a Venezuela, necesitaban el último escudo que los encubriera. Necesitaban a la tía Ayelet.

El viaje hacia el sur por la carretera de Aravá se sintió como una salida fuera del tiempo. A medida que el centro del país se alejaba, el paisaje se volvía de un amarillo abrasador, salpicado por acacias solitarias. La casa de la tía Ayelet siempre olía a las flores de jazmín de su jardín. Era la mujer más racional que conocían, una doctora en Historia que no creía en la suerte, sino únicamente en los hechos y en las referencias bibliográficas. Quizá por eso era tan difícil convencerla.

—No —dijo Ayelet antes incluso de que cerraran la puerta de entrada. Estaba de pie en la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho, y sus ojos castaños —tan parecidos a los del abuelo Abraham — se veían cansados—. Ya hemos estado en esta misma película tres veces en los últimos dos meses. Mi respuesta sigue siendo «no». No voy a dejar que tiréis vuestra vida a la basura por culpa de unos fantasmas.

—No son fantasmas, tía —Maya dio un paso adelante, firme como una roca en medio de la tormenta familiar—. Es nuestro futuro. Y es el nombre del abuelo.

—Abraham estaba obsesionado —susurró Ayelet, y su voz tembló por un instante—. Llegaste a verlo en el hospital, Maya. No hablaba de mí, no hablaba de sus hijos. Ese diamante lo devoró por dentro. Hizo que todo el mundo pensara que había perdido la cabeza. ¿De verdad queréis eso para vosotros?

—No perdió la cabeza, Ayelet —dijo Ariel con calma. Se acercó a la mesa de la cocina y extendió sobre ella la fotografía ampliada del loto que había traído de su habitación—. Simplemente fue el único investigador que tuvo el valor de mirar a la falsificación a los ojos.

Ayelet inclinó la cabeza sobre la fotografía. Sacó sus gafas de lectura del bolsillo y observó la sencilla flor de loto tallada en el sello del ataúd.

—Conozco esta fotografía. Es el ataúd de Caracas. Todo el mundo sabe que es la tumba de Catalina.

—Entonces todo el mundo se equivoca —sentenció Ariel—. Mira el símbolo. Una flor de loto simple. El abuelo descubrió que a mitad del reinado del rey Esteban, después de que este encontrara el tesoro más grande de todos, el diamante negro, el rey cambió el emblema. Desde entonces, el símbolo del loto auténtico debía incluir obligatoriamente el dibujo de un diamante negro en su centro —su dedo flotó alrededor de las imágenes—. Quien construyó el ataúd del museo cometió un error cronológico de siglos. El abuelo

fotografió esto porque comprendió que el féretro de allí es solo una distracción para los muertos, tal como escribió en el diario.

Ayelet se quedó en silencio. Sus dedos recorrieron las líneas del loto en la fotografía. Calló durante largos minutos, mientras el reloj de la pared avanzaba al ritmo de los latidos del corazón.

—Siempre decía que la verdad se oculta en los pequeños detalles —susurró para sí misma, mientras una sola lágrima se formaba en la comisura de su ojo—. Intentó decírmelo en la última sesión de terapia, y yo... yo pensé que era la quimioterapia la que hablaba.

Levantó la vista hacia ellos. Esta vez no había ira en sus ojos, sino una dolorosa resignación.

—El mundo exterior es cruel, chicos. Lo llamaron lunático. Lo humillaron en sus últimos congresos profesionales. Si vais allí y regresáis con las manos vacías, solo confirmaréis lo que dijeron de él.

—No volveremos con las manos vacías —dijo Ben desde un lado, con una voz que sonaba más madura de lo que correspondía a su edad —. Volveremos con la prueba. Por él. Y por papá y mamá.

Ayelet soltó un profundo suspiro, como si un gran peso se hubiera quitado de sus hombros.

—No me gusta esto. Lo detesto. Pero conozco esa mirada en vuestros ojos. Es la misma mirada que tenía mi hermano —suspiró —. No podemos permitir que el nombre del abuelo siga siendo objeto de burla ante todos los que no creyeron en él, no cuando conocemos la verdad que intentó demostrar —Ariel sostuvo el diario frente a ella, donde la misión de la vida de su abuelo durante la última década aparecía detallada minuciosamente—. No te decepcionaremos, tía. Ni a ti, ni a nuestros padres, ni al abuelo — continuó Ben, posando su mano con suavidad sobre la de ella, y el corazón de Ayelet se encogió ante sus palabras.

Se sentó en la silla y les hizo una seña para que se acercaran.

—Tenéis razón, el apellido Arazi ha sido objeto de burla en los últimos años y eso ha logrado afectarnos a todos. Y tal vez erais demasiado pequeños para recordarlo, pero vuestro abuelo no era un hombre al que se pudiera detener cuando tenía un objetivo delante —recordó el par de ojos de su padre—. Si vais a hacer esto, lo haréis a mi manera. Yo os encubriré ante Yaron y Liat. Les diré que me estáis ayudando con la reforma de la casa aquí en Aravá durante todas las vacaciones de primavera. Pero vosotros... —señaló a Maya con tono de advertencia—, vosotros me llamáis en cada oportunidad que tengáis. Y si paso dos días seguidos sin saber de vosotros, llamo a la embajada.

—Gracias, Ayelet —susurró Maya, apoyando una mano en el hombro de su tía. Sintió los leves temblores en el cuerpo de la mujer mayor, temblores de un miedo mezclado con alivio; por fin, el secreto de Abraham ya no era solo suyo.

Capítulo 3

Ariel entró en el comedor del instituto rodeado de su grupo. El eco de las risas de sus amigos llenaba el gran espacio, resonando entre las mesas de formica. Uno de los chicos soltó un chiste sobre el guardia de la entrada y Ariel sonrió de forma automática, pero sus ojos recorrieron la sala como venían haciendo cada día desde las últimas semanas.

Lo divisó por el rabillo del ojo.

Ben estaba sentado en la mesa de la esquina, lo más lejos posible del centro del bullicio. Llevaba la capucha azul de la sudadera calada hasta la frente, ocultándole los ojos y el cabello caído. Parecía una isla desierta en medio de un mar de estudiantes ruidosos.

Ariel se detuvo en seco. Sus amigos siguieron avanzando unos pasos más antes de que Idan, uno de sus compañeros más cercanos, se diera cuenta de que ya no los acompañaba. Idan retrocedió y le dio una palmada en el hombro.

—¿Todo bien, hermano? ¿A dónde te has ido?

—Todo bien —respondió Ariel en voz baja, con la mirada aún fija en aquella esquina remota—. Id a guardar sitio, hoy voy a sentarme con mi hermano.

Idan miró en dirección a Ben y entrecerró los ojos.

—Déjalo, Ariel, tiene cara de querer que lo dejen en paz. Además, he oído que Guy y su grupo le han estado molestando esta mañana junto a los laboratorios. Quizá sea mejor que no te metas, eso solo los provoca más.

Los puños de Ariel se apretaron dentro de los bolsillos del pantalón.

—¿Le han molestado? —preguntó, הפע מוזו su voz sonó fría y afilada.

—Bueno, ya conoces a Guy —Idan se encogió de hombros—. Solo son críos buscando problemas. Vamos, que todos nos están esperando.

—He dicho que me siento con mi hermano —sentenció Ariel y se dio la vuelta sin esperar respuesta. Caminó hacia la mesa apartada, con una mezcla de rabia y frustración hirviendo en su interior. Estaba enfadado con Guy, estaba enfadado con Ben por no habérselo contado, pero, sobre todo, estaba enfadado consigo mismo. ¿Cómo era posible que, con lo ancho que era de hombros y el estatus que tenía en su curso, siguiera siendo incapaz de evitarle esa realidad a su hermano pequeño?

Se sentó frente a Ben. La silla chirrió contra el suelo en señal de protesta, pero Ben ni pestañeó. Siguió clavando la mirada en su plato, desmenuzando con el tenedor una hamburguesa de pollo fría sin meterse un solo trozo en la boca.

—Ben —comenzó Ariel. Su voz era baja, intentando mantener la calma en medio del estruendo del comedor—. Idan me ha dicho que ha visto a Guy y a su grupo molestándote junto a los laboratorios esta mañana. ¿Qué ha pasado allí?

Ben no respondió. Solo se encajó la capucha aún más hasta la frente, intentando desaparecer dentro de la tela azul.

—No te me calles, Ben-ben. Te estoy preguntando qué te ha hecho. —Ariel se inclinó hacia delante y, esta vez, se fijó en el brazo de su hermano, que estaba apoyado sobre la mesa en una postura rígida.

Estaba envuelto en un trozo de tela blanca y sucia; una camiseta rota que había servido como venda improvisada y rápida. Una mancha roja de sangre fresca empezaba a extenderse sobre el tejido blanco, latiendo como una advertencia silenciosa imposible de ignorar.

A Ariel se le cortó el aire en los pulmones.

—¿Qué es esto? —preguntó, y esta vez su voz cambió por completo, transformándose en algo peligroso—. Ben, enséñame el brazo. Ahora mismo.

Ben apartó el brazo hacia atrás con rapidez, esquivando el contacto de Ariel como si se hubiera quemado.

—Nada. Me he arañado con una valla. Déjame en paz.

—¿Te has arañado con una valla? —le espetó Ariel—. No me mientas. Ha sido Guy otra vez, ¿verdad? ¿Él te ha hecho esto?

Ben calló. Su silencio pesaba más que el agua que le habían echado encima el día anterior, más que cualquier palabra que pudiera pronunciar. Simplemente se quedó allí sentado, herido y humillado en mitad de un comedor lleno de gente que ni siquiera lo veía.

—¿Por qué no me has llamado? —Ariel se levantó de golpe. Su silla golpeó el suelo con una fuerza que hizo que los alumnos de las mesas contiguas se giraran asustados—. No voy a dejar que siga con esto. Voy a encargarme de él ahora mismo.

Los ojos azules de Ariel barrieron el comedor con una agresividad ajena en él, buscando la camiseta de marca de Guy entre los cientos de estudiantes. La sangre le hervía en la cabeza.

—¡Siéntate, Ariel! —gritó Ben de repente.

Fue un grito desgarrador, de esos que hacen que un silencio momentáneo se instale a su alrededor. Decenas de ojos se clavaron en ellos. Ben lo miró fijamente con una expresión desesperada, casi suplicante, con sus ojos castaños claros empañados en lágrimas de frustración—. ¡No te metas! ¡Solo lo haces peor! ¡No entiendes nada!

Sin añadir una sola palabra, Ben agarró su mochila y corrió hacia la salida. Ariel se quedó de pie, solo, durante un largo y estupefacto segundo, antes de agarrar también su mochila y apresurarse a salir tras él hacia el concurrido pasillo.

◆

Por la tarde, el olor a pasta llenó el ambiente de la casa, intentando camuflar la tensión que se respiraba entre las paredes. Maya estaba en la cocina, con su cabello rizado y oscuro recogido con descuido en lo alto con una pinza grande. Vestía una falda de pana marrón y una camiseta de algodón sencilla, esforzándose al máximo por crear un oasis de normalidad para sus padres, exhausted en cualquier momento.

—¡Ari! ¡Ben-ben! ¡La comida está lista! —llamó hacia la segunda planta, pero la casa le devolvió un silencio sutil y agobiante.

Suspiró, dejó la cuchara de madera y subió las escaleras. Al entrar en la habitación de Ben, lo encontró encorvado frente al ordenador, con una luz azulada y fría reflejada en sus ojos castaños claros. Seguía llevando la capucha azul de la mañana, como si se negara a quitarse la armadura incluso dentro de casa.

—¿Qué tal el día? —preguntó con ternura, apoyándose en el marco de la puerta.

—Bien —respondió Ben sin apartar la vista de la pantalla.

Maya soltó una risa leve y cínica, intentando romper el hielo.

—Sabes que te compramos ese ordenador para que disfrutaras de la vida, no para que te olvidaras de רשהמשפחה של está en la planta de abajo.

Ben no reaccionó de inmediato. Se quedó pensativo un momento y luego preguntó en voz baja:

—¿Lo has cerrado todo con Ariel? ¿Lo de la semana que viene?

—Sí —respondió Maya y se acercó a él, apoyando una mano en el respaldo de su silla—. Todo está listo. En una semana ya no estaremos en Guivat Shmuel. Dos semanas en Venezuela, Ben. Solo los tres.

Ben soltó un pequeño suspiro de alivio.

—Salir del país es exactamente lo que necesito ahora. Simplemente desaparecer en algún lugar donde nadie me conozca.

A Maya se le encogió el corazón. Se percató de la rigidez con la que movía el brazo bajo la manga de la sudadera. Se sentó en el borde de la cama y le dedicó una sonrisa de aliento.

—Te lo prometo, Ben-ben, cuando este viaje termine y todo se solucione, seguiremos viajando. A donde tú quieras. Solo elige un destino.

—África —dijo de inmediato, y esta vez sí que la miró con un leve destello de sonrisa.

—¿África? —Maya arqueó una ceja divertida—. Sabes perfectamente que el clima desértico y el calor no van mucho con mi personalidad. ¿Y si llegamos a un acuerdo con algún sitio de Europa? ¿Un poco de nieve, un chocolate caliente?

Se rieron por un instante —una risa auténtica, cómplice de su secreto— que se cortó en seco por el fuerte e impactante portazo de la habitación de al lado. La casa entera tembló por la fuerza del golpe.

—¿Qué le pasa a este ahora? —preguntó Maya con preocupación, mirando hacia la pared que separaba los cuartos.

—Puede que yo tenga parte de culpa —admitió Ben en voz baja, levantándose de la silla con pesadez—. Ha intentado «salvarme» hoy en el instituto y la cosa ha acabado mal. Vamos, será mejor que

vayamos a hablar con él antes de que mamá y papá vuelvan y empiecen a hacer preguntas.

Ambos salieron de la habitación y entraron en la de Ariel. Lo encontraron sentado en la cama, con el rostro pálido y sus ojos azules más oscuros de lo habitual detrás de las gafas. Se apresuró a esconder el gastado diario bajo la almohada en cuanto entraron, intentando ocultar el origen de toda aquella tormenta.

Ben se plantó frente a él. Su silueta delgada casi desaparecía dentro de la sudadera holgada, pero su voz sonaba firme.

—Ariel, he venido a disculparme —dijo Ben tras tomar aire profundamente—. Sé que te preocupas por mí y de verdad te lo agradezco. Sé que solo quieres protegerme.

Ariel abrió la boca para hablar, pero Ben levantó una mano y lo detuvo.

—Pero tienes que entenderlo: en el instituto buscan cualquier excusa para machacarme. Cuando vienes a ayudar, cuando estallas así... solo consigues que parezca más débil ante ellos. Eso hace que la diana que llevo en la espalda sea todavía más grande. Nos vamos a este viaje juntos, Ariel. Necesito que confíes en que puedo aguantar el tipo.

Ariel lo miró fijamente, sintiéndose de pronto impotente a pesar de sus anchos hombros.

—Lo siento —susurró Ariel—. Es que no sé cómo ayudarte. No soy capaz de quedarme de brazos cruzados viendo cómo te hacen daño.

—Entonces, simplemente... estad ahí para mí, los dos. Pero no ocupéis mi lugar —concluyó Ben en silencio.

El silencio regresó a la habitación, pero esta vez era diferente; un silencio de alianza. Ariel y Maya asintieron comprensivos. En medio de aquella quietud, supieron que el viaje a Venezuela ya no era solo por el abuelo o por el tesoro; era su manera de salvar a esa familia de sí misma.

◆

La noche cayó sobre Guivat Shmuel y el olor a pasta de Maya se mezcló con el aroma a limón de los productos de limpieza. Cuando Liat y Yaron entraron por la puerta, traían una cara como si les hubiera pasado una apisonadora por encima. Yaron dejó las llaves de la tienda sobre la cómoda con pesadez y Liat se quitó el pañuelo con un suspiro.

—Algo huele muy bien —dijo Liat, acercándose a besar a Maya en la frente—. Veo que estáis todos aquí. El milagro de las fiestas.

La cena comenzó de una forma demasiado rutinaria. Ariel y Ben estaban sentados uno al lado del otro, manteniendo un silencio que sus padres interpretaron como el cansancio habitual de un final de jornada escolar. Maya servía los cuencos, intentando controlar el leve temblor de sus manos.

—Y bien, Maya —comenzó Liat mientras se servía agua—, cuéntanos algo más sobre esos congresos en Venezuela. De repente me he dado cuenta de que son dos semanas enteras. ¿Cuál es exactamente el tema de las ponencias?

Maya respiró hondo. Repitió la historia que había memorizado con Ariel una y otra vez.

—Se centra en las influencias de la arquitectura colonial en el modernismo de Sudamérica. Algo muy específico de mi carrera. La universidad financia la mayor parte, así que sería una pena perdérselo.

—Venezuela —murmuró Yaron, con el rostro serio—. Está lejos. No es el lugar más seguro del mundo ahora mismo. ¿Estás segura de que es imprescindible?

—Papá, son congresos académicos cerrados —ella esbozó una sonrisa tranquilizadora que por dentro le dolió como una traición—. Estaremos únicamente en las instalaciones de la universidad y en el Museo Nacional de Caracas.

—¿Se podrá ver en directo? —preguntó Liat con el entusiasmo de una madre orgullosa—. ¿Quizá lo transmitan en la web de la universidad? Quiero enseñarle a la abuela lo en serio que te lo tomas.

Maya justo acababa de dar un bocado a la pasta. La pregunta de su madre la golpeó como una flecha. Empezó a toser; las vías respiratorias se le cerraron de golpe. Se le puso la cara roja y se atragantó de verdad, no solo por la presión, sino por haber tragado mal.

—¡Maya! —gritó Liat, levantándose de la silla alarmada.

Ben reaccionó el primero. Saltó de su sitio y le tendió un gran vaso de agua, dándole fuertes palmadas en la espalda.

—Respira, Maya. Todo bien —dijo con voz firme, mandándole un mensaje con la mirada: *concéntrate*.

Tras unos segundos de angustia y golpes en la espalda, Maya recuperó el aliento. Tenía los ojos llorosos.

—Perón —tartamudeó—, es que... es exclusivo para estudiantes e investigadores registrados, mamá. Hay derechos de autor sobre las investigaciones. Tienen prohibido transmitirlo al exterior.

—Vaya, bueno —suspiró Liat y volvió a sentarse—. Lo importante es que respiras. Menudo susto me has dado.

—Además, vais a tener tranquilidad en casa —dijo Ariel, intentando desviar la atención de Maya—. Ben y yo estaremos en Aravá con Ayelet. Ha dicho que tiene una lista de tareas para la reforma de la casa y el patio que no se la acaba nadie.

—De verdad me alegro de que vayáis con ella —dijo Yaron, mostrando una pequeña sonrisa—. Ayelet necesita un poco de compañía joven, y el trabajo en Aravá os vendrá bien. Desconectad un poco de los libros y las pantallas. De hecho —añadió con un brillo en los ojos—, había pensado que tal vez... ¿podría pasarme a veros el segundo fin de semana? ¿Pasamos allí el Shabbat todos juntos, en Aravá?

Un silencio sepulcral cayó sobre la mesa. Ariel, Ben y Maya se quedaron congelados como el fotograma de una película atascado en el proyector. ¿El segundo fin de semana? Para entonces ya debían de estar en alta mar, a miles de kilómetros del desierto israelí.

—Esto... papá —comenzó Ben—, Ayelet ha dicho que la casa está en plenas reformas. Hay andamios por todas partes, polvo, y apenas nos ha encontrado unos colchones para dormir en la zona del comedor. Ha dicho explícitamente que no puede alojar a más de dos personas en este momento.

—¿Ah, sí? —Yaron pareció un poco decepcionado—. Bueno, qué se le va a hacer. Al menos enviad fotos de cómo va la reforma.

◆

Más tarde esa misma noche, la casa se calmó. Las luces del salón se apagaron y solo una franja de luz se colaba por debajo de la puerta de Ariel.

Dentro, no estaban metiendo ropa para trabajar en Aravá. Maya empujó el *disk-on-key* de Ariel hasta el fondo de su neceser de medicamentos. Ariel dobló mapas topográficos con precisión y los introdujo en el compartimento oculto de su mochila. Ben guardó solo unas camisetas sencillas y la venda limpia que Ariel le había dado.

No necesitaban palabras. Cada artículo que entraba en la mochila era un peso más para su conciencia, pero también el combustible para el motor del viaje. Al escuchar los leves ronquidos de su padre desde la habitación de al lado, supieron que ya estaba. El reloj había comenzado la cuenta atrás para la partida.

Capítulo 4

El camino hacia el kibutz transcurrió en un silencio tenso. A través de la ventanilla del destartalado autobús, los concurridos paisajes del centro del país dieron paso a campos verdes que se extendían hasta el horizonte. Habían falsificado justificantes médicos para la

secretaría del instituto, habían dejado mochilas a medio hacer debajo de las camas y habían salido en busca del único hombre que había visto a su abuelo en sus momentos más salvajes y auténticos.

Cuando bajaron en la polvorienta parada a la entrada del kibutz, el sol ya estaba alto en el cielo, castigando sus cabezas. Caminaron hacia una casa pequeña de tono melocotón, envuelta en un jardín de rosas muy bien cuidadas. Allí, entre los arbustos de flores, encontraron a Efraim. Era un hombre bajo y rudo, de piel surcada por las arrugas y ojos azules tan limpios como el mar. Podaba las rosas con movimientos ceñidos y precisos, como si las estuviera operando.

—Siento la intrusión —comenzó Maya, con voz firme a pesar del vuelco de su corazón—. Somos los nietos de Abraham Arazi.

Efraim se quedó helado. Se quitó el sombrero de pescador, limpiándose la frente con una mano manchada de tierra, y los escaneó con la mirada.

—Abraham —murmuró, y el nombre sonó en su boca como una palabra clave de otra época—. Realmente tenéis sus ojos.

Los guio hasta un viejo banco de madera bajo un limonero cargado de frutos, que proyectaba sobre ellos una sombra celestial. Les sirvió unos vasos de granadina fría. El asombro que inundó los ojos de Efraim quedó sepultado en su silencio. No había vuelto a escuchar el nombre de «Catalina» desde la última vez que había visto a Abraham con vida.

—Efraim, fuiste el compañero del abuelo durante veinte años —continuó Maya con voz suave, intentando tender un puente sobre los años transcurridos—. Sabemos que estuviste con él en todas partes, pero te negaste a acompañarlo en el último viaje en busca del diamante. Queremos saber por qué.

El silencio que se instaló solo era interrumpido por los lejanos sonidos de las risas de unas niñas pequeñas; las nietas de Efraim jugaban con bloques de construcción en el salón contiguo, un

mundo de inocencia a un palmo de los secretos que se habían puesto sobre la mesa. Efraim suspiró, y el aire brotó de sus pulmones con pesadez.

—Hace falta mucho valor, o mucha estupidez, para investigar la historia de Catalina —dijo finalmente—. Vuestro abuelo dedicó años a esta búsqueda, y le costó un precio muy alto. Cuando enfermó y envejeció, todos sus colegas —aquellos que antes lo consideraban un prodigio— empezaron a burlarse de él a sus espaldas. Lo llamaban «el loco que persigue fantasmas». Pero Abraham no se detuvo. Siempre decía que la verdad no teme al tiempo.

Se calló por un instante, desviando la mirada hacia sus nietas.

—Era mi mejor amigo. Pasamos juntos por un infierno en las selvas, pero cuando me propuso buscar el «Corazón del Mar», supe que tenía que negarme. Mi hija acababa de dar a luz a esas gemelas. Y ellas se convirtieron en todo mi mundo —sonrió con una amplia sonrisa, cargada de una triste prisa—. Comprendí que no podía estar en dos lugares a la vez. Hay una emoción inexplicable cuando te plantas ante un diamante negro de 2704 quilates, una piedra que pesa como medio kilo de luz pura. Nada de lo que habíamos hecho antes se le igualaba. Pero en esos instantes comprendí que mis viajes por el mundo habían terminado, y que el viaje con mi familia comenzaba. —Se dio una palmada en la espalda y bromeó con amargura—: Y entre nosotros, mi espalda nunca me habría perdonado otro viaje como ese.

—¿Entonces el abuelo marchó a buscar el tesoro solo? —preguntó Ben con curiosidad, inclinándose hacia delante.

—Marchó a investigar, pero su cuerpo lo traicionó antes de que pudiera llegar al final. Su terquedad le costó largas hospitalizaciones y tratamientos muy duros. Luchó contra la enfermedad como luchaba contra los saqueadores de antigüedades, pero esta vez el enemigo estaba dentro. —Efraim vio cómo se les ponía la cara seria. Los recuerdos que tenían de su abuelo eran borrosos, como una fotografía vieja expuesta al sol—. Escuchadme bien —la voz de

Efraim se volvió autoritaria y dura—. Si de verdad tenéis la intención de ir allí, hay cosas que el diario no cuenta. La leyenda dice que Catalina hundió el tesoro en el corazón del mar, pero la tierra firme de alrededor es igual de peligrosa. La naturaleza allí no es una aliada; es un enemigo hambriento.

Se inclinó hacia delante, entrecerrando sus ojos azules.

—Y están «Los Cuervos». Así los llamábamos. Mercenarios de antigüedades que no se detienen ante nada. Huelen los secretos como los animales huelen el miedo.

—¿Los Cuervos? ¿Qué es eso, una especie de broma? —preguntó Ariel con desdén.

—Pensad en ellos como en los piratas del siglo XXI —explicó Efraim con frialdad—. Utilizan satélites y equipos de radio, son implacables.

—¿Entonces cómo podremos asegurarnos de que nadie nos siga? —preguntó Maya.

—Vuestro abuelo era un zorro —respondió Efraim con reverencia—. Me enseñó cómo convertirme en una sombra, cómo no ser una presa fácil. Me enseñó que el arma más poderosa es el silencio, y la capacidad de mirar siempre por encima del hombro. —Los escrutó a los tres con una mirada crítica y preocupada—. Y si los cuervos empiezan a sobrevolaros... huid. Huid lo más rápido que podáis. Ese diamante, por muy grande y valioso que sea, no vale vuestra vida.

Ben tragó saliva, y sintió la garganta tan seca como la arena del desierto.

Se despidieron de él cuando el sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo del kibutz de un naranja ardiente. Efraim los acompañó hasta la puerta de hierro amarilla, con las manos en los bolsillos.

—Cuidaos unos a otros —les gritó mientras se alejaban hacia la parada del autobús—. Este viaje puede ser muy solitario para aquellos que cargan con secretos tan pesados.

Los tres hermanos intercambiaron miradas rápidas; aquella misión se sentía de pronto menos como una aventura y más como una guerra que aún no había sido declarada.

◆

El eco de las palabras de Efraim todavía acompañaba a Ben a la mañana siguiente, mientras caminaba por los pasillos del instituto por última vez. El pabellón de baloncesto desprendía un fuerte olor a sudor. Ben estaba de pie en una esquina de la pista.

—Mirad quién ha decidido dar la cara —la voz de Guy cortó el aire del pabellón.

Apareció con su séquito habitual, un grupo de chicos que buscaban el poder en el silencio de los demás. Guy se plantó frente a Ben, sacándole una cabeza, con una sonrisa torcida y burlona dibujada en el rostro.

—He oído que te vas a Aravá, Ben-ben. ¿Vas a ayudar a tu anciana tía a recoger tomates *cherry*? Ese es realmente tu nivel.

Ariel, que estaba de pie a unos metros de distancia, apretó los puños dentro de los bolsillos del pantalón. Estaba a punto de saltar hacia delante, de proteger a su hermano pequeño como siempre había querido, pero algo en la tensión de los hombros de Ben lo hizo detenerse.

Ben no bajó la mirada. No se caló la capucha sobre la cabeza ni buscó una ruta de escape. Simplemente miró fijamente a Guy, y en sus ojos castaños claros no había rastro de miedo. Vio a Guy tal como Efraim había descrito a «Los Cuervos»: criaturas que solo viven a costa de la debilidad ajena.

—¿De verdad crees que eso me interesa, Guy? —preguntó Ben en voz baja. Su voz era firme, sin temblores.

—¿Qué has dicho? —Guy entrecerró los ojos, sorprendido por la audacia. Dio un paso más, intentando invadir el espacio personal de Ben, pero Ben no retrocedió.

—Digo que inviertes tanto esfuerzo en molestar a los demás solo para acallar el vacío que ves en ti mismo cuando estás solo —dijo Ben, y sus palabras cayeron sobre el parqué con el peso de las piedras—. Te miro ahora y no veo a un matón. Simplemente veo a alguien vacío. No hay nada en ti más que ruido.

El silencio que se instaló en el pabellón fue repentino y agobiante. Los amigos de Guy intercambiaron miradas estupefactas; nunca habían oído a ese chico tan callado hablar así. Guy abrió la boca para soltar un insulto, para reaccionar con agresividad, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. La mirada de Ben era demasiado madura, demasiado fría.

Sin esperar respuesta, Ben se dio la vuelta y se marchó de allí. Caminó hacia Ariel, que se había quedado con la boca abierta. Al pasar al lado de su hermano mayor, asintió levemente. En ese instante, Ariel comprendió que Ben ya no necesitaba un guardaespaldas. El niño que temía a su propia sombra se había quedado atrás, y en su lugar había alguien listo para emprender el viaje.

—Tenía razón, ¿sabes? —susurró Ariel cuando se encontraron a la salida del pabellón.

—¿Quién tenía razón? —preguntó Ben.

—Efraim —respondió Ariel y esbozó una pequeña sonrisa de reconocimiento—. Realmente tienes esa mirada de loco del abuelo en los ojos.

◆

La última noche en casa se sintió como caminar sobre la cuerda floja por encima de un abismo. El olor a frito de la cena subía desde la cocina, y el sonido del telediario en el televisor de Yaron llenaba el espacio con una normalidad agobiante. En la habitación de Ariel, los tres estaban sentados en las camas, rodeados de mochilas abiertas a medias. Cada artículo que entraba se sentía como una pieza de un rompecabezas en un plan de guerra.

Un suave golpe en la puerta los hizo dar un brinco en sus sitios. La tía Ayelet se coló dentro y cerró la puerta a sus espaldas con un movimiento rápido, girando la llave en la cerradura con un clic casi imperceptible.

—Vuestros padres piensan que estoy revisando con vosotros la lista de material para la reforma en Aravá —susurró, con sus ojos castaños y afilados recorriendo la habitación en alerta—. Escuchadme bien: lo he organizado todo. He comprado una tarjeta SIM local de Venezuela que os estará esperando en el puerto. Seré yo quien le responda a Liat cuando llame el viernes. Le diré que estáis en el terreno, sin cobertura, o que estáis durmiendo tras una jornada de trabajo agotadora. Tenéis una ventana de dos semanas, ni un solo día más.

—¿Estás segura de que podrás mantener esa mentira tanto tiempo? —preguntó Maya, toqueteando con nerviosismo el borde de la manta.

—Soy la hermana de Abraham —respondió Ayelet con una sonrisa sutil y carente de alegría—. Guardar secretos forma parte de nuestro ADN. Pero no puedo enviaros allí sin protección.

Se inclinó hacia delante y sacó de entre un pañuelo de colores que llevaba envuelto en el brazo un paquete cubierto por una tela de terciopelo azul. Lo colocó sobre la mesa con cuidado, como si se tratara de un artefacto explosivo. Al desplegar la tela, la hoja quedó al descubierto.

Era un puñal antiguo, pesado e impresionante. La empuñadura estaba envuelta en un cuero marrón gastado que había adoptado con los años la forma de la palma de la mano que lo había empuñado.

—Era de vuestro abuelo —dijo Ayelet con voz ligeramente trémula—. Lo llevaba en cada viaje desde los años ochenta. Este puñal los salvó en muchas ocasiones en el pasado.

Ben levantó el arma con cuidado, sintiéndola como una extensión natural de su brazo.

—Vaya, tía —intentó sonreír, a pesar de la tensión que le cerraba la garganta—. Vamos a buscar un tesoro, no problemas. ¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Es para la suerte, Ben —respondió Ayelet y su rostro se tornó tan serio que pareció una estatua de piedra—. Y para los días en que la suerte se termine, es para que recordéis que no estáis solos. Este puñal es un recordatorio de quiénes sois. No dejéis que nadie se os acerque demasiado. En Venezuela, la distancia entre un amigo y un enemigo es el grosor de una moneda.

Se levantó de su sitio y los abrazó a los tres juntos, un abrazo demasiado fuerte, de esos que huelen a despedida.

—Mañana por la mañana, cuando Yaron y Liat os digan adiós con la mano, tenéis que ser los mejores actores del mundo. No miréis atrás. Simplemente seguid conduciendo.

Salió de la habitación con el mismo silencio con el que había entrado, dejándolos con el puñal depositado sobre la mesa. La pequeña luz de la lámpara se reflejaba en el metal oscuro, recordándoles que el tiempo de los juegos había terminado. En escasas horas la realidad conocida se disolvería, y la línea del horizonte se convertiría en su nuevo y peligroso terreno de juego.

Capítulo 5

La mañana del domingo amaneció completamente soleada. Maya estaba de pie en el umbral del vestíbulo, apretando el asa de la maleta con tanta fuerza que le dolía la palma de la mano. Vestía el traje formal de la universidad, pero bajo la chaqueta entallada sentía el cinturón portabilletes pegado a la piel. El pasaporte y el dinero en efectivo le presionaban el vientre como una quemadura fría, un recordatorio constante de que no partía a una investigación, sino a una fuga.

—Mándame un mensaje en cuanto aterrices en Caracas, ¿me oyes? —Liat rodeó a Maya con los brazos y la abrazó con fuerza. El aroma del perfume dulce y familiar de su madre le provocó a Maya una repentina náusea de culpa—. Estoy tan orgullosa de ti, Maya. Estos congresos son solo el principio de tu carrera.

Las manos de Liat se resistían a soltarla, incluso cuando Maya intentó zafarse con delicadeza.

—Lo haré, mamá. Lo prometo —susurró, y su propia voz le sonó ajena. Evitó mirar a Yaron a los ojos mientras él cargaba la maleta en el maletero del taxi que esperaba fuera. Sabía perfectamente que no aterrizaría en Madrid para el vuelo de conexión, y que ese taxi iba a detenerse exactamente dos calles más allá, donde se llevaría a cabo el encuentro clandestino.

Diez minutos después, llegó el turno de los chicos. La tía Ayelet aparcó su vieja camioneta con un chirrido frente a la casa. Se la veía nerviosa; sus grandes gafas de sol no lograban ocultar el hecho de que no había pegado ojo en toda la noche.

—¡Vamos, chicos, que Aravá nos espera! —exclamó Ayelet con una sonrisa forzada hacia Yaron y Liat, que permanecían en la acera.

Yaron ayudó a Ariel y a Ben a cargar las mochilas. Para un observador externo, iban cargadas con ropa de trabajo sencilla para la reforma del jardín en Aravá, pero en realidad contenían todo su nuevo mundo: el diario del abuelo, los mapas amarillentos y el puñal de Efraim, que iba escondido en el fondo de la mochila de Ben, envuelto en una tela de terciopelo.

—Cuidad de la tía, ¿de acuerdo? —Yaron le dio una palmada en el hombro a Ben con afecto paternal—. No dejes que trabaje demasiado bajo el sol.

Ben solo asintió, con los labios apretados en una línea recta. Recordó el enfrentamiento con Guy en el pabellón de baloncesto y sintió la nueva confianza que había brotado en él, pero aquí, frente a

la mirada preocupada de su padre, temió que si abría la boca, la verdad saldría disparada junto con todos sus miedos.

Subieron a la camioneta, y el gesto de decir adiós con la mano desde la ventanilla se sintió como arrancar la página de un libro que jamás volvería a leerse. En cuanto giraron la esquina y la casa desapareció del retrovisor, Ayelet soltó todo el aire de sus pulmones en un largo suspiro, como si lo hubiera estado reteniendo durante horas. Se detuvo en la siguiente manzana. La puerta del vehículo se abrió de golpe y Maya se deslizó dentro rápidamente, arrojando su maleta al asiento trasero sobre las mochilas de los chicos.

—¿Nos vamos? —preguntó Maya, con la voz ligeramente trémula por la adrenalina.

—Nos vamos —respondió Ayelet y pisó el acelerador, dejando atrás una pequeña nube de polvo y una vida entera de certezas.

◆

El trayecto hacia Ashdod transcurrió en una nube de silencio y reflexiones. A medida que se acercaban a la zona industrial, el paisaje verde y despejado de la llanura costera dio paso a enormes almacenes grises y a hileras interminables de camiones que expulsaban un humo denso. Ayelet no se dirigió hacia la elegante terminal de pasajeros; giró el volante con brusquedad hacia una puerta lateral y apartada.

Le mostró al guardia de la entrada una vieja autorización de «contratista de suministros». El guardia asintió con indiferencia, y la camioneta se adentró en un laberinto de acero y contenedores de colores apilados a la altura de edificios.

Finalmente se detuvieron junto al muelle 24. Frente a ellos se alzaba el *Esperanza*.

No era el barco de crucero que Maya había imaginado; era un monstruo de hierro oxidado, rodeado por un fuerte olor a aceite de motor que flotaba como una nube pesada. Sus costados estaban cubiertos de manchas de óxido y parecía pertenecer a otra época,

una en la que los barcos no se construían para ser bonitos, sino para sobrevivir a la furia del océano sin llamar la atención.

—El amigo de Efraim os espera arriba —dijo Ayelet. Sujetaba el volante con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos, negándose a soltarlo. Al girarse hacia ellos, sus ojos estaban llenos de lágrimas que se resistían a caer—. No sé si estoy haciendo lo correcto. Vuestro padre... Yaron olvidó hace mucho tiempo cómo se sueña. Se construyó muros de rutina. ¿Pero Abraham? Abraham nunca dejó de buscar la luz. —Tomó aire profundamente, con voz temblorosa—: Encontrad lo que él perdió. Y volved a casa, ¿me oís? Simplemente, volved.

Los hermanos bajaron de la camioneta, sintiéndose diminutos frente a los contenedores que se erguían sobre ellos, amenazando con aplastarlos. Comenzaron a subir por la desvencijada pasarela de madera que conducía a la cubierta. En el instante en que sus pies pisaron el metal del barco, las vibraciones del motor se transmitieron directamente a sus huesos.

Se vieron sepultados en un mundo de ruido mecánico ensordecedor. Tripulantes de aspecto rudo, con los rostros manchados de grasa, corrían a su alrededor gritando órdenes en idiomas que Ben no lograba identificar. Para aquellos marineros, los tres jóvenes eran solo una «carga» más que debía ser transportada al otro lado del mundo.

De una pesada puerta de acero surgió un hombre alto, vestido con una camisa blanca demasiado grande que ondeaba al viento. No sonrió. Solo les indicó con la mano que lo siguieran hacia los pasillos oscuros y estrechos del vientre del barco.

—Los camarotes en la cubierta B —soltó en hebreo con un fuerte acento ruso, sin mirar atrás—. Esto no es un crucero. La comida en el comedor es a horas fijas. No deambuléis por el muelle cuando se estén cargando contenedores, ¿queda claro? No quiero tener que recogeros del suelo a trozos.

Ben deslizó una mano en su mochila, asegurándose de que el puñal de Efraim seguía allí, sólido y presente. La advertencia de Efraim sobre «Los Cuervos» flotó de pronto en su memoria. Aquí, dentro de este laberinto de hierro, las palabras del anciano del kibutz ya no sonaban a cuentos de viejas; sonaban a instrucciones de funcionamiento para la supervivencia.

—Hay otros siete pasajeros aparte de vosotros —soltó el oficial, abriendo una pesada puerta de acero que rechinó sobre sus bisagras —. Este es vuestro camarote. Estrecho, pero privado.

El camarote era claustrofóbico y sofocante, una especie de caja de metal fría en el corazón del monstruo de hierro. Cuatro literas de hierro estaban atornilladas con pernos oxidados al suelo del barco, y sobre ellas había colchones grises y delgados que desprendían polvo. Maya se sentó en la litera inferior, sintiendo cómo el temblor incesante de los motores se transmitía debajo de ella.

—Al menos aquí no llamamos la atención —susurró Ariel, intentando aportar algo de lógica en mitad del caos. Colocó su mochila sobre la pequeña mesa de metal que estaba fijada a la pared. Con cuidado, como si sostuviera una reliquia sagrada, extrajo el diario del abuelo Abraham.

Las páginas amarillentas se abrieron casi por sí solas en el conocido dibujo del emblema del loto. A su alrededor, con una caligrafía apretada y rápida de castellano antiguo, constaban anotaciones en un estilizado cifrado de corte. Maya se inclinó hacia delante, con los ojos recorriendo los márgenes.

—En casa, la brújula nos abrió el cerrojo de la ubicación —susurró Ariel, con la mirada recorriendo la página con inquietud—. Pero aquí... es como si el abuelo hubiera escrito en un idioma que jamás existió. No iba a dejar la interpretación de la fortaleza expuesta a la vista de cualquiera, y menos después de haber encriptado las coordenadas.

Se inclinaron sobre la página. Bajo el boceto de la fortaleza aparecían líneas de letras en castellano antiguo, pero estaban

dispuestas en una estructura extraña, con espacios sin sentido.

—¿Quizá sea un código Atbash? —sugirió Maya. Sacó un bolígrafo y comenzó a sustituir las letras según el orden inverso, pero las palabras que obtuvo eran una sucesión de sílabas carentes de significado—. No, no es eso. Es simplemente jerga sin sentido.

—¿Quizá un cifrado César? —lo intentó Ben, entusiasmado por un momento—. ¿Desplazamos cada letra tres posiciones hacia delante?

Ariel intentó procesar las letras en su cabeza, pero el intento los descarrió de nuevo. La página se llenó de tachaduras e hipótesis fallidas. La desesperación comenzó a calar; el camarote se sentía cada vez más pequeño a medida que pasaba el tiempo.

—Un momento —dijo Ariel de pronto, con voz baja y trémula. Acercó la hoja amarillenta hacia la tenue luz de la lámpara del techo del camarote—. Mirad los pequeños agujeros en los signos de puntuación —susurró—. No me parecen casuales.

Maya y Ariel cruzaron los diminutos orificios con las letras que había debajo. De repente, el laberinto comenzó a despejarse. No se trataba de una escritura secreta matemática, sino de un cifrado de ubicaciones físicas sobre el papel. Las letras correctas «flotaron» del mar de la jerga.

—Aquí está —suspiró Maya aliviada, y leyó el texto descifrado—: «Castillo de los Caídos. Construido en el siglo XV sobre los acantilados costeros de Puerto Cabello. No se utilizó para la defensa contra invasores, sino como prisión para aquellos que se atrevieron a oponerse a la Corona. La leyenda dice que entre sus piedras se escuchan los susurros de los traicionados, y allí se ocultó la primera llave del acertijo de Catalina».

—¿Una prisión? —repitió Ben en voz baja—. Efraim nos advirtió de que la naturaleza allí es un enemigo hambriento y que los mercenarios aguardan en las sombras. Si esta fortaleza es una prisión, nos estamos metiendo en una trampa.

—El abuelo sabía que era peligroso —dijo Maya, con voz firme a pesar del vuelco de su corazón—. Siempre me prometía que un día veríamos cómo la arena se convierte en oro líquido cuando el sol besa el agua. Lo llamaba *jól zahav* —el brillo que se revela solo a quien no teme mirar al sol a los ojos—. No nos habría dejado estas pistas si no hubiera creído que éramos capaces de afrontarlo.

Ariel cerró el diario con un golpe seco.

—Este descifrado es nuestra única ventaja. Nadie en este barco sabe lo que realmente estamos buscando aquí.

Miró hacia la puerta de acero. Más allá de las paredes metálicas, el *Esperanza* continuaba cortando las olas oscuras, conduciéndolos hacia los susurros que los aguardaban entre los muros de piedra del Castillo de los Caídos.

◆

A la hora de la cena, el comedor del *Esperanza* era una olla a presión de olores a frito y ruido de motores. Se sentaron en una esquina apartada, intentando mimetizarse con el bullicio. Un tipo con traje oscuro entró justo detrás de ellos, con su cabello negro recogido en una coleta descuidada que dejaba a la vista una cicatriz delgada y dentada al lado de su labio inferior. Era Javier. Se lo veía completamente ajeno a ese entorno y, por un instante, Maya reconoció su rostro de su encuentro previo con el resto de los pasajeros del barco.

Un repentino bandazo del barco hizo que las bandejas de metal temblaran. Ben, que sostenía su vaso de agua, perdió el equilibrio y resbaló directo hacia Javier. La bandeja cayó con un estrépito ensordecedor sobre el suelo de hierro.

Javier no se movió de su sitio. Estiró una mano rápida como el rayo y agarró el brazo de Ben para evitar que se cayera. Sin embargo, su agarre no fue delicado. Con dedos fuertes apresó la muñeca de Ben y, mientras fingía «ayudarlo», subió deliberadamente la manga del chico.

El símbolo destacaba allí: el loto que Ben se había dibujado con rotulador negro esa misma mañana como amuleto de la suerte.

Ariel saltó de su asiento, con el corazón desbocado.

—Lo siento, es que todavía no se ha acostumbrado al mar —dijo en un rápido inglés, intentando atraer a Ben hacia sí y taparle el brazo.

Javier no lo soltó de inmediato. Examinó el emblema con mirada fría y calculadora, y luego esbozó una fina sonrisa que no llegó a sus ojos.

—No pasa nada, chico. Los errores ocurren en el mar —dijo con una voz demasiado suave, de marcado acento latino. Le dio una palmada en el hombro a Ariel con una mano embutida en un guante de cuero negro. El contacto del cuero frío le produjo un escalofrío a Ariel—. Deberíais cuidaros. Las aguas aquí son muy profundas, y no perdonan fácilmente.

◆

—¡¿Pero qué demonios te pasaba por la cabeza?! —estalló Ariel en cuanto la puerta del camarote se cerró tras ellos—. ¡Ese símbolo es como una diana en nuestra espalda! Efraim nos advirtió de que no llamáramos la atención, ¡¿y vas tú y te dibujas el mapa del abuelo en el brazo?!

—¡Es para la suerte, Ariel! Pensé que nos protegería —protestó Ben, con el rostro encendido por la culpa—. ¡No se suponía que lo fuera a ver!

—No es que lo haya visto por casualidad, es que lo estaba buscando —dijo Maya en voz baja, con la voz ligeramente trémula. Cerró la puerta del camarote con llave—. Su agarre... sabía lo que buscaba. A partir de ahora, no salimos de esta habitación solos. ¿Y el diario? Se queda pegado a nosotros, debajo de la ropa.

◆

Las siguientes veinticuatro horas en el mar no transcurrieron en una nube, sino en una guerra silenciosa de nervios. Cada vez que la

puerta de acero del comedor se abría, Ben se tiraba de la manga hacia abajo hasta casi romper la tela. Javier no volvió a acercarse a ellos, pero su mirada siempre estaba allí; en la esquina, detrás del humo del cigarrillo, siguiendo sus movimientos como si contara los minutos de trayecto restantes.

Maya intentaba mantener la cordura.

—Quizá solo sean imaginaciones nuestras —susurró una de las noches en el camarote, mientras la luz parpadeante amenazaba con apagarse—. Quizá solo sea un hombre antipático. En el mar hay mucha gente así.

—No es solo un antipático, Maya —respondió Ariel, con los ojos clavados en el techo metálico—. Miró al loto como si hubiera reconocido a un viejo amigo. Algo no va bien aquí.

No fue hasta la tercera noche, cuando el mar se volvió bravío y a Ariel se le revolvió el estómago de pura náusea y preocupación, que decidió que tenía que salir. Necesitaba saber si se estaba volviendo loco או si realmente estaban metidos en una trampa. Alrededor de las dos de la madrugada, salió a la cubierta para respirar aire frío. Bajo la luz de la luna, el barco parecía el esqueleto de un metal gigante.

De repente, un murmullo de conversación llegó desde la zona de los contenedores. Ariel se quedó helado. Reconoció aquel tono suave y peligroso. Se escurrió rápidamente por el estrecho hueco entre dos contenedores gigantes, trepando con cuidado por una pequeña escala de hierro para otear desde arriba.

Javier estaba allí plantado, lejos de la vista de la tripulación, sosteniendo un teléfono por satélite.

—Los pájaros están en el nido —dijo al aparato—. Tres polluelos. El mayor custodia el libro y el pequeño lleva el sello en el ala.

Ariel se echó hacia atrás y su zapato chirrió contra el hierro rugoso. Por error, golpeó con el codo el cierre metálico del contenedor. *Clang*. El sonido resonó como un disparo en el silencio de la noche.

Javier se calló de inmediato. Giró la cabeza con brusquedad, escudriñando la oscuridad.

—Jefe, espere un momento —susurró al aparato. Comenzó a caminar hacia los contenedores, con pasos aterradoramente silenciosos sobre la cubierta. Ariel se tumbó cuan largo era sobre el techo del contenedor, conteniendo la respiración, con el corazón latiéndole tan fuerte que le parecía que Javier podría oírlo.

Javier se detuvo justo debajo de él. Ariel pudo ver el extremo de su coleta y el guante de cuero negro acariciando el lateral del contenedor. La tensión era insoportable. Javier permaneció allí durante largos segundos, escuchando al viento. Finalmente, suspiró y volvió al teléfono.

—Parece que solo ha sido el viento o alguna rata —soltó—. Todo marcha según el plan. Llegaremos a la fortaleza a tiempo. Nos encargaremos de ellos allí.

Ariel se quedó congelado en el techo todavía largos minutos después de que Javier hubiera desaparecido en el vientre del barco. Cuando sus pies tocaron de nuevo la cubierta, le temblaban. No iban rumbo a una aventura; estaban dentro de una trampa que se iba cerrando sobre ellos en mitad del océano.

Capítulo 6

La tenue luz de la mañana se filtraba a través de las rendijas de la gruesa cortina, proyectando franjas amarillentas de polvo sobre el frío suelo de metal. Ariel se agitaba en sueños. Tenía la cabeza caída sobre el hombro en una postura que vaticinaba un dolor de cuello para la próxima semana, y la espalda apoyada contra la pesada puerta de acero del camarote. En su mano derecha aún empuñaba una gran llave inglesa que había «tomado prestada» de la caja de herramientas de la cubierta; sus dedos estaban blancos por el esfuerzo incluso mientras dormía, negándose a soltar el arma improvisada.

Maya, que se había despertado más temprano, no pudo permanecer indiferente ante la escena. La tensión de los últimos días se disolvió en ella en un momento de humor negro. Sacó su teléfono.
Clic.
Ariel saltó de su sitio como impulsado por un resorte. Blandió la llave inglesa en el aire, con los ojos recorriendo frenéticamente la pequeña habitación.
—¡¿Quién es?! ¡¿Dónde está?!
—¡Vaya, vaya! ¡Tranquilo, Rambo! —Maya se desternillaba de risa en la litera superior, sosteniendo su dispositivo como un valioso botín—. Tenías que haberte visto. Parecías el guardián de un castillo encantado, solo que con un hilo de baba en la camiseta. Ya he hecho la foto, esto va directo a la carpeta de «material para futuros chantajes».
—¡Borra eso, Maya! ¡Ahora mismo! —resopló Ariel, intentando normalizar las pulsaciones mientras Ben asomaba la cabeza desde la litera inferior, frotándose los ojos con confusión.
—¿Qué te pasa, Ari? —preguntó Ben con voz ronca por el sueño—. ¿Por qué está la mesa bloqueando la puerta? Apenas he podido ir al baño a oscuras sin romperme una pierna.
Ariel no se rió. Dejó la llave inglesa sobre la mesa con un pesado sonido metálico, y la sonrisa se borró también del rostro de Maya al ver la expresión de sus ojos. Les hizo una seña para que se acercaran con un susurro.
—Sentaos. Porque esto no va a ser agradable.
Les contó todo: sobre las sombras detrás de los contenedores y sobre la voz fría de Javier que se filtraba a través del ruido de los motores cuando informaba a su jefe sobre «los polluelos y el libro».
—Él sabía de nosotros, Maya —susurró Ariel, y su voz sonó ajena en la pequeña habitación—. Sabía de tu símbolo, Ben. Nos está siguiendo desde Ashdod. No somos simples pasajeros en este barco: somos un objetivo.
Maya se quedó callada. La risa desapareció de sus ojos, sustituida por una mirada gélida, de esas que Ben solo conocía de los momentos en que la realidad se volvía verdaderamente peligrosa.

—¿Así que todo este tiempo... simplemente ha estado ahí en la esquina, observándonos? ¿Como en una jaula?
—¡Os dije que parecía raro! —interrumpió Ben, con la voz ligeramente trémula—. Os dije que su acento no encajaba. ¿Qué demonios vamos a hacer ahora? ¡Estamos en mitad del océano, no tenemos a dónde huir!
—Tenemos que jugar el juego —dictaminó Ariel con una calma forzada—. Si nos encerramos aquí, comprenderá que algo va mal. Salimos a desayunar. Negocios como siempre. Sonreímos, comemos y transmitimos que todo está bien.
◆
El comedor estaba saturado de un fuerte olor a café tostado y gasóleo. Ben sentía que cada par de ojos en la sala se clavaba en él como una flecha. Al sostener su vaso de zumo, el hielo de su interior tintineaba al ritmo del temblor de su mano, produciendo un sutil sonido metálico que exponía sus temores a los cuatro vientos.
—Deja de sudar —le susurró Maya, casi sin mover los labios—. Pareces alguien que está a punto de atracar un banco.
—¡Lo intento, Maya! Pero se siente como si todo el mundo lo supiera —afirmó Ben, moviendo el cuello de su camisa con incomodidad, asegurándose de que el emblema que se había dibujado en el brazo estuviera bien oculto.
De repente, una pesada sombra cayó sobre su mesa. Un chico alto de cabello corto y oscuro y ojos castaños claros se sentó a su lado sin pedir permiso. Era Daniel. Tenía la piel bronceada por el sol y vestía ropa de mochilero desgastada que ocultaba una mirada afilada y calculadora. Dejó una bandeja con café solo y tomó la manzana de la bandeja de Maya con un movimiento casual.
—¿A dónde se ha ido el tercero de vosotros? —preguntó Daniel con una sonrisa que no llegó a sus ojos.
—Se ha quedado descansando —respondió Maya con frialdad.
Daniel le dio un mordisco a la manzana con un crujido rotundo.
—Sí, esta travesía definitivamente da náuseas. En mis primeras noches apenas pude conciliar el sueño; pasé la mayor parte del tiempo entre las sombras de la cubierta. —Se inclinó hacia delante, bajando la voz con tono significativo—: Es interesante ver lo que uno

descubre cuando se queda en la oscuridad el tiempo suficiente. Se ve también a aquellos que creen que han conseguido esconderse.
Ben frunció el ceño con confusión.
—¿Esconderse? ¿Qué quieres decir? Todo el mundo está aquí a la vista, no hay dónde...
Maya sintió un escalofrío a lo largo de la columna vertebral. Estiró la mano por debajo de la mesa y presionó con fuerza la rodilla de Ben para hacerlo callar.
—Ben, basta. —Se giró hacia Daniel, con la mirada congelada—: Él no está hablando de juegos de escondite.
—Lista, la hermana mayor —sonrió Daniel con una sonrisa torcida—. Entonces seguro que comprendéis que no queréis saber lo que Javier planea hacer cuando el barco atraque. —Inclinó la cabeza sutilmente en dirección a Javier, que estaba sentado en el otro extremo de la sala, revisando su periódico con una indiferencia amenazante.
—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Maya.
—He oído que el capitán va a parar en Lisboa por una emergencia médica —susurró Daniel—. En Portugal suben policías de fronteras de verdad a contar cabezas. Yo no puedo permitir que vean mi pasaporte, y vosotros no podéis permitir que Javier os espere en el camarote. Vosotros seréis mi billete de salida: me ayudáis a desaparecer del puerto sin que me atrapen, y yo os daré la información que tengo sobre Javier y sobre quién lo ha enviado realmente.
Maya y Ben intercambiaron miradas rápidas. Ella detectó diversión en el rostro de Daniel, pero comprendió que no lo hacía por buena voluntad. Sabía exactamente dónde presionar.
—Nosotros no somos contrabandistas de fronteras —dijo Maya entrecerrando los ojos.
Daniel volvió a morder la manzana.
—Parece que todos tenemos algo que ganar con esto. Yo me encargaré de desconectar las cámaras de seguridad en el pasillo inferior. Estad listos en media hora junto a la puerta de escape. Es nuestra única ruta de huida.
◆

Cuando Maya y Ben regresaron al camarote, Ariel ya estaba en mitad de un trabajo frenético. Su portátil le iluminaba el rostro con una luz azulada y pálida.
—He fotografiado cada página del diario —les dijo sin levantar la vista, con los dedos tecleando en el ordenador a gran velocidad—. Todo ha pasado a este disk-on-key. Si le ponen la mano encima al original, al menos la información se quedará con nosotros.
Con mano temblorosa comenzó a coser el pequeño dispositivo dentro de una sencilla cadena de tela alrededor de su cuello.
—No vamos a abrirles la puerta —dijo Ben con firmeza, pero su mirada delató el miedo cuando Ariel desvió los ojos hacia él.
De repente, la sirena del barco rasgó el aire; un sonido profundo y estremecedor que hizo vibrar las paredes de metal. El ruido de los motores cambió a un lamento débil y moribundo.
—Atención de la tripulación. Atraque en Lisboa en treinta minutos debido a una emergencia médica.
—¡No tenemos tiempo! —exclamó Ben, comenzando a meter ropa dentro de su mochila en un desorden absoluto—. Tenemos que huir ahora mismo.
Ariel se levantó de su sitio alarmado, con la llave inglesa todavía depositada sobre la mesa a su lado.
—¡¿Alguien puede explicarme qué está pasando?! ¡Habíamos dicho que mantendríamos un perfil bajo!
Maya se giró hacia él con un movimiento brusco, empujando material en una mochila gris rota.
—Nuestro perfil ya no es bajo, Ariel. Está bajo tierra. Un tipo llamado Daniel nos ha pillado en el comedor. Sabe lo de Javier, sabe lo de nosotros y sabe que no actúan solos. Están esperando a que el barco salga a alta mar para acabar con esto. —Respiraba con agitación, con el rostro fatigado—: Aprovechamos el atraque para desaparecer. ¡Ahora!
—¡¿Cómo hemos llegado a la situación de huir con un extraño que nos chantajea?! —exclamó Ariel—. ¡Esa es la receta más segura para el desastre!
—¡Intentamos jugar según tus reglas! —le espetó Maya con determinación—. Pero las reglas han cambiado. Si tienes otra idea

que no sea esperar aquí hasta que Javier nos arrastre de esta habitación en mitad del océano, estaré encantada de escucharla. Si no, ¡haz tu mochila ahora mismo!
Ariel la miró durante un largo segundo, comprendió que tenía razón y se rindió. Preparó sus pertenencias con rapidez, tocándose el pecho con la mano; la fina camisa ocultaba el disk-on-key que se había convertido ahora en el objeto más valioso del mundo para ellos. La llave para sus vidas.
◆
La sirena del barco rasgó el aire; un sonido profundo y estremecedor que anunciaba el atraque improvisado en Lisboa. En el interior del camarote, Ariel terminó de asegurar la cadena con el disk-on-key alrededor de su cuello, sintiendo el pequeño plástico pegado a la piel como un amuleto fatal.
—Ya está —susurró—. Si el original se pierde, la verdad sigue con nosotros.
Se escurrieron hacia el pasillo inferior, donde Daniel ya los aguardaba junto a la pesada puerta de acero. Se lo veía tenso, con sus ojos castaños escaneando las cámaras que supuestamente habían sido desconectadas.
—Rápido —siseó tirando de la manivela—. Tenemos una ventana de diez minutos antes de que los policías suban a la cubierta a contar cabezas.
Salieron al aire de la noche salado y frío del puerto de Lisboa, pero el plan «limpio» de Daniel se desmoronó de inmediato al llegar a la puerta del muelle.
—Maldita sea —maldijo Daniel, tirando de una gruesa cadena que bloqueaba las manivelas—. Se suponía que esta puerta debía estar abierta. Han cambiado los candados.
Un ladrido ronco se escuchó a lo lejos, acompañado por el haz de una linterna que barría los contenedores a un ritmo constante.
—Perros de patrulla —susurró Ariel, con los latidos del corazón resonándole en los oídos—. No hay tiempo para forzar esto. ¡Por aquí! —Señaló un estrecho sendero que pasaba a través de la zona de descarga activa del puerto.

Corrieron encorvados entre infinitas paredes de acero de colores azul y rojo, con el puerto bullendo de actividad a su alrededor. De repente, un chirrido metálico ensordecedor se escuchó por encima de ellos. Un enorme brazo de grúa descendió rápidamente del cielo, bajando un contenedor verde justo entre ellos.
—¡Ben, corre! —chilló Ariel.
Ben y Daniel consiguieron saltar al otro lado en el último momento, pero el contenedor aterrizó con pesadez sobre el raíl, bloqueando el paso a Maya y a Ariel como un muro hermético. Los guardias ya estaban a la vuelta de la esquina; sus voces se escuchaban más cerca que nunca.
—¡Ariel, estamos atrapados! —Maya se pegó al frío lateral de acero, con la respiración entrecortada y rápida.
Ariel divisó un contenedor oxidado cercano que ya había comenzado a elevarse lentamente en el aire.
—¡Maya, a la escala del contenedor! ¡Ahora! —La empujó hacia los peldaños de metal y treparon en los últimos segundos antes de que el contenedor se despegara del suelo.
Ben, desde el otro lado, observaba con horror cómo sus hermanos se elevaban en las alturas.
—¡Los van a ver! —exclamó.
Daniel no perdió los nervios; sacó una piedra grande y la arrojó con fuerza contra la ventana de una carretilla elevadora estacionada. La alarma comenzó a chillar, rompiendo el silencio. Los guardias y el operador de la grúa giraron la cabeza hacia el origen del ruido, y el movimiento del contenedor se detuvo por un momento a una altura de unos tres metros.
—¡Salta! —le gritó Ariel a Maya.
Maya miró hacia abajo y el mundo comenzó a dar vueltas. El muelle parecía imposiblemente lejano y el asfalto negro se veía como un abismo que lo devoraba todo. Las rodillas se le congelaron y sus manos apresaron las barras de metal con una fuerza que hizo que sus nudillos se volvieran blancos—. No... no puedo, Ariel. No puedo soltarme.
—¡Maya, mírame! —Ariel la agarró por los hombros, bloqueando con su cuerpo la vista del abismo debajo de ella—. No mires hacia abajo.

¡Súbete a mi espalda, ahora! Yo aterrizo por los dos. ¿Confías en mí?
Con un temblor incontrolable, Maya rodeó su cuello con los brazos y cerró los ojos con fuerza. Ariel tomó aire profundamente, calculó la distancia y saltó a lo desconocido.
Cayeron con pesadez sobre una plataforma de madera cargada de sacos de cemento. El golpe fue fuerte; el aire brotó de los pulmones de Ariel con un impacto sordo, y Maya rodó hacia un lado sobre la dura superficie, temblando entera pero ilesa. El dolor les quemaba en la espalda y en los brazos, y el polvo blanco del cemento se elevó a su alrededor como una nube.
—¿Estáis bien? —llamó Ben, que surgió de las sombras.
—No hay tiempo para revisar lesiones. ¡Levantaos, que vienen! —dijo Daniel.
Saltaron de la plataforma y corrieron hacia la valla de alambre rota en el extremo del puerto. Ariel sentía el impacto en cada paso, pero no se detuvo. Cruzaron la línea del puerto hacia los callejones oscuros de Lisboa, dejando atrás a Javier y al barco que se había convertido en una jaula, mientras desaparecían en la ciudad extranjera.
◆
Irrumpieron desde el callejón del puerto hacia una calle secundaria y empedrada, con Ariel cojeando un poco y la espalda quemándole por el aterrizaje sobre los sacos de cemento. Maya lo sostenía del brazo, con los ojos todavía abiertos por el mareo de la altura. Al final de la calle, bajo una farola parpadeante, estaba aparcado un monovolumen blanco y destartalado. El conductor, un hombre local con una gorra de visera descolorida, estaba ocupado descargando cajas de madera en el interior del almacén de un pequeño local.
—Allí —susurró Daniel—. No dejéis de correr.
Aprovecharon el momento en que el conductor desapareció en el interior del almacén y se deslizaron dentro a través de la puerta del maletero, que estaba entreabierta. El olor los golpeó de inmediato: una mezcla penetrante y sofocante de tierra mojada y cebolla seca. Se atrincheraron entre los pesados sacos, tirando sobre ellos de una lona de tela basta y rezando para que la oscuridad los devorara.

De repente, la puerta del conductor se abrió con un golpe. El hombre subió, pero antes de arrancar, se quedó helado. Miró por el espejo retrovisor y luego se giró con brusquedad, estirando la mano hacia la lona de tela.
—¡Eh! ¡¿Quién está ahí?! —gritó en portugués, con voz llena de enfado y sospecha.
Retiró la lona y descubrió sus rostros aterrorizados.
—¡Salid de mi coche! ¡Ahora mismo! —ordenó, y comenzó a abrir la puerta para arrastrarlos fuera.
—¡Por favor, señor! ¡Ayúdenos! —estalló Maya en un castellano urgente, con la voz temblorosa. Lo agarró por el extremo de la manga, con los ojos suplicantes—. Estamos en peligro. Gente mala... por favor.
El conductor se detuvo.
Su portugués y el castellano de ella colisionaron en el aire, creando un puente de sutil entendimiento. Miró a Maya, y luego a Ariel y a Ben, que se amontonaban detrás de ella. En ese mismo instante, un chirrido de frenos se escuchó al final del callejón. Un coche negro y elegante se detuvo con un volantazo, y tres hombres bajaron de él. Javier estaba entre ellos; su guante de cuero negro destacaba bajo la luz de la farola mientras escaneaba la calle con mirada de cazador. El conductor miró a Javier y a sus hombres —que vestían trajes demasiado caros para aquel callejón— y luego de nuevo a Maya. Vio el terror puro en sus ojos. Sin una palabra más, cerró la puerta de golpe, engranó la marcha y pisó a fondo el pedal del acelerador. El monovolumen saltó hacia delante con un rugido, dejando a Javier en mitad de una nube de hollín y polvo en las sombras de Lisboa.
En el interior del maletero, la oscuridad era casi absoluta. La cebolla que se aplastaba bajo sus cuerpos desprendía un olor que les hacía llorar los ojos, pero nadie se atrevió a emitir ningún sonido.

Capítulo 7

El viaje fue largo y accidentado. El vaivén hipnótico de las ruedas al rechinar sobre el viejo asfalto, combinado con el penetrante olor a

cebolla y el calor sofocante del maletero, terminó por vencerlos. Ariel, a quien todavía le escocía la espalda por el aterrizaje en el puerto, se sumió en un sueño agitado junto a Maya, Ben y Daniel.

No oyeron el motor apagarse. Tampoco oyeron el trino de los pájaros que sustituyó al estruendo de los vehículos.

De repente, las puertas del monovolumen se abrieron con un golpe. Los intensos rayos de sol de la última hora de la tarde se filtraron hacia el interior, quemando sus ojos sudorosos. Un grito agudo y fuerte rasgó el aire.

Inés estaba allí plantada. Era una chica joven con una trenza castaña descuidada y un delantal azul de trabajo, cuyas manos sostenían una caja de madera que había dejado caer al suelo del puro asombro. Retrocedió un paso, con sus ojos de color miel congelados por el terror ante la imagen de cuatro figuras polvorientas que emergían de entre su pila de cajas. Ella no estaba en un callejón de Lisboa; para ella, aquellos eran intrusos que brotaban de la nada.

—¡*Papaito*! ¡Ven aquí! —chilló en portugués en dirección a la casa, reculando.

—¡Lo siento! ¡Lo sentimos mucho! —exclamó Ben, saltando de su sitio alarmado. Hablaba en hebreo, con voz trémula, sin percatarse de que Inés solo se asustaba más.

A los pocos segundos apareció *Papaito*. Posó una mano tranquilizadora en el hombro de Inés y le habló en voz baja, explicándole probablemente quiénes eran. Miró a sus cuatro pasajeros con una mirada cansada y preocupada. Sabía perfectamente quiénes eran; al fin y al cabo, había visto a los hombres de traje que los perseguían.

—Vamos, vamos —les indicó con la mano en dirección al granero, con voz profunda y ruda. No parecía alegrarse de verlos; tenía el aspecto de un hombre que había hecho una buena acción y ahora temía las consecuencias.

Salieron tambaleándose del monovolumen, con las piernas vacilantes sobre la tierra firme.

—¿Está enfadado con nosotros? —susurró Ben, contemplando el rostro apesadumbrado del granjero.

Maya tomó aire profundamente. Dio un paso adelante hacia *Papaito*.

—Gracias —dijo en voz baja, señalando el vehículo y luego el camino que habían recorrido—. Gracias por salvarnos.

Papaito solo asintió a duras penas. Masculló algo sobre el «peligro» y les hizo una seña para que entraran al granero, lejos de la vista de los transeúntes del camino rural.

Daniel, que había permanecido hasta entonces en la sombra, dio un paso al frente y, en un frío inglés, dijo:

—Sentimos las molestias. Estoy dispuesto a pagarle por las molestias —y extrajo unos billetes de dólares.

Papaito levantó la mano con un ademán tajante de rechazo, casi ofendido. No los había salvado por dinero y no quería ninguna prueba de que hubieran estado allí.

—¡No! —le siseó Maya a Daniel—. Guarda el dinero. ¿No entiendes que eso solo lo asusta más?

Inés, más tranquila tras la explicación de su abuelo, volvió a mirarlos. Vio que sus ropas eran de calidad a pesar de la suciedad y reconoció el miedo auténtico en los ojos de Ben. Se dirigió a Maya y le preguntó en un castellano pausado:

—¿De dónde sois?

—Tenemos que llegar a Venezuela. Nuestro barco... se ha ido —dijo Maya.

Papaito soltó un profundo suspiro y les indicó con la cabeza que lo siguieran.

—Se hace tarde —tradujo Maya el tono del hombre—. Dice que vayamos con ellos. No nos va a dejar en la calle.

◆

Junto a un viejo abrevadero de piedra cubierto de musgo, *Papaito* guio a los chicos hacia una ducha improvisada a la intemperie. Un chorro de agua congelada brotó de un grifo oxidado a gran presión, produciendo un sutil silbido. Ariel y Ben se quitaron las camisetas sucias y sus cuerpos se estremecieron de inmediato ante el contacto agudo y fresco del aire y del agua.

Ariel llenó un pesado cubo de metal y lo vació de golpe sobre la cabeza de Ben. El chico soltó un grito de susto por el impacto frío, pero al segundo siguiente estalló en una carcajada liberadora. Comenzó a frotarse con brío para quitarse el polvo del camino, los restos de cemento del puerto y el olor a cebolla que se le había pegado a la piel. Daniel, en cambio, se mantuvo un poco al margen. Se lavó la cara y las manos con movimientos medidos, con sus ojos castaños escaneando la línea de árboles y los campos con una suspicacia constante que despertaba mucha curiosidad sobre él.

Al mismo tiempo, Inés guio a Maya hacia la casa principal. En cuanto cruzaron el umbral de la puerta, las envolvió un aroma dulce y reconfortante a madera de pino, canela y pan tierno recién salido del horno. Inés le tendió a Maya una toalla limpia y un jabón aromático que desprendía un intenso olor a lavanda.

Cuando Maya entró en la ducha y el agua caliente comenzó a resbalar por sus hombros tensos, sintió cómo toda la presión de los últimos días se disolvía en el desagüe. Cerró los ojos con fuerza, dejando que el vapor la envolviera. Por primera vez desde que habían subido al barco en Ashdod, sintió que no era solo un objetivo perseguido: volvió a sentirse humana.

◆

Ben estaba sentado en los escalones de madera del granero, con las piernas balanceándose casi rozando la hierba húmeda. Por encima de él, el cielo se teñía de un naranja ardiente y un violeta profundo; un decorado festivo que contrastaba por completo con el terror de la última noche. El silencio de la granja, interrumpido únicamente por

el mugido lejano de una vaca, le hizo olvidar por un momento que eran perseguidos, que estaban fuera de la ley, que estaban lejos de casa.

Un crujido de madera se escuchó detrás de él. Ariel apareció envuelto en una manta de lana blanca y gruesa que le había dado *Papaito*. No dijo una palabra, solo extendió otra manta sobre los delgados hombros de Ben y se sentó a su lado. Por un momento, eran solo dos hermanos contemplando la puesta de sol.

—Esto no es lo que habíamos planeado —susurró Ben finalmente. Su voz sonaba pequeña en el espacio abierto—. Supuestamente deberíamos estar ahora en un hotel en Venezuela. No en un granero en Portugal con olor a heno y a miedo.

—Nada en este viaje está saliendo según el plan, Ben-ben —dijo Ariel en voz baja, con los ojos siguiendo la línea del horizonte que se desvanecía—. Pero estamos juntos. Mientras estemos juntos, seguimos en el juego. Eso es lo importante.

—Los padres deben de estar volviéndose locos —suspiró Ben, dejando caer la cabeza sobre el hombro de Ariel—. Mamá ya habrá descubierto todo y habrá llamado a la policía, a la embajada, a todos.

—No te preocupes por ellos —lo tranquilizó Ariel, a pesar de que la preocupación también ardía en él—. Ayelet nos está encubriendo. Prometió que los mantendría tranquilos y sabe inventar historias mejor que todos nosotros. —Se calló por un instante, y su mirada se volvió dura y afilada—: Hay algo más policía.

Ben levantó la cabeza.

—¿Daniel?

—No me gusta, Ben. Hay algo en él que no me cuadra. Es demasiado silencioso, demasiado hábil. Sabía exactamente cómo desactivar las cámaras del barco y cómo guiarnos en el puerto. —Ariel se apretó la manta a su alrededor—. No le quites el ojo de encima. No confíes en él ni por un segundo.

Ben asintió en silencio, pero luego se giró hacia su hermano con mirada llena de dudas.

—Ariel... ¿qué haremos si al final no encontramos nada? Tengo miedo de que al final descubramos que todo ha sido en vano.

Ariel miró a su hermano pequeño. Vio las manchas blancas de cemento que todavía quedaban en los bordes de su ropa, el cansancio en sus ojos. Posó una mano pesada y de apoyo sobre su hombro.

—Lo encontraremos, Ben —dijo con una voz firme que pretendía convencerse primero a sí mismo—. Lo encontraremos, porque no tenemos otra opción. Cruzamos el punto de no retorno hace mucho tiempo.

◆

Eran casi las ocho y media de la tarde. La niebla comenzaba a reptar desde los campos hacia los aledaños de la granja, envolviendo el granero en un manto fresco. Maya se plantó en una esquina oscura junto a la pesada puerta de madera, lejos de las miradas de *Papaito* e Inés, y extrajo su teléfono con manos temblorosas. La pantalla del dispositivo parpadeaba débilmente, transmitiendo las últimas señales de auxilio de una batería agonizante y una sola barra de cobertura parpadeante y precaria.

Marcó a casa, a Israel. El corazón le latía con más fuerza y velocidad que los tonos metálicos de llamada que sonaban al otro lado de la línea.

—¿Diga? ¿Quién es? —se escuchó una voz ronca y agotada al otro lado.

—¿Mamá? —susurró Maya. Se le cerró la garganta y la palabra casi se negó a salir.

—¡¿Maya?! ¡¿Maya, eres tú?! —La voz de Liat cambió en una fracción de segundo del cansancio a una alerta histérica—. Dios mío, ¿dónde estás? ¡Me estoy volviendo loca, no duermo!

—Mamá, lo siento, de verdad lo siento —Maya intentó adoptar su voz de «todo va bien», mintiendo por puro instinto de protección—. El teléfono pasó a mejor vida en cuanto aterrizamos... He tenido que cambiarlo. Todo bien, hemos llegado al hotel, simplemente estamos...

—Maya, apenas oigo nada —la interrumpió Liat a través de unas fuertes interferencias estáticas que chirriaban en el oído—. ¿Has dicho que habéis llegado? ¿Qué tal el hotel?

—He dicho que todo... ¿Mamá? ¿Me oyes? ¡Mamá!

La llamada se cortó con un pitido seco y definitivo. La pantalla de Maya se apagó por completo, dejándola a oscuras con sus mentiras y con la preocupación de su madre flotando en el aire.

—¡Maldita sea! —gritó Maya con rabia ahogada y golpeó con la palma de la mano la pared de madera del granero. El dolor físico fue casi un alivio. De repente, una risa corta y seca se escuchó desde un lado.

Maya se giró con brusquedad. Daniel estaba allí sentado, apoyado en una pila de heno con las manos entrelazadas detrás de su cabeza rapada y una brizna seca entre los dientes.

—¡¿Te hace gracia algo?! —estalló ella hacia él, con la respiración acelerada—. ¿Qué haces aquí siquiera? ¿Espiarme?

Daniel suspiró, se quitó la brizna de la boca y se incorporó.

—Tengo cosas más urgentes que hacer que espiarte, Maya —dijo con una voz demasiado tranquila. Señaló un viejo teléfono fijo que estaba colgado de un poste de madera en una esquina del granero —. Si me das unos minutos, puedo conectarme a su línea. Pasaré la llamada a través del procesador de mi portátil; eso reforzará la señal y la transmitirá a través de servidores encriptados. Eso evitará que cualquiera que os esté buscando localice desde dónde estás llamando. Podrás hablar con tu madre todo lo que quieras sin miedo.

Maya se quedó callada. La rabia se evaporó, sustituida por una punzada de culpa abrasadora.

—¿Eso... eso es posible siquiera? —Miró al teléfono fijo y luego a Daniel, que para entonces ya había extraído un pequeño cable de su bolsillo—. Hackeas cámaras en el puerto, eludes centrales de un país extranjero... ¿De dónde sabes hacer todo esto?

Daniel se detuvo. Sus manos, que estaban ocupadas en el desmontaje delicado de la tapa del teléfono, se congelaron por un instante. No levantó la vista, pero sus hombros se tensaron.

—No es tan complicado —dijo, repitiendo su frase habitual, pero esta vez su voz era menos segura—. Simplemente necesito generar un túnel virtual que salga de Lisboa y—

—Para —Maya levantó una mano, con voz baja pero firme. Dio un paso más cerca, invadiendo su espacio personal—. No me des esa explicación técnica. Mi hermano es un genio de la informática y apenas consigue cargar aquí su portátil —chasqueó la lengua—. Te manejas como si hubieras nacido dentro de un servidor de la CIA. Eludir la encriptación de un puerto internacional mientras escapas sobre un contenedor...

Daniel soltó un profundo suspiro. Dejó el pequeño destornillador sobre la pila de heno y la miró a los ojos. Por primera vez, su mirada distante y cínica desapareció. De repente, parecía cansado, mucho mayor de lo que correspondía a su edad.

—Aprendí por las malas, Maya. En un lugar donde no te queda otra opción que ser invisible si quieres sobrevivir. —Se calló y luego añadió con voz ronca—: Serví cuatro años en una unidad especial. Teníamos que establecer comunicaciones desde cero en mitad de países enemigos, sin que nadie supiera que estábamos allí. Cuando me licencié, pensé que había dejado todo aquello atrás.

Se acercó a trabajar en el teléfono, con sus dedos moviéndose ahora con destreza entrenada.

—Pero resulta que estas habilidades son como las cicatrices: no desaparecen solo porque hayas decidido marcharte. Ahora, ¿quieres hablar con tu madre o quieres continuar con el interrogatorio?

Maya sintió una punzada en el corazón. Vio por un instante la soledad detrás de sus vastos conocimientos. No era un superhombre; simplemente era alguien a quien habían entrenado para actuar en la oscuridad, y ahora utilizaba esa oscuridad para protegerse.

—Simplemente... hazlo —dijo finalmente.

◆

En la segunda planta del granero, el olor a heno era dulce y embriagador. Inés les mostró a Ariel y a Ben sus «suites»: dos enormes y blandas pilas de paja dorada. Ben ya había tenido tiempo de zambullirse dentro y desaparecer con medio cuerpo en la pila, pero Ariel permanecía allí con desesperación absoluta, sosteniendo su portátil como si fuera un órgano vital de su cuerpo que agonizara por falta de energía.

—Escucha, Inés —Ariel levantó la voz y ralentizó el habla, como si un volumen alto fuera a derribar la barrera del idioma—. ¡Yo. Necesito. Electricidad! ¡Elec-tri-ci-dad! —Juntó dos dedos e hizo un ademán desesperado de un enchufe que entraba en una toma imaginaria de la pared de madera.

Inés parpadeó con sus ojos de color miel, y una amplia y bondadosa sonrisa se dibujó en su rostro. Asintió con entusiasmo y le dio una palmadita a un grueso cojín de franela que le había traído.

—¡No un cojín, Inés! —suspiró frustrado, extrajo el teléfono apagado del bolsillo y lo señaló a él y luego a la pared desnuda del granero—. ¡Batería! ¡Electrónica! ¡Energía!

Inés emitió una exclamación de comprensión emocionada y corrió hacia la esquina oscura, solo para regresar al cabo de un momento con... otra manta de lana pesada. La depositó sobre los brazos extendidos de Ariel con una palmada orgullosa.

Ariel tomó la manta, con los hombros caídos.

—Esto es simplemente increíble —murmuró hacia Ben—. Es como el teléfono escacharrado, me estoy volviendo loco. ¿Cómo espera

ישהיא תטעין את המחשב של con una manta de tela?

Ben, que observaba la escena con solo la punta de la nariz asomando del heno, estalló en una sonora carcajada.

—Ariel, déjalo, pareces un mimo en una función fallida en el centro cultural —se incorporó un poco, se dirigió a Inés y concentró todo lo que recordaba del trayecto en el monovolumen—. ¡*Obrigado*! —exclamó con confianza en portugués.

El rostro de Inés se iluminó de inmediato. Se rió, le respondió con una ráfaga de palabras cálidas en portugués y le dio una palmadita en la cabeza con afecto antes de bajar por la escala.

—¿Has visto? —se jactó Ben, cubriéndose con la manta hasta los ojos—. Ya hablo fluido. Mañana cierro con *Papaito* un aumento de condiciones, un tractor privado y quizá algún saco de cebollas propio. Tú, en cambio, seguirás durmiendo con la pila de mantas.

Ariel sonrió a pesar de todo. Le lanzó un cojín a la cabeza a Ben, que se enterró aún más en el heno entre gritos de victoria. Por un instante, dentro del granero que desprendía olor a campos y a noche rural, todo se sintió casi normal. Casi seguro.

Capítulo 8

Un sonido metálico, agudo y resonante rasgó el espacio del granero, rompiendo el silencio del amanecer. *Papaito* estaba de pie en el umbral, con las piernas abiertas y una expresión de comandante en batalla en el rostro, mientras agitaba con todas sus fuerzas una pesada campana de latón. El estruendoso «din-don» hizo vibrar las pilas de heno y espantó a las palomas del tejado.

—¡*Bom dia*! ¡*Bom dia*! —bramó *Papaito* con su voz profunda.

Ben saltó de entre la pila de heno alarmado, convencido por un instante de que Javier y sus hombres habían tirado las puertas abajo. Ariel se incorporó de golpe, con los ojos enrojecidos por el cansancio, y su mano se dirigió automáticamente hacia la mochila donde iba oculto el diario. Solo Daniel permaneció tranquilo; ya estaba sentado en la esquina, apoyado contra la polvorienta pared de madera. Su rostro se mostraba impasible, pero era evidente que no había pegado ojo en toda la noche.

Pocos minutos después apareció Inés, empujando un pequeño carro de madera. Un aroma dulce a zumo de naranja exprimido y a pan portugués caliente inundó el granero. Los bollos dorados estaban cubiertos por una rica capa de coco y huevo, y todavía desprendían un vapor tentador.

Los chicos se abalanzaron sobre la comida con el hambre de varios días.

—No os vendría mal un poco de educación —rezongó Maya hacia los chicos, mientras estos se metían los bollos en la boca, aunque no pudo ocultar una sonrisa al agradecerle el gesto a Inés con una pequeña inclinación. Durante la comida, *Papaito* se plantó frente a ellos y comenzó a hablar con gesticulaciones amplias y enérgicas.

—Dice que mañana por la mañana pasa por aquí el tren regional —tradujo Maya del castellano de *Papaito*, con los ojos brillantes ante la noticia—. Pasa una vez a la semana, y este es nuestro día de suerte. El tren nos llevará hasta la frontera, y desde allí podremos buscar la

manera de cruzar el océano. Quizá nos lleve un poco de tiempo, pero podremos llegar a Venezuela.

Ben se detuvo con un trozo de pan en la boca, con la mirada estupefacta.

—¿De verdad? ¿Eso es todo? ¿Nos marchamos?

—Con una condición —continuó Maya con tono serio—. A cambio de la comida, el alojamiento y la información, nos pide que lo ayudemos hoy en la granja. Tienen mucho trabajo y les faltan manos.

◆

Tras el rápido desayuno, el grupo se dividió. Maya e Inés desaparecieron tras la colina en dirección a los lejanos campos de cosecha, mientras los chicos se quedaban atrás para ayudar a *Papaito* con la tarea más ardua: arar los campos secos como preparación para la siguiente siembra. El sol portugués comenzaba a trepar por el firmamento, enviando unos rayos dorados y abrasadores que hacían que el sudor resbalara por la espalda de Ariel y de Ben.

Ariel y Ben continuaron trabajando uno al lado del otro, con sus azadas golpeando la dura tierra a un ritmo uniforme y monótono. Daniel todavía no aparecía por ninguna parte, y su ausencia —que en otra ocasión habría despertado sospechas— les permitió por fin hablar con libertad, sin el temor de que sus ojos fríos examinaran cada uno de sus movimientos.

Ben se limpió la frente con la manga, se aseguró de que *Papaito* estuviera ocupado reparando uno de los arados a una distancia segura, y extrajo de su bolsillo el viejo puñal del abuelo, el que Ayelet les había dejado. Giró la empuñadura entre sus manos, buscando el ángulo correcto frente al sol.

—Ariel, mira esto —susurró Ben, con la voz baja y densa. Inclinó la hoja del puñal de modo que los rayos del sol impactaran directamente en los adornos metálicos de la empuñadura. De repente, entre las finas hendiduras, destacaron unas letras latinas

antiguas y entrelazadas, increíblemente parecidas a las que habían visto en el diario. Bajo la intensa luz, las palabras parecían casi brillantes—. Revisé el mapa otra vez por la noche y reconocí estas letras. Aparecen aquí, en la hoja, y también allí, en los márgenes del mapa.

Ariel se acercó, entrecerrando los ojos ante el resplandor.

—Es una palabra demasiado larga... ¿Qué es esto siquiera? —Intentó leer la incomprensible sucesión de letras tallada en el puñal—. ¿Crees que tiene relación con la fortaleza? ¿Con el Castillo de los Caídos?

—No lo sé —respondió Ben en voz baja, con los ojos yendo del puñal al campo abierto—. Pero si esta palabra está grabada en el arma del abuelo, este viaje al Castillo de los Caídos va a ser mucho más peligroso de lo que pensábamos. Este nombre... no es una simple marca en un mapa. Suena a advertencia.

Papaito, que se había acercado a ellos justo en ese instante para reprenderlos por haber interrumpido la tarea de arado, se quedó petrificado en su sitio. En el momento en que el nombre de «Los Caídos» brotó de la boca de Ariel, la horca que sostenía se le escurrió de la mano y aterrizó con un impacto sordo sobre la tierra removida.

Miró el puñal que Ben tenía en la mano y luego los rostros de los muchachos con una mirada llena de espanto, como si hubiera visto a un fantasma a la luz del día. De repente, comenzó a hablar en una ráfaga de portugués rápida, gutural y desesperada. Describía con las manos explosiones formidables y gestos de caída libre, repitiendo una y otra vez las palabras «mal destino». Intentaba explicarles, con aspavientos y voz temblorosa, que esa fortaleza era un lugar donde generaciones de rebeldes habían sido enterradas vivas; un lugar donde la tierra todavía recordaba la guerra y se negaba a perdonar.

—¡No consigo entender ni una palabra de lo que dice! —suspiró Ariel con desesperación, contemplando a un *Papaito* sudoroso y

tembloroso —. No entiendo por qué sigue intentando hablar con nosotros así, es como hablarle a una pared.

—¿Qué? ¿Qué abuelo? ¿Qué intenta decirnos? —Ariel levantó la voz de forma automática, acentuando sus ademanes e intentando pronunciar las palabras con una claridad exagerada, pero *Papaito* solo se asustó más. Señaló hacia el oeste, más allá del horizonte, con una desesperación evidente.

—Creo que nos está advirtiendo de la fortaleza, Ariel —dijo Ben, entrecerrando los ojos con preocupación. De pronto, la presión de *Papaito* se transmitió también a él—. Se ha vuelto loco de atar solo con el nombre del lugar. ¡Rápido, tengo que llamar a Maya, es la única que entenderá lo que quiere!

Ben no esperó respuesta. Soltó la azada y emprendió una veloz carrera a lo largo del campo, hacia la colina más allá de la cual se encontraban los campos de cosecha. *Papaito*, para su sorpresa, no se quedó atrás; emprendió una carrera torpe pero rápida justo detrás de él.

◆

Ariel depositó la pesada azada sobre la tierra removida y comenzó a caminar con pasos silenciosos hacia las estructuras traseras de la granja, desde donde se escuchaban unos ruidos metálicos extraños y rítmicos. Pasó el granero principal y llegó a un almacén abandonado cuyo techo estaba medio derruido. Empujó la chirriante puerta de madera y se quedó paralizado en su sitio.

En mitad de la penumbra grisácea, bajo una lona de plástico polvorienta, descansaba un ciclomotor viejo y destartalado, del tipo que utilizaban antiguamente los trabajadores de las plantaciones. Daniel estaba agachado a su lado en el suelo sucio, con las manos negras de grasa y aceite. Intentaba limpiar las bujías y conectar un par de cables pelados que había extraído del salpicadero directamente a una pequeña batería externa que había cogido del tractor de *Papaito*.

—¿Qué demonios estás haciendo, Daniel? —susurró Ariel con rabia, y su voz resonó en el espacio vacío—. Todos están sudando fuera, ¿y tú estás aquí jugando con juguetes?

Daniel no se giró. Juntó los cables y le propinó una fuerte patada, casi violenta, al pedal de arranque. El pequeño motor emitió un débil lamento moribundo y se apagó.

—El tren de *Papaito* es una solución simpática, Ariel —dijo Daniel con su voz fría y distante, mientras le daba otra patada al pedal—. Pero desgraciadamente necesito llegar a Venezuela mucho antes de que se digne a llegar a la estación. Me he buscado una alternativa para llegar a la pista de aterrizaje más cercana esta misma noche, sin esperar la autorización de nadie.

Lo intentó de nuevo. Esta vez el motor expulsó una nube de humo negro y asfixiante que inundó el almacén, y un fuerte olor a combustible quemado se elevó en el aire. Por un momento pareció que la vieja máquina iba a cobrar vida, pero entonces se escuchó un estallido metálico y seco. El pedal simplemente se desplomó hacia abajo, liberado de toda resistencia, y el ciclomotor se apagó definitivamente.

Daniel golpeó el manillar con todas sus fuerzas, un golpe que hizo temblar al destartalado vehículo. Se quedó encorvado sobre la máquina, con la respiración pesada y rápida. En mitad de la penumbra, Ariel vio los hombros de Daniel caídos por una frustración que no había visto en él antes; se veía derrotado.

—Maldita sea esta chatarra —siseó Daniel entre dientes. Levantó la cabeza y miró a Ariel, y en su rostro manchado de aceite no había rastro de la sonrisa satisfecha que había planeado. Había allí únicamente un deseo desesperado de salir adelante.

◆

En los verdes campos de cosecha, Maya e Inés estaban agachadas entre las hileras. Inés arrancó una hoja de albahaca, la desmenuzó entre sus dedos y se sumió por un instante en un largo silencio.

—Este olor —susurró Inés—, aquí en el campo todo huele a tierra mojada y tranquila. En Venezuela todo era más intenso. El olor del mango maduro en el mercado, el humo denso de los autobuses, la música que brotaba de las ventanas... Allí el silencio nunca te hace ruido en los oídos como lo hace aquí.

La mirada de Inés se desvió hacia el teléfono de Maya, que descansaba sobre la tierra removida. Sonrió al ver la funda: una foto de los tres hermanos en una postura divertida; Ben haciendo una mueca extraña, Ariel intentando parecer serio sin éxito y Maya atrapada entre ellos, riendo de todo corazón.

—¿Esta es tu familia? —preguntó Inés con ternura.

Maya asintió, con la mirada ablandándose por un instante ante las figuras familiares. Describió a Ariel como «el cerebro» del grupo y a Ben como «una tormenta que nunca termina». Inés se rió, pero luego su mirada se volvió más seria. Se percató de la tensión que Maya intentaba ocultar, de la alerta que brotaba a través de sus uñas manchadas de tierra.

—¿Y quién de ellos intenta ser siempre el macho que protege a todos? —preguntó Inés con una pequeña mueca. Esa definición encajaba exactamente con Ariel, pero aquí, en este viaje, el corazón de Maya sabía que la verdadera responsabilidad recaía única y exclusivamente sobre sus hombros.

—Yo cuido de ellos —respondió Maya en voz baja, con voz firme a pesar de la tormenta que se desarrollaba en su interior—. Y de lo que mi abuelo dejó atrás. No llegó a terminar una misión que era más importante para él que nada, y nosotros simplemente tenemos que cerrar ese círculo por él. No tenemos otra opción.

La sonrisa de Inés se desvaneció casi por completo. Le contó a Maya que sus padres habían fallecido en un grave accidente de tráfico, y cómo *Papaito* había recogido los pedazos y la había tomado bajo su protección como refugiada en un país extranjero.

—Aquel sueño no estaba destinado a durar. Nos mudamos aquí, al silencio, para desaparecer.

—¿No tienes más familia? —preguntó Maya, sintiendo el vínculo del destino que se forjaba entre ellas.

Inés titubeó por un momento, mirando a su alrededor para asegurarse de que *Papaito* no estaba a corta distancia de oído.

—Tengo un tío —susurró—. El tío Carlos. Es piloto de carga, pero no de los que aparecen en los horarios de los aeropuertos. Está precisamente aquí ahora, en la pista de aterrizaje abandonada cerca del Castillo, esperando a que la tormenta sobre el océano se calme. Es un tipo especial, Carlos. Transporta cosas que nadie más está dispuesto a tocar.

Maya levantó la cabeza con rapidez, y el pulso comenzó a acelerársele.

—¿Cosas que nadie está dispuesto a transportar? ¿Qué significa eso? ¿Es contrabandista de... drogas?

Inés estalló en una sonora carcajada, de esas que hicieron que algunos pájaros del campo alzaran el vuelo espantados.

—¿Drogas? No, Maya, en absoluto. Carlos siempre dice que el cielo es el único lugar donde no te hacen preguntas, pero tiene sus líneas rojas. Transporta material para las minas en el corazón de la selva, medicamentos para zonas en conflicto, cosas delicadas. Se marcha temprano, porque esta noche regresa a Venezuela en un vuelo ilegal.

A Maya se le encendió una bombilla en la cabeza.

—¿Esta noche? ¿A Venezuela? —Agarró la mano de Inés, sin percatarse de que la apretaba con demasiada fuerza. La idea de un vuelo directo, por muy peligroso que fuera, parecía de repente más atractiva que cualquier tren lento que los dejara expuestos a Javier —. Inés, ¿crees que hay alguna posibilidad de que podamos unirnos a él? Necesitamos llegar allí ahora. Es una cuestión de vida o muerte para nosotros.

Inés frunció el ceño.

—Esto no es un avión de pasajeros, Maya. Es un armazón de metal ruidoso lleno de cajas, sin asientos y sin seguro. Si os pillan en él... *Papaito* jamás me lo perdonará.

Antes de que Inés pudiera continuar, *Papaito* y Ben aparecieron corriendo entre las hileras de la cosecha, jadeantes y pálidos como la cal.

—¡Maya! ¡Maya! —gritó Ben, y su voz tembló de un modo que hizo que Maya comprendiera que el tiempo que creía que tenían, simplemente se había acabado.

—¿Ben? ¿Qué ha pasado? —saltó Maya de su sitio.

Papaito comenzó a hablar en una ráfaga de portugués y castellano rápida, con las manos temblorosas mientras señalaba con locura en dirección al horizonte, hacia los bosques lejanos más allá del mar. Ben miró a Maya con ojos grandes y asustados.

—¡Tradúcelo, Maya! Ha oído que hablábamos del «Castillo de los Caídos», ¡y simplemente se ha vuelto loco!

—¿Por qué se lo habéis contado? —siseó Maya con enfado, pero al ver a un *Papaito* aterrorizado escuchó sus palabras con angustia. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—¿Qué dice? —la apremió Ben.

Maya tradujo, y su voz sonó hueca y distante.

—Dice que el Castillo de los Caídos es un lugar maldito. Antaño fue una fortaleza de rebeldes, un lugar de guerras crueles, algunas de las cuales jamás se registraron en los libros de historia. Hoy solo son ruinas abandonadas, pero dice que los peligros allí no han desaparecido.

Capítulo 9

El aire en el almacén era denso y claustrofóbico, saturado de un fuerte olor a combustible quemado. Daniel estaba agachado sobre el chasis del viejo ciclomotor, con el cabello revuelto y las manos manchadas de grasa negra. Las herramientas estaban esparcidas a su alrededor en un desorden calculado, y se lo veía tan concentrado que, cuando Maya entró, ni se molestó en levantar la vista.

—Ariel me ha contado lo que intentas hacer —soltó las palabras al espacio del almacén.

Daniel se detuvo por un instante. La llave inglesa se congeló en su mano, y luego continuó apretando un tornillo con una determinación que rozaba la violencia.

—Ariel habla demasiado —siseó.

—¡Ariel se preocupa por todos nosotros! —Ella avanzó un paso más, con sus zapatos chirriando sobre el sucio suelo de hormigón—. Esa chatarra no va a arrancar en la vida, Daniel. Y si por milagro consigues salir de la granja, ¿qué harás luego? Te quedarás tirado en mitad de la nada sin comida, sin agua y sin forma de volver. No estás resolviendo el problema, simplemente te estás creando otro problema diferente.

Daniel se enderezó despacio. Se lo veía cansado, y las manchas de grasa en su rostro solo acentuaban su palidez, pero la mirada de sus ojos era más fría de lo habitual. Arrojó la llave inglesa al suelo con un estrépito metálico.

—No puedo quedarme de brazos cruzados esperando a que el destino llame a mi puerta —dijo con una voz baja que helaba la sangre—. Las posibilidades fuera tal vez sean pequeñas, pero aquí son nulas. Esto es supervivencia, Maya. Algo que tú probablemente todavía no entiendes.

Un pesado silencio se instaló en el almacén. Maya respiró hondo, dejando que sus palabras se asentaran antes de sacar su carta. No había venido aquí a suplicar.

—He hablado con Inés. Hay otra vía. Segura, rápida, y sale esta misma noche.

Daniel entrecerró los ojos, examinándola con escepticismo. Comenzó a hacer preguntas técnicas: el tipo de avión, la ruta, la identidad del piloto. Maya respondió a todo con confianza, viendo cómo su mente analítica ya abandonaba el ciclomotor desarmado en favor de la nueva alternativa. Vio la tentación en sus ojos; no era solo el deseo de huir, sino la necesidad profesional de una solución que funcionara.

—Costará dinero —añadió ella—, y tú lo pagarás. No solo por tu vuelo, sino por el de todos nosotros. Ese es el trato.

—¿Cuánto? —preguntó con frialdad, llevando la mano automáticamente al bolsillo.

—Mil dólares —dijo Maya. Vio que sus pupilas se dilataban por un instante debido al asombro. Sabía que era una cifra alta, incluso para él, pero también sabía que no se jugaría la vida por unos billetes—. No lo olvides, Daniel: soy yo quien te saca de este embrollo. Y el pago no se limita al dinero.

Daniel arqueó una ceja.

—¿Hay más?

—*Papaito* nos ha advertido de que el lugar a donde vamos está lleno de trampas y peligros. Como me contaste que estuviste en una unidad de élite, me imaginé que podrías ayudarnos allí.

Daniel calló durante largo tiempo, con la mirada yendo del ciclomotor inutilizado a Maya.

—Necesito llegar a la ciudad, tengo asuntos urgentes allí —dijo finalmente—, pero... mi cámara y mi auricular pueden funcionar con transmisión por satélite. Seré vuestros ojos, a condición de que dejéis de hacer preguntas sobre mi pasado.

Maya asintió. Estaba a punto de darse la vuelta cuando una mano fuerte la agarró del hombro y la arrastró hacia un lado, detrás de

uno de los cajones grandes. Era Ariel. Tenía el rostro encendido por la rabia.

—¡¿Te has vuelto loca?! —susurró Ariel con tono ahogado—. ¿Le pagas al hombre que nos chantajeó? ¿Le das acceso a todo lo que veamos en la fortaleza? ¡No confío en ese tipo!

—¡Baja la voz! —le siseó Maya de vuelta, con los ojos echando chispas—. Ariel, míranos. Somos tres chicos con el mapa del abuelo. Si realmente hay trampas allí, no sobreviviremos ni los primeros diez metros. Daniel es un profesional. Es exmilitar. No confío en él ni un segundo, pero estoy aprovechando su cerebro.

—Es demasiado peligroso —insistió Ariel.

—Morir en la fortaleza porque pisamos el lugar equivocado es más peligroso —sentenció Maya—. Solo verá lo que yo decida mostrarle. Ahora ayúdame a cargar el material, el avión de Carlos no nos va a esperar eternamente.

Regresó al centro del almacén sin mirar atrás. Daniel ya había comenzado a guardar su equipo técnico dentro de una mochila negra, con movimientos rápidos y diestros. El trato estaba sellado.

◆

En los asientos traseros del viejo monovolumen de *Papaito*, Ariel y Ben estaban apretujados el uno contra el otro, con las rodillas rozando las cajas de material. Daniel estaba sentado en el extremo izquierdo, con la cabeza ladeada contra el lateral del vehículo en una postura que parecía de sueño profundo, pero la vena que le latía en el cuello delataba la alerta en la que se hallaba.

Durante el trayecto, *Papaito* hizo todo lo posible por disuadirlos de la loca idea de llegar al Castillo de los Caídos. Le temblaba la voz al hablar, explicando que un territorio que había absorbido la sangre de guerras antiguas no era lugar para las aventuras de unos jóvenes. Maya traducía sus palabras en un susurro, sintiendo el peso de su advertencia asentarse en el pecho como una piedra, pero sus

esfuerzos fueron en vano. La historia de su abuelo y la deuda que habían dejado atrás eran lo único que tenían ante sus ojos.

El monovolumen traqueteaba a lo largo del accidentado camino de tierra, con sus faros amarillos abriéndose paso en la densa oscuridad de antes del amanecer. En la estrecha cabina del conductor se mezclaba el olor a tierra húmeda con el aroma a gasóleo viejo y a unos dulces baratos que *Papaito* guardaba en la guantera. Maya contemplaba las sombras de los olivos que pasaban velozmente, despidiéndose del silencio de Portugal con el corazón apesadumbrado.

Cuando se unieron a la pista de aterrizaje aislada, el aire era fresco y salado, impregnado del aroma del océano cercano. Carlos ya aguardaba allí junto a un avión de transporte pequeño y oscuro que parecía una sombra gigantesca y amenazadora sobre la pista improvisada.

—Está nervioso —le susurró Inés a Maya mientras se fundían en un último abrazo de despedida—. Quiere despegar antes de que los controladores comiencen el turno de la mañana. Por favor, prométeme que os cuidaréis.

Maya le dio las gracias con el poco portugués que había aprendido, sintiendo que la triste sonrisa de Inés era su último recuerdo de aquella región.

Daniel avanzó hacia Carlos con pasos seguros. Con un movimiento seco extrajo un fajo de billetes arrugado de su bolsillo. Carlos arrebató el dinero con rapidez, empujándolo en su bolsillo sin contarlo, con los ojos escaneando el horizonte con suspicacia.

—Vamos, rápido —los apremió señalando hacia la compuerta de carga trasera.

Treparon al vientre de la ballena de metal. El olor en el interior era penetrante: una mezcla de combustible de aviación, aceite de motor y cajas de algodón polvorientas. Carlos los dirigió a una esquina angosta entre las cajas.

—No encendáis luces, tampoco pantallas de teléfonos, hasta que crucemos la línea de la costa —ordenó con un tono que no admitía réplicas y cerró la puerta de carga con fuerza.

El avión luchó contra su propio peso, vibrando con locura sobre la pista hasta que se despegó del suelo y se estabilizó por encima de las nubes. Durante nueve largas horas, el mundo se redujo al ruido monótono y ensordecedor de los motores. No había allí asientos cómodos ni calefacción; el frío de las alturas se filtraba a través de las delgadas paredes metálicas, y Maya se acurrucó en sí misma, intentando ignorar la náusea del aceite que le subía por la nariz.

A mitad de la noche, el avión se topó con un fuerte bache de aire. La carga tembló con violencia y Ben, que se había sumido en un letargo, perdió el equilibrio y resbaló hacia la pared de metal descubierta. Daniel, que era el más cercano, estiró una mano rápida como el rayo y agarró a Ben del hombro, estabilizándolo en su sitio antes de que se golpeara. No le preguntó cómo estaba ni buscó muestras de gratitud; simplemente devolvió la mano a su regazo y volvió a contemplar la oscuridad con ojos vacíos.

Ben murmuró un «gracias», pero Daniel pareció no haber escuchado o simplemente prefirió no reaccionar. El resto del tiempo lo pasaron en un silencio agobiante, sumidos en un sueño profundo de agotamiento, mientras el avión los transportaba hacia lo desconocido.

◆

El aterrizaje no fue en un aeropuerto regulado. El avión bajó el vuelo sobre la espesura de una selva densa, hasta que sus ruedas golpearon con violencia en una pista de tierra oculta en algún lugar de las afueras de Caracas. Todo sucedió con la velocidad de una operación militar; Carlos apenas esperó al silencio de los motores antes de abrir la puerta de carga a la fuerza.

Fuera los aguardaba un viejo camión frigorífico, cuyo motor latía con pesadez en el aire húmedo y denso.

—¡Rápido! ¡Adentro! —los apremió Carlos con un susurro agresivo.

Sin palabras de despedida, pasaron del vientre ardiente del avión al interior del contenedor oscuro del camión, amontonándose entre cajas de fruta no identificadas. Las puertas de metal se cerraron sobre ellos con un portazo, y el camión comenzó a darles bandazos por accidentados caminos de tierra hacia la ciudad.

Permanecieron allí en el más absoluto silencio, ocultándose entre los aromas dulce-podridos de las frutas y la aterradora certeza de que acababan de ingresar en un país extranjero como sombras; sin ningún sello en el pasaporte y sin que ningún funcionario de inmigración supiera de su existencia.

El camión se detuvo con un chirrido de frenos en una calle secundaria y polvorienta, no lejos del centro de Caracas. El conductor les indicó que salieran con rapidez. Cuando saltaron de la carga a la acera, el calor de Venezuela los golpeó, saturado de aromas intensos a café tostado y comida local.

Daniel no perdió el tiempo. Se sacudió el polvo de la ropa e hizo firmes las correas de su mochila a la espalda.

—Aquí nuestros caminos se separan —dijo con una voz fría que cortó el aire—. Yo tengo asuntos que solucionar en la ciudad. A partir de aquí, es cosa vuestra.

Se giró para marcharse, pero Ariel dio un salto al frente y lo agarró de la camisa.

—¡¿Pero qué te crees que haces?! —estalló Ariel—. Tú no te vas a ninguna parte. ¡Habíamos acordado que estabas con nosotros en esto!

Daniel no se amedrentó. Miró la mano que lo sujetaba y una sonrisa molesta se dibujó en sus labios. Retiró la mano de Ariel con un movimiento seco.

—Que yo recuerde, Ariel, soy yo quien le ha pagado a Carlos esos mil dólares. Así que, técnicamente, yo he comprado mi libertad. Os he traído a Venezuela, ahora sigo mi camino.

—Ariel, suéltalo —ordenó Maya. Su voz era baja y autoritaria. Ariel soltó la camisa de Daniel con rabia, y Maya se plantó frente a él. No parecía sorprendida por su intento de desentenderse de ellos; se lo esperaba—. No juegues conmigo, Daniel —dijo con los ojos fijos en los suyos—. Lo acordamos en el almacén en Portugal: el vuelo a cambio de tus conocimientos. Puede que no vengas con nosotros físicamente a la fortaleza, pero no te desconectas. *Papaito* no nos advirtió en vano, y ambos sabemos que eres el único que sabe leer esas trampas.

Daniel suspiró, examinándola con mirada de reconocimiento. Parecía que había tenido la esperanza de que ella se olvidara del trato en mitad de todo el alboroto del aterrizaje, pero Maya no se había olvidado.

—De acuerdo —siseó, y extrajo de su mochila una cámara por satélite diminuta y un auricular a juego—. Como acordamos. Esto se conecta a mi portátil. Seré vuestros ojos a distancia, pero no esperéis nada más de mí. En cuanto estéis fuera, el trato entre nosotros termina.

Le fijó la cámara en el cuello de la camisa despacio.

—Procurad no romper mi equipo, ha costado más que este vuelo.

Antes de que Maya pudiera responder, él se dio la vuelta y desapareció entre la multitud densa y ruidosa de Caracas, dejándolos solos bajo el sol abrasador.

◆

Un viejo taxi, un Chevrolet destartalado cuyo color original se había olvidado hacía tiempo bajo capas de polvo, se detuvo a su lado con un chirrido de frenos estridente. El conductor venezolano esbozó una amplia sonrisa que dejaba ver un gran espacio entre sus dientes incisivos. Ariel intentó ahogar una carcajada ante la imagen del vehículo desvencijado, y Ben lo empujó con el codo para que mantuviera la seriedad.

El castellano fluía de la lengua de Maya con una naturalidad sorprendente, restos de horas de visionado de telenovelas en su infancia.

—¿Podría ayudarnos a llegar al Castillo de los Caídos? —preguntó.

La sonrisa del conductor desapareció al instante. Examinó a los tres y luego la carretera montañosa y sinuosa que se extendía a sus espaldas.

—No, *señorita*. El camino hacia allá está destrozado. Piedras afiladas, baches... Mis neumáticos no sobrevivirían a esa subida. Es un lugar de mal agüero para los coches.

Maya no se desorientó. Extrajo un pequeño fajo de billetes de su bolsillo.

—Le pagaremos más. Otros cincuenta dólares si accede a llevarnos lo más cerca posible.

El conductor tragó saliva ante la vista de los billetes verdes. La codicia luchó por un momento contra su temor por el vehículo, y al final venció.

—Hasta el recodo de la colina —condicionó—. A un kilómetro de la puerta. Y ni un metro más. No arriesgo mi sustento por esas rocas.

El trayecto duró unos cuarenta minutos que a Maya se le hicieron eternos. El camino se volvió estrecho y precario, plagado de pequeñas piedras de sílex que hacían que el taxi vibrara y perdiera adherencia en cada curva. El conductor no dejaba de mirarlos a través del espejo retrovisor, con los ojos moviéndose con suspicacia cada vez que la fortaleza aparecía por un momento en el horizonte entre las colinas.

Ariel no desvió los ojos de la ventanilla. Contemplaba los paisajes de verde oscuro de las colinas que iban cobrando fuerza a medida que ascendían. A un lado se extendían laderas empinadas y al otro se divisaba el mar Caribe, azul y profundo, que enviaba una brisa salada que se filtraba a través de las ventanillas abiertas.

—Allí —señaló el conductor con mano temblorosa hacia la estructura distante. La fortaleza parecía una llaga abierta de piedra gris en mitad del verdor de las colinas—. A partir de aquí continuáis a pie. Yo no me acerco más a ese lugar.

El taxi dio la vuelta y desapareció en mitad de una densa nube de polvo, dejándolos solos. Los tres comenzaron a caminar el último kilómetro. El sol castigaba sus cabezas, y el silencio de las colinas solo se rompía por el chirrido de sus zapatos sobre la tierra seca y pedregosa.

—¿La verdad? Me gustaban más los paisajes de Portugal —comenzó Ben, limpiándose el sudor de la frente con la manga de su camisa—. Allí todo se sentía mucho más tranquilo.

Ariel se burló, con la mirada clavada en el camino ante ellos.

—Paisajes, ¿eh? Lo que te gustaba era Inés, no los árboles.

Ben se sonrojó de inmediato, y su piel se volvió casi tan roja como la tierra bajo sus pies.

—¡Eso no es verdad! Simplemente en Portugal conseguí respirar por un momento. Allí el silencio era real, no como esta tensión de aquí.

Maya sonrió para sí misma. Sabía que Ben tenía razón, pero Ariel no estaba de humor para sentimentalismos.

—Mientras jugabais a *La casa de la pradera* —interrumpió Ariel con cinismo, al tiempo que se ajustaba la correa de la mochila al hombro —, yo vigilaba al polizón del barco.

—Chis, que oye —susurró Ben alarmado, señalando hacia la pequeña lente en el cuello de la camisa de Maya—. Te olvidas de que está conectado.

—No me importa —soltó Ariel—. Es un tipo sospechoso y no confío en él ni un solo centímetro. Maya, estás cometiendo un error. Nos venderá por la primera moneda que vea.

—Está haciendo un esfuerzo por ayudarnos, Ariel —intervino Maya, intentando calmarlo—. Sin él no habríamos pasado el aeropuerto.

—En realidad, Maya —sorprendió Ben al ponerse de pronto del lado de Ariel, deteniéndose en su sitio y mirándola con ojos cargados—, él es el principio de todos nuestros problemas. Nos chantajeó, prometió información y no la dio... Toda la decisión de dejarle ver lo que hacemos es un error de raíz.

La discusión se encendió con rapidez. Los tonos subieron, y los tres comenzaron a lanzarse acusaciones mutuas, olvidándose por completo de la cámara y del auricular. Estaban tan sumidos en la rabia que la belleza del mar y la fortaleza que se cerraba sobre ellos desaparecieron por completo.

—Habéis llegado.

La voz de Daniel brotó de pronto en el interior del auricular, fría y afilada como una cuchilla, cortando sus gritos como un cuchillo.

Los tres se quedaron paralizados en su sitio. El silencio que se instaló fue repentino y doloroso. Maya sintió el pulso latiéndole en la garganta, preguntándose cuánto tiempo los habría estado escuchando.

—Dejad de parlotear —continuó la voz fría, carente de cualquier emoción—. La fortaleza está justo a vuestra derecha. Empezad a mirar al camino en lugar de a mí.

Capítulo 10

El paso del calor abrasador de Venezuela al interior de la fortaleza fue como entrar en un frigorífico de piedra antiguo. De golpe, la humedad sofocante se transformó en una nitidez gélida que se filtraba a través de las ropas empapadas de sudor. El olor era denso; una mezcla de polvo de siglos y humedad que jamás había visto la luz del sol. Maya encendió la linterna y el haz de luz rasgó la oscuridad, descubriendo un largo pasillo cuyo techo estaba sostenido por arcos de piedra macizos y amenazantes.

—La visibilidad está empeorando —brotó la voz de Daniel en el auricular, acompañada por un molesto ruido estático—. Maya, baja un poco la cámara. Necesito ver dónde pisan vuestros pies. No me corráis, esperad un momento.

Avanzaron con pasos titubeantes. Ben caminaba en medio, casi pegado a la espalda de Maya, mientras Ariel marchaba unos metros por delante de ellos. Intentaba mostrar confianza, con la espalda recta y sus anchos hombros, pero los movimientos de su linterna eran demasiado rápidos, delatando la tensión que lo dominaba.

—Detente, Ariel —ordenó la voz de Daniel. Su tono era tenso, lejos de la seguridad absoluta que había mostrado antes.

Ariel se quedó congelado en su sitio. Su pie derecho permaneció en el aire, a escasos centímetros del suelo. Ben y Maya se detuvieron detrás de él en un frenazo brusco, casi chocando contra su espalda.

—¿Qué pasa ahora? —siseó Ariel.

—La baldosa que está a tu derecha —dijo Daniel en un susurro denso—. Me parece demasiado suelta. Mira cómo el polvo no se ha adherido a sus rendijas, como si alguien se hubiera encargado de que se moviera con facilidad. He visto cosas así en los túneles: basta un clic equivocado y todo se te desploma encima. Parece un mecanismo de hundimiento antiguo. Simplemente esquivadla, no vayáis de héroes.

Ariel retrocedió un paso, trasladando el peso al otro pie con extrema precaución.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, y su voz resonó en el espacio del pasillo estrecho y húmedo.

—No lo sé con certeza —respondió Daniel con frialdad—, pero por lo general lo que parece que se va a derrumbar bajo tu pie... se derrumba de verdad. Simplemente pisad solo lo que parezca estable y oscuro, piedras que parezcan estar encajadas ahí desde la construcción de la fortaleza.

Maya y Ben intercambiaron miradas preocupadas en la oscuridad. Maya apretó el agarre en las correas de la mochila, sintiendo el sudor frío reptar a lo largo de su espalda. Ariel asintió escuetamente, con los ojos concentrados en la ruta de piedras oscuras que Daniel había marcado para ellos. Comenzó a avanzar con cuidado, tomando respiraciones rítmicas para calmar el temblor de sus manos. Sin embargo, la presión acumulada pasó factura.

Justo cuando parecía que superaban el tramo crítico, el pie de Ariel aterrizó en el ángulo de una piedra oscura de verdín, húmeda por el agua que se filtraba desde el techo. En una fracción de segundo perdió el equilibrio. Su cuerpo se inclinó hacia un lado y, en un instinto de supervivencia de un instante, estiró la mano hacia la pared contigua para evitar la caída.

—¡Ariel, no!

El grito de Daniel en el auricular fue rápido y agudo como un disparo, pero llegó demasiado tarde. La palma de la mano de Ariel se presionó con fuerza contra un sillar de piedra saliente en la pared. Un sonido metálico y seco de engranajes oxidados despertando a la vida tras siglos resonó en el espacio del pasillo.

Una pesada flecha de hierro brotó de una hendidura oculta en la oscuridad. El mecanismo antiguo ya no era tan rápido como antaño, pero el peso del hierro dentado todavía acarreaba una fuerza letal.

Gracias a una ligera desviación de la pared que se había hundido con los estragos del tiempo, la flecha no perforó el centro del cuerpo de Ariel. En su lugar, silbó en el aire y rasgó su brazo izquierdo.

Ariel gimió de dolor, un lamento ahogado que brotó de lo profundo de su garganta y resonó entre las paredes húmedas. Se desplomó sobre sus rodillas, apresando su brazo sangrante mientras un líquido cálido y oscuro comenzaba a filtrarse entre sus dedos y a gotear sobre las piedras antiguas.

—¡Ariel! —gritó Ben e intentó saltar hacia delante, pero Maya lo agarró de la camisa con fuerza, impidiéndole pisar las baldosas

hundidas.

—Está herido... Dios, Ariel... —murmuró Maya, con las manos temblorosas mientras extraía un trozo de tela de la mochila. Se arrodilló a su lado, intentando envolver el brazo con el tejido, pero la vista de la sangre oscura que se absorbía en la tela con rapidez le hizo dar vueltas a la cabeza.

—*Shir Lamma'alot... Esá einai el heharim... meáin iavó ezrí...* —Las palabras comenzaron a fluir de su boca en un susurro, una oración que regresaba a ella de recuerdos lejanos. Su respiración se volvió entrecortada. Cada vez que el pulso le latía en las sienes, veía más sangre, y la sensación de que estaba fracasando —de que los había conducido a la muerte— comenzó a asfixiarla.

—Maya. —La voz de Daniel brotó en el auricular. No gritaba; había en ella una calma extraña, casi hipnótica—. Maya, mírame. Es decir, escúchame. Cierra los ojos por un momento.

Ella no respondió, solo continuó murmurando los salmos, con lágrimas resbalando por sus mejillas y nublándole la vista.

—Maya, escucha mi voz —continuó Daniel, y esta vez había en su tono una nueva faceta: una preocupación destilada —. La flecha ha esquivado la arteria principal. El sangrado disminuye. La tela está haciendo su trabajo. Ariel está bien, es fuerte. Ahora necesito que ayudes a Ben a apretar el nudo. Concéntrate solo en tus manos, no en la sangre. Solo en el nudo. Hazlo por él.

Sus palabras fueron como un ancla en un mar bravío. Maya tomó una respiración profunda y trémula, y posó sus manos sobre las de Ben. Juntos, apretaron el vendaje con fuerza.

—Ya está —susurró Daniel—, está estable. Ahora levantaos despacio. No os quedáis en este pasillo.

◆

El pasillo penumbroso se estiró todavía unos cien metros, volviéndose cada vez más estrecho a medida que profundizaban. Un penetrante olor a humedad penetraba en sus pulmones en cada

respiración, y el aire se volvió pesado, como si la propia fortaleza intentara aplastarlos. Ariel gemía de vez en cuando cuando su hombro rozaba las frías paredes de piedra, y la herida del brazo le ardía como fuego vivo, pero se mofó de sus labios y no pronunció palabra.

Ben apresó su linterna con dos manos temblorosas, contemplando con recelo las sombras que danzaban en el techo.

—Daniel —dijo Maya con voz baja, casi ahogada—. Ya está. Hemos llegado a una pared sin salida.

Los ojos de Ariel se abrieron con confusión ante el muro de piedra hermético que bloqueaba su camino.

—¿Qué? ¿Qué pared?

—¿Cómo puede ser? —Ben sonó estupefacto, con la voz quebrada—. ¿Hemos pasado todas estas trampas por un callejón sin salida?

Ariel los esquivó con pasos vacilantes y palpó las piedras con su mano derecha, revisando cada rendija con desesperación.

—No tiene sentido —murmuró. En un brote de frustración y dolor que se elevó en él, golpeó su linterna con fuerza contra la pared. El objeto cayó de su mano y rodó por el suelo, con su luz parpadeando con violencia en un ángulo bajo antes de descansar pegado a la base de la pared derecha.

—¡Esperad! —llamó Ben de repente. No miraba a la pared, sino al suelo—. ¡Maya, mira la sombra!

—¿De qué estás hablando, Ben? —preguntó Maya, intentando estabilizar la cámara de su cuello.

—Los juegos... —Ben respiraba con rapidez, con los ojos brillantes—. En *Los laberintos de piedra*, siempre que hay una pared lisa, se busca el engaño de la luz. Mirad dónde está la linterna de Ariel. Su luz impacta en las piedras desde el lateral. Las sombras de arriba... no son rectas. En la esquina izquierda, la sombra parece como si se

succionara hacia dentro, es demasiado profunda para ser una simple rendija.

La voz de Daniel brotó en el auricular, תועגילתו ספרותי esta vez se escuchó en ella una pequeña risa de asombro.

—Increíble... El chico tiene razón. Maya, deposita también tu linterna en el suelo, justo donde señala Ben. Necesito sombras largas para confirmarlo.

Maya actuó según las instrucciones. La luz corrió a lo largo de la pared y proyectó sombras largas y deformadas. En la esquina que había indicado Ben, la sombra era tan profunda como un agujero negro dentro de la piedra. Estiró una mano temblorosa, y la mano simplemente atravesó la oscuridad y desapareció.

—¡Uala! —chilló Ben con emoción.

—Es una puerta secreta construida en un ángulo preciso —confirmó Daniel, que sonaba fascinado—. Un engaño óptico clásico. Deslizaos dentro con cuidado, de lado. El paso probablemente se ensanchará más adelante.

Maya desenganchó la cámara de su cuello para que no se golpeara contra las piedras y la sostuvo en su mano mientras se escurrían por el estrecho desfiladero. Ben fue tras ella, y Ariel los siguió, gimiendo de dolor cada vez que su vendaje empapado rozaba la piedra rugosa.

El paso era claustrofóbico y sofocante, pero, tal como había predicho Daniel, se abrió repentinamente a un espacio inmenso. El aire allí era diferente: más seco, limpio, casi dulce. Encendieron las linternas de nuevo y los haces de luz ascendieron, descubriendo un panorama que les cortó la respiración.

Estaban en el corazón de la fortaleza. El alto techo estaba adornado con mosaicos de piedras de colores diminutas que brillaban bajo la luz de las linternas a pesar de los años. Las paredes estaban cubiertas de frescos que narraban la historia de la reina Catalina: un reino próspero, una traición familiar sangrienta y una mujer que

lideró a su pueblo en una última lucha por la libertad. Bajo las pinturas, grabado en la piedra, se estiraba un renglón de una caligrafía antigua y misteriosa.

—¿Qué pasa ahí? ¡La cámara se mueve demasiado! —llamó Daniel. Maya se apresuró a fijar la cámara de nuevo a su cuello—. Vaya —susurró él cuando la imagen se estabilizó en su pantalla—. ¿Qué es este lugar?

—¡Vi estas letras en el mapa del abuelo! —exclamó Ben, señalando la inscripción.

—Parece griego —murmuró Ariel, sujetándose el brazo e intentando concentrarse a pesar del mareo.

Daniel calló. En su habitación oscura, lejos de allí, ejecutó una búsqueda rápida en las bases de datos de Google, cruzando la forma de las letras con dialectos olvidados.

—No es griego —dijo de pronto, y su voz sonó diferente, más pesada—. Es castellano antiguo del siglo XV, combinado con un dialecto local de las tribus de la costa. Esperad, estoy buscando un diccionario para que podamos traducir.

Mientras los tres contemplaban las magníficas ilustraciones de la reina, Daniel vio en su pantalla algo que ellos no veían. Las palabras comenzaron a unirse en una sola entidad: «El Corazón del Mar de Catalina».

Se quedó helado. Había oído hablar de esa leyenda: un diamante negro único en su especie, un tesoro que los arqueólogos habían buscado durante siglos y habían descartado como un cuento popular. Por primera vez, Daniel comprendió qué sustentaba el viaje de estos chicos. No era un simple recuerdo familiar; era el tesoro más grande de la historia de Venezuela.

Miró la pantalla. Vio a Maya esperando el veredicto de su boca, confiando en él con los ojos cerrados después de haberla rescatado del abismo dentro del túnel. El corazón le latía con tal fuerza que sentía como si fuera a estallar.

Si les decía la verdad, encontrarían el diamante. Si mentía... podría llegar allí primero. Todas sus deudas, todos los peligros que lo perseguían en Caracas y en Israel; todo podría desaparecer gracias a una sola piedra.

—¿Daniel? ¿Has conseguido traducir? —la voz de Maya interrumpió sus pensamientos.

Se aclaró la garganta, intentando controlar el leve temblor de su voz.

—Sí —dijo con voz fría, carente de emoción—. Esto es lo que dice ahí: «Para salvaguardar la verdad de su legado, Catalina se vio obligada a depositar su secreto en manos del viento, en el lugar donde el cielo se encuentra con la cima del acantilado».

Se guardó la verdad para sí mismo. La inscripción completa que brillaba en su pantalla decía: *«Para que el secreto de su libertad perdure por siempre, Catalina encomendó su corazón a la piedra. Su alma la selló en el lugar donde el sol no pisa y el mar besa la roca».*

Los vio a través de la cámara, asintiendo con total fe, dándose la vuelta y comenzando a buscar la manera de subir, hacia la cima del acantilado; exactamente al lugar donde el diamante no estaba.

Daniel apagó su micrófono por un momento. Su respiración era pesada en la oscuridad de la habitación. Los había enviado a una búsqueda en vano, y el sabor de la traición era más amargo de lo que había pensado, pero el oro ya brillaba en sus ojos.

Capítulo 11

A pesar de la curiosidad de los chicos por descubrir la verdad detrás del colorido mosaico que había dejado el legado de Catalina, las horas que pasaron en las profundidades de la fortaleza no les aportaron nada más que agotamiento y temor. A medida que el sol se ponía fuera, la penumbra en el interior de la fortaleza se volvió densa y amenazante y, antes de que fuera demasiado tarde, se

vieron obligados a despedirse de las paredes que hablaban. Se abrieron paso de regreso por los estrechos pasadizos hacia las carreteras principales, donde consiguieron, por la gracia del cielo, parar un taxi destartalado que los llevaría a un hostal cercano en Caracas.

El hostal estaba construido en un viejo estilo colonial, con un patio interior repleto de macetas y una amplia terraza ajardinada que conectaba las habitaciones. El aire allí estaba saturado de olor a jazmín y a café fresco, un contraste absoluto con el polvo de la fortaleza. Los hermanos se apresuraron a alquilar la primera habitación que estaba libre para no perder un tiempo valioso y, sobre todo, para prodigarle a Ariel la atención médica que necesitaba desesperadamente.

—Siéntate —ordenó Maya con una voz que se esforzó al máximo por que sonara firme.

Abrió el pequeño botiquín de primeros auxilios que había recibido de la dueña del lugar; una mujer pequeña y de mirada bondadosa que contempló el sucio vendaje de Ariel con lástima y les entregó un cuenco de agua caliente y una toalla limpia.

Comenzó a retirar la tela pegada de sangre seca, que se había adherido a su piel. Ariel frunció el ceño, y pequeñas gotas de sudor se condensaron alrededor de la fina montura de sus gafas. Golpeó la cabeza hacia atrás contra la delgada almohada, respirando con agitación. Cuando la herida quedó finalmente al descubierto, Maya sintió que el estómago se le revolvía de la náusea. El corte en el brazo era profundo, abierto, y sus bordes estaban enrojecidos e infectados por el metal de la flecha.

—¿Tiene mala pinta? —preguntó Ben con voz delgada desde la esquina. Se lo veía más flaco y encorvado que nunca, sosteniendo el portátil de Ariel entre sus brazos como un escudo, con un mechón de cabello oscuro ocultándole un poco sus ojos castaños claros.

—No mucha —mintió Maya, esmerándose en no apartar la mirada del brazo para que no vieran el miedo en sus ojos. Empapó un trozo

de gasa en el agua caliente y comenzó a limpiar la zona con cuidado. Ariel se mordió los labios hasta que se le volvieron blancos, con sus ojos azules entrecerrados por el dolor—. Voy a desinfectarlo, Ariel. Va a escocer. Mucho.

Él solo asintió escuetamente, con su mano sana apresando la sábana de la cama con fuerza hasta que los nudillos se le volvieron blancos. Cuando el líquido desinfectante impactó en la carne viva, emitió un sonido ahogado con la garganta, casi el gruñido de un animal herido. Maya sintió una lágrima cálida resbalar por su mejilla, pero no se la limpió; tenía las manos ocupadas en salvar a su hermano. Colocó las tiras de sutura de mariposa con extrema precaución, aproximando los bordes de la piel el uno al otro hasta que la herida se cerró, y lo envolvió todo en un vendaje blanco y limpio.

—Ya hemos terminado —susurró, posando una mano suave y fresca sobre su frente. Estaba caliente, pero no parecía haber desarrollado fiebre—. Intenta descansar un poco, Ariel. Te vendrá bien.

Ariel no discutió. Su cuerpo respiraba con pesadez y, en escasos minutos, el agotamiento lo venció y se sumió en un sueño profundo y carente de sueños. Ben se acurrucó en la otra cama, intentando encender el ordenador en vano debido a la falta de electricidad en la zona, hasta que también se le cerraron los ojos y se quedó dormido con el portátil todavía a su lado.

Maya permaneció despierta, escuchando sus respiraciones rítmicas, sintiendo el peso de la responsabilidad gravitar sobre sus hombros como una piedra de las de la fortaleza.

◆

Maya necesitaba aire. Con pasos silenciosos, casi flotantes, salió a la terraza compartida. Se alejó de la puerta, buscando una esquina sombreada donde las plantas trepadoras y los arbustos de buganvilla le proporcionaran un poco de privacidad frente al mundo. Se apoyó en la fría barandilla metálica, contemplando las luces parpadeantes de Caracas que se desplegaban debajo de ella.

La noche era ruidosa y llena de vida; bocinazos de taxis rítmicos, música latina lejana que subía de los sótanos y voces de risa despreocupadas desde las calles de abajo. Se sentía solitaria en mitad de aquella multitud, como si habitara en un universo paralelo donde todo era pesado y peligroso. Con manos temblorosas extrajo el teléfono y marcó el número que ya se había grabado en su memoria.

—¿Ayelet? —Su voz estuvo a punto de quebrarse ya en la primera sílaba.

—¿Maya? Sí, estoy aquí. ¿Qué pasa? Tu voz suena... lejana. —Ayelet sonaba cansada, pero su presencia al otro lado de la línea se sintió como tierra firme.

—Estoy lejana —Maya soltó una risa corta y amarga, con una sola lágrima escapándosele de los ojos—. Lamento llamar a estas horas, simplemente tenía que actualizarte. Hemos llegado al hostal. Ariel está herido, Ayelet. Un corte profundo en el brazo. Me temblaban las manos todo el tiempo mientras lo vendaba. Siento que estoy jugando a que «parece que sí», como si realmente supiera lo que hago, pero la verdad es que no tengo ni idea.

—¿Cómo se encuentra ahora? ¿Está durmiendo? —preguntó Ayelet con voz tranquila, intentando rebajar el nivel de ansiedad.

—Está durmiendo. Intenta ir de héroe, ya lo conoces. Pero vi el miedo en sus ojos cuando pensó que no lo miraba. Y Ben... Ben simplemente espera a que le diga que todo irá bien, y le estoy mintiendo. Les estoy mintiendo a todos, Ayelet. A mamá y a papá les escribo sobre paisajes y mercados, mientras nosotros escapamos de trampas de muerte. ¿Cuándo me he vuelto así?

—¿De las que examinan la realidad y deciden proteger a sus padres? —la interrumpió Ayelet con ternura—. No es una mentira de maldad, Maya. Es una mentira de responsabilidad. ¿De verdad crees que si les cuentas la verdad ahora eso ayudará a Ariel a sanar? ¿O simplemente les provocará un ataque al corazón a miles de kilómetros de distancia sin capacidad de estirar una mano?

—No lo sé —susurró Maya hacia la noche venezolana—. Siento que estoy perdiendo el control. En casa, en la habitación del abuelo, este viaje se sentía como una misión sagrada. Aquí, sobre el terreno, se siente como una negligencia temeraria. ¿Quién soy yo siquiera para llevar a dos chicos jóvenes a un lugar así?

—¿Qué te dice tu instinto ahora? No lo que dicen los mapas, sino tu corazón —preguntó Ayelet en silencio.

—Me dice que quiero protegerlos —respondió Maya de inmediato—. Pero también me dice que algo no cuadra. Vamos según las pistas, pero cada vez se vuelve más peligroso. Como si alguien nos estuviera observando.

—Entonces abre los ojos, Maya —dijo Ayelet con determinación dócil —. Regresar a casa no es una derrota. Es madurez. Nadie te dirá una mala palabra si decides que mañana estáis en un avión de vuelta a Israel. Yo seré la primera que os aguarde en el aeropuerto.

—¿De verdad crees en eso? El abuelo no habría... —comenzó a decir Maya, pero Ayelet no la dejó continuar.

—Olvídate de tu abuelo ahora —sentenció—. Tu abuelo no está aquí para cuidar de Ariel y de Ben. Yo estoy aquí. Y vuestras vidas valen más que cualquier papel antiguo o leyenda sobre diamantes. Si eliges quedarte, tiene que ser únicamente porque crees que hay un valor que compensa el riesgo, y no por una obligación hacia los muertos.

Maya cerró los ojos, dejando que las palabras se asentaran en su interior, sintiendo el peso de la piedra sobre su corazón liberarse un poco.

—Gracias, Ayelet. Tienes razón. Creo que mañana simplemente nos tomaremos un día libre para nosotros. Respiraremos un poco de esta ciudad sin buscar pistas y sin abrir mapas. Solo nosotros.

—Una idea excelente. Vete a dormir, Maya. Estás haciendo un trabajo mucho mejor de lo que te reconoces.

La llamada se cortó y el silencio de la terraza regresó, pero esta vez se sintió menos amenazante. Las palabras de Ayelet permanecieron en la cabeza de Maya, recordándole que su fuerza no se hallaba en la capacidad de resolver acertijos, sino en la capacidad de proteger a quienes amaba.

◆

Por la mañana, Caracas los recibió con una explosión de sentidos que penetró a través del cansancio. Las paredes estaban cubiertas de grafitis coloridos y vibrantes, y la gente en la calle proyectaba un calor humano que los envolvió de inmediato, haciéndoles olvidar por un momento la nitidez polvorienta de la fortaleza. Se sentaron en un pequeño puesto en la esquina de la calle, comiendo comida local llamada arepas; tortas de maíz calientes rellenas de queso fundido y aguacate fresco. El primer bocado se sintió como lo más real que habían experimentado desde el aterrizaje.

En la plaza central contigua, alguien sacó un altavoz enorme y profundos acordes de salsa comenzaron a hacer vibrar el aire. En escasos segundos, la plaza se convirtió en un escenario improvisado. Las parejas comenzaron a moverse en una coordinación perfecta, dejándose llevar por un ritmo que parecía latir desde las propias baldosas.

—Miralos —exclamó Ariel, asintiendo hacia el agitado círculo. Por un momento, el dolor del brazo quedó relegado en favor del panorama.

—¡Ven aquí, guapa! —Luis, un chico joven con una amplia sonrisa, estiró una mano hacia Maya. Ella se echó hacia atrás con timidez, soltando una risa corta de inseguridad, mientras sus rizos oscuros danzaban alrededor de su rostro—. No, no, yo no sé cómo—

—¡Eso está en la sangre, no en la cabeza! —gritó él por encima de la música, tirando de su mano con delicadeza pero con firmeza, invitándola a un espacio donde no había preocupaciones.

—Hazlo, Maya —la empujó Ariel con su mano sana, con una amplia sonrisa dibujada en el rostro—. Muéstrales que también en Israel

hay ritmo. Libérate un poco, te lo mereces.

Maya tomó una respiración profunda. Le tendió la mano a Luis y dio un paso hacia el círculo con pasos pequeños y recelosos. Por un instante, las cuevas desaparecieron. La leyenda de Catalina, el miedo al futuro y la pesada responsabilidad que gravitaba sobre ella; todo se evaporó. Sintió la mano de Luis en su cintura, guiándola en el paso básico sin presionar. Uno, dos, tres, pausa.

El ritmo se apoderó de ella, y Maya se descubrió esbozando una sonrisa auténtica, la primera en días. No le sonreía a él, sino a sí misma, a su capacidad de simplemente ser. Aprendió el giro, el balanceo de los hombros y la manera en que la música llenaba los espacios vacíos que había dejado el miedo. Cada vez que Luis la impulsaba a un giro o presionaba sutilmente su espalda para marcarle la siguiente dirección, ella respondía de forma instintiva, como una máquina engrasada que hubiera descubierto de pronto su cometido.

Se rió a carcajadas cuando él ejecutó un movimiento rápido y ella casi tropieza, pero recuperó de inmediato el equilibrio. No buscaba su mirada; sus ojos vagaban entre los pies danzantes y Ariel y Ben, que permanecían a un lado con la boca abierta.

—Maya está bailando de verdad —susurró Ben estupefacto.

Ariel solo sonrió, una sonrisa que mitigó el dolor de su lesión más que cualquier desinfectante.

Cuando terminó, se desenganchó de inmediato del círculo y regresó hacia ellos jadeante, con las mejillas encendidas y el cabello revuelto. Luis le dijo adiós con la mano y continuó con el siguiente bailarín, y ella ya era otra vez su hermana mayor.

—Agua —se rió intentando recuperar el aliento.

Continuaron deambulando por el mercado, compraron frutas tropicales dulces y disfrutaron del calor envolvente de los lugareños. Finalmente, se sentaron en un banco sombreado bajo un árbol gigante en la plaza Bolívar, y contemplaron el mundo pasar ante

ellos. Una mujer mayor con un pañuelo floral se les acercó y les vendió collares de cuentas hechos a mano. Vio el vendaje de Ariel, murmuró una pequeña oración en un castellano cadencioso y le tocó el hombro con afecto maternal.

—Voy a cargar el ordenador en esa cafetería —dijo Ben al llegar a la plaza—. No os preocupéis, ahora mismo vuelvo. Tengo que comprobar una cosa.

Maya se apoyó hacia atrás en el banco y cerró los ojos, dejando que el sol cálido le acariciara el rostro. El silencio se sintió bendito, pero no sabía que aquello era solo la calma aparente de antes de la tempestad.

◆

La noche cayó y la pequeña habitación del hostal se tiñó de tonos de un naranja profundo y el azul del crepúsculo. Maya estaba sentada en el borde de la cama, sintiendo el agradable cansancio de los músculos por el baile en la plaza; un último recordatorio de un momento de libertad que había terminado demasiado pronto. Ariel yacía a su lado, con aspecto más relajado de lo que había estado desde la lesión.

—Ha sido un buen día —murmuró con los ojos cerrados, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

La puerta se abrió con un portazo repentino que los hizo dar un brinco a ambos. Ben estaba en el umbral, con el rostro pálido y jadeando como si hubiera corrido todo el camino desde la plaza Bolívar. Su portátil estaba abierto en sus manos, sostenido en un ángulo extraño.

—¿Ben? ¿Qué ha pasado? —Maya se enderezó de inmediato, con todos sus sentidos de alerta regresando a la acción en una fracción de segundo—. ¿A dónde te has ido? Pensábamos que habías vuelto a la habitación hace mucho tiempo. ¿Te ha seguido alguien?

—No —dijo Ben con la voz trémula y se apresuró a depositar el ordenador sobre la destartalada mesa que había en el centro de la

habitación—. No es nadie de fuera. Es Daniel.

Ariel se incorporó a duras penas, con el rostro contorsionado por el dolor mientras se sujetaba el brazo vendiado.

—¿Qué pasa con Daniel? ¿De qué estás hablando?

—Nos ha mentido —dijo Ben con rapidez, con los dedos parpadeando sobre el teclado mientras la pantalla brillaba con una luz azulada y fría—. En la cafetería había una conexión más fuerte. He conseguido activar el programa de traducción que me descargué; ese que compara dialectos locales. He subido la fotografía original de la inscripción que fotografiaste en la fortaleza, Maya. La inscripción que Daniel nos «tradujo» ayer. ¿Os acordáis? Sobre el acantilado, el viento y el cielo.

Maya asintió, y una extraña sensación de frío comenzó a extenderse por su espalda, trepando a lo largo de su nuca. Recordó la voz tranquila de Daniel en el auricular, la seguridad con la que los había guiado para alejarse de la fortaleza.

—Nos ha mentido, Maya. Ha mentido descaradamente —Ben giró la pantalla hacia ellos con un movimiento brusco.

En el monitor aparecía la imagen borrosa de la pared de piedra de la fortaleza y, por encima, en letras rojas y destacadas de la nueva y precisa traducción, figuraba la frase auténtica que Daniel había intentado hacer desaparecer:

«Para que el secreto de su libertad perdure por siempre, el día en que conquistaron el palacio real, Catalina encomendó su corazón a la piedra. Su alma la selló en el lugar donde el sol no pisa y el mar besa la roca».

Un pesado silencio se instaló en la habitación.

—«En el lugar donde el sol no pisa...» —susurró Maya, con los ojos clavados en las palabras—. Nos envió arriba, al acantilado, al lugar más expuesto al sol que existe. Pero el diamante... el diamante está abajo. En las profundidades.

—No solo nos envió al lugar equivocado —dijo Ariel, y su voz sonó más fría y afilada que nunca—, sino que nos envió a una búsqueda en vano para poder llegar él antes que nosotros. Ha dado con el secreto del abuelo, y va a robarlo.

Maya miró la cámara que estaba depositada sobre la cómoda. El dispositivo a través del cual habían escuchado a Daniel, el dispositivo a través del cual él veía cada uno de sus pasos. De repente, ya no se sintió como un salvavidas. Se sintió como el ojo de un espía que se sentaba con ellos en el interior de la habitación.

Capítulo 12

—Dilo otra vez —dijo Maya, con la voz trémula mientras caminaba de un lado a otro en la pequeña habitación. Sus pasos eran rápidos, casi violentos, y sus pisadas resonaban sobre las frías baldosas de piedra, devolviéndole un eco hueco de temor.

—Maya, es la tercera vez que yo... —comenzó a decir Ben, con sus delgados dedos todavía apoyados en el teclado del portátil como si se aferrara a un clavo ardiendo. Un mechón de cabello oscuro ocultaba un poco sus ojos castaños, que estaban llenos de una culpa abrasadora.

—¡Dilo otra vez! —elevó la voz de repente, un grito que cortó el aire denso del hostal.

Ben se retrajo, con los hombros encorvados, y sus ojos se clavaron en ella con la alarma de una presa acosada. Maya se detuvo de inmediato, con la respiración pesada y entrecortada. Cerró los ojos con fuerza y posó una mano temblorosa sobre su frente.

—Lo siento, Ben. Lo lamento. Es que... no tiene sentido. ¿Por qué iba a mentirnos? ¿Por qué enviarnos al acantilado si la inscripción dice mar?

—Porque es un mentiroso —brotó la voz ronca de Ariel desde la cama.

Se incorporaba a duras penas, con el rostro pálido como la cal y sus ojos azules alertas y afilados detrás de las gafas de montura fina. Depositó su brazo herido con cuidado sobre una almohada que lo elevaba, intentando calmar los latidos dolorosos de su extremidad.

—Os dije desde el principio que era sospechoso. No intentaba ayudarnos, Maya. Construyó nuestra confianza ladrillo a ladrillo, solo para poder arrojarnos al abismo cuando ya no nos necesitara. Está jugando con nosotros, y nosotros éramos sus peones.

Maya quiso discutir, quiso creer que Daniel les había mostrado su lado bueno en las escasas conversaciones que habían mantenido, pero los hechos en la pantalla eran fríos, nítidos e irrefutables. Sintió que su inocencia se desprendía de ella como piel seca y sin vida, dejando debajo la carne viva y dolorida.

Ariel abrió la boca para continuar, pero de repente enmudeció. Frunció el ceño y miró hacia la ventana entreabierta que daba a la calle de entrada. Con extrema precaución, se escurrió de la cama, con el rostro contorsionándose por un instante debido al dolor agudo que perforó su brazo, y se arrastró hacia la pequeña terraza. Se pegó a la pared, ocultándose detrás de las pesadas persianas.

—¿Ariel? ¿Qué haces? —susurró Maya, y su corazón perdió un latido.

—Chis —le indicó con su mano sana.

Asomó la vista hacia fuera durante largos segundos que se estiraron como una eternidad, y luego retrocedió hacia el interior, con el rostro más pálido y tenso que antes.

—Hay un tipo ahí abajo. En la entrada del hostal.

—¿Y qué? Esto es una gran ciudad —dijo Ben, pero su voz tembló y agrietó el silencio.

—No un tipo cualquiera —dijo Ariel con un silencio amenasante—. Traje negro, gafas oscuras. Va y viene, habla por teléfono y escanea las ventanas sistemáticamente. Es idéntico al matón que vimos en el puerto. Ben-ben, ¿estás seguro de que no te siguieron cuando regresaste de la cafetería?

—Yo... yo creo que no... —tartamudeó Ben, con los ojos vagando por la habitación en busca de una salida.

Maya suspiró, y una pesada sensación de angustia se extendió por su pecho.

—Daniel... Seguro que él les ha dado nuestra ubicación exacta. Tenemos que darnos prisa.

Se giró hacia la pila de su ropa en la esquina. La pequeña cámara que Daniel le había dado, esa que supuestamente iba a ser sus ojos protectores, estaba allí depositada, clavada todavía en el cuello de su camisa blanca. A sus espaldas, escuchó a Ariel susurrarle a Ben que el diario del abuelo era la única ventaja que les quedaba, y que debían descifrar la siguiente pista por sí mismos, sin ningún «guía» a distancia.

Maya recogió la cámara. Miró directamente al interior de la lente fría y negra, imaginando a Daniel sentado en su habitación con aire acondicionado, contemplándolos desde el otro lado del mundo y esbozando su sonrisa tranquilizadora y venenosa. Cortó los susurros de sus hermanos con una voz fría, estable y llena de una nueva fuerza.

—Si para encontrar el diamante de Catalina tenemos que desprendernos de nuestra inocencia —dijo con los ojos encendidos —, entonces ha llegado el momento de demostrarles que nosotros también sabemos jugar a este juego sucio.

Clavó su mirada en la lente una última vez, como si pretendiera enviarle un mensaje definitivo, y luego estampó la cámara contra el suelo y la pisó con todas sus fuerzas con el tacón de su zapato. El sonido del plástico destrozado y el cristal agrietándose resonó en la pequeña habitación como el pistoletazo de salida para sus nuevas vidas.

◆

Durante largos minutos no pronunciaron palabra. El silencio agobiante de la habitación solo se rompía por el bramido de los

coches desde la calle y el sonido estridente de las cremalleras de las mochilas al abrirse. Maya no tuvo que explicarles lo que debían hacer; el miedo era un motor lo bastante eficaz, destilando sus pensamientos en simples acciones de supervivencia.

Los chicos arrojaron a un lado, casi con desdén, las camisetas de marca y los pantalones de senderismo profesionales; esos que parecían sacados de un catálogo de turistas aventureros y los marcaban como una presa fácil desde la distancia. En su lugar, extrajeron de las mochilas las ropas baratas y sencillas que compraron en el mercado de Caracas el día anterior. Eran camisetas de algodón desgastadas en colores tierra y pantalones anchos y usados, del tipo que se mimetiza con el polvo de la ciudad y no atrae ninguna mirada innecesaria.

Maya se plantó frente al espejo sucio y agrietado del cuarto de baño, examinando su reflejo. Cambió rápidamente los duros pantalones de senderismo por una falda ancha de color azul profundo, de las que se abrían como un abanico en cada giro y le daban un aspecto totalmente local. Se vistió con una camiseta de algodón sencilla y limpia, y luego recogió su cabello rizado y oscuro en una coleta alta y tirante, eliminando cualquier mechón rebelde de su rostro.

Con manos estables, envolvió el cabello con una cinta de tela gruesa y dominante con los colores de la bandera: amarillo, azul y rojo. Se puso los pendientes de aro dorados que ocultaba en la mochila, comprendiendo que en Venezuela, la mejor manera de desaparecer es parecer que perteneces al lugar con todo tu corazón.

—No podemos salir por la puerta principal —susurró Ariel. Estaba de pie junto al umbral, con el rostro contraído por el esfuerzo.

Ben asintió en silencio; ya había arrastrado su mochila hacia una pequeña ventana trasera que daba a un callejón lateral estrecho. Ariel avanzó hacia él, esmerándose con todas sus fuerzas en ocultar el lamento que estaba a punto de brotar de su boca cada vez que el dolor del brazo perforaba su cuerpo. Cada movimiento del codo era

un recordatorio ardiente de que estaban en una carrera contra el tiempo.

Se escurrieron hacia fuera como sombras, deslizándose a través del estrecho marco de madera hacia el aire húmedo del callejón. Las calles de Caracas a la hora de la tarde estaban lo bastante convalecientes y bulliciosas como para tragárselos en su interior, pero Maya sentía la mirada del tipo del traje quemándole la nuca, imaginándolo escanear a la multitud en busca de tres figuras que ya no existían.

Caminaban con la cabeza baja, evitando el contacto visual con los transeúntes, integrándose en el flujo de personas cansadas que regresaban de su jornada de trabajo. Maya sentía los bordes de su falda agitarse contra sus piernas, recordándole que a partir de esta noche no había camino de regreso a la inocencia que habían dejado atrás.

◆

Cuando llegaron a la plaza central, la música ya resonaba con fuerza entre los majestuosos edificios coloniales. El olor a comida frita —las arepas y las cachapas— se mezclaba en el aire de la noche húmeda, y el ritmo hipnótico de los tambores hacía vibrar la tierra bajo sus pies.

—Quedaos aquí, en la sombra —les susurró Maya a Ariel y a Ben, empujándolos hacia una esquina oscura en los márgenes de la pista —. No llaméis la atención. No habléis con nadie.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Ben, con los ojos siguiendo con ansiedad los agitados círculos de los bailarines.

—Tengo una idea —dijo ella, esmerándose en sonar segura de sí misma a pesar de que el corazón le iba a mil.

No sabía por qué confiaba en Luis, pero algo en su sonrisa de la mañana se le hacía más auténtico que cualquier palabra. Las vio: las zapatillas de colores de Luis. Se movían a un ritmo rápido y preciso

en el centro del círculo, destacando sobre el asfalto oscuro como una llama.

Maya tomó una respiración profunda, se despojó del manto de ansiedad que se le había pegado desde el hostal y entró en el círculo.

La música en la plaza era lo bastante fuerte como para hacer vibrar los huesos en el interior de su cuerpo. Comenzó con pasos titubeantes, pero cuando el ritmo se apoderó de ella, dejó que su falda azul se abriera a su alrededor como un gran abanico, integrándose entre las parejas que se movían como una sola ola en mitad de la noche.

Luis estaba en el centro, guiando a los bailarines con movimientos nítidos. Al hacer girar a su pareja, su mirada se topó de repente con Maya. Se detuvo una fracción de segundo, con los ojos abiertos por el asombro ante el lazo de color de su coleta y la manera en que la falda ondeaba a su alrededor. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, una sonrisa de reconocimiento.

—¡*Guapita*! —le gritó por encima de la algarabía de la música, extendiendo una mano grande y segura—. ¿Has decidido convertirte en una auténtica venezolana esta noche?

Maya tomó su mano. Él la atrajo hacia sí en un giro rápido, pero en cuanto ella se acercó, sintió su cuerpo: estaba tenso como un muelle armado, temblando por debajo de la superficie. Ella no devolvió la sonrisa.

—Luis —susurró en castellano, con los labios muy cerca de su oído mientras la cabeza de él se inclinaba hacia ella durante el paso de baile—. Por favor, necesito tu ayuda. Nos están siguiendo.

La sonrisa de Luis no desapareció, pero sus ojos cambiaron en un segundo. Se volvieron afilados, escaneando los márgenes de la plaza en busca del peligro que los ojos de ella le describían. Se había criado en esas calles; sabía perfectamente qué tipo de personas hacía que una chica como ella temblara así. Continuó guiándola en

el baile, manteniendo una apariencia de alegría desbordante para cualquiera que los contemplara, pero su voz se volvió baja y seria, de una forma que Maya jamás le había escuchado.

—¿Quién os sigue? ¿La policía?

—Personas peligrosas —dijo Maya, con la respiración corta por el esfuerzo físico y el miedo paralizante—. Necesitamos un lugar donde ocultarnos. Solo por una noche. Un lugar donde a nadie se le ocurra buscar turistas.

Luis ejecutó otro giro, desviando la mirada por un instante hacia las sombras donde permanecían Ariel y Ben. Vio el vendaje de Ariel y la mirada acosada de Ben, y comprendió que no eran delincuentes: eran presas. La indignación contra aquellos que traían la violencia a su plaza se elevó en él, y tomó una decisión.

—Barrio San Juan —murmuró casi sin mover los labios, guiándola en un paso complejo que requería que ella se apoyara en él—. No salgáis de la plaza juntos, es demasiado llamativo. Id a la calle de la iglesia vieja, esperadme detrás de los puestos de fruta. Llegaré en cinco minutos.

Soltó su mano de repente y continuó bailando con otra persona con una sonrisa triunfante, dejando a Maya en mitad de la pista. Ella permaneció allí un momento, mareada, con el corazón batiendo más fuerte que los propios tambores de Caracas. Su apuesta estaba sobre la mesa. Ahora solo le quedaba esperar que Luis fuera realmente quien decía ser.

◆

Ben llegó el primero al punto de encuentro. Se esmeró con todas sus fuerzas en parecer relajado, deambulando con pasos sin rumbo junto a los puestos de fruta que comenzaban a recogerse al caer la tarde. El aroma dulce y denso del mango maduro y la piña inundaba el aire, contrastando fuertemente con el sabor metálico del miedo que inundaba su boca.

Una mujer mayor con delantal floral se percató de él. Recogió una fruta madura, de piel anaranjada y jugosa, y se la tendió con una sonrisa cansada, murmurando algo en castellano sobre un buen precio para el final del día. Ben, que sentía cómo el corazón le latía en la garganta hasta el punto de ahogarlo, negó con la cabeza con cortesía y le marcó un pequeño «no» con mano temblorosa, con sus ojos escaneando la calle en busca de figuras familiares.

Pocos segundos después llegó Ariel. Caminaba con la cabeza baja, cojeando un poco pero esmerándose en mantener un ritmo estable para no llamar la atención innecesariamente. Maya apareció por el otro lado, con los bordes de su falda azul moviéndose aún por la caminata rápida y dócil. No se plantaron juntos; mantuvieron una distancia de unos metros el uno del otro, fingiendo ser absolutos desconocidos que se habían encontrado por casualidad en una esquina.

Y entonces apareció él. Luis no caminaba; casi se deslizaba de entre la penumbra densa que separaba los edificios. Vestía una chaqueta delgada que cubría ahora su piel tatuada, otorgándole un aspecto sencillo y cotidiano. No pronunció palabra, solo les marcó con un movimiento de cabeza tajante y corto que lo siguieran, y desapareció al interior de un callejón lateral.

Los hizo correr a través de una serie de callejones estrechos y sinuosos, lugares donde Maya no se habría atrevido a depositar un pie a solas ni con la luz del día plena. Los pasadizos eran tan estrechos que los hombros de Ariel rozaban las paredes de hormigón rugoso de ambos lados. El olor de Caracas cambió aquí de golpe; ya no era olor a gran ciudad, sino olor a vida hacinada: aceite para freír maíz, un penetrante aroma a jabón de lavadora y el polvo sofocante de una construcción interminable.

—Luis, ¿a dónde... —comenzó a preguntar Ben en un susurro, pero Luis se llevó un dedo a los labios en un movimiento mudo y firme.

Pasaron junto a un grupo de hombres que estaban sentados alrededor de una desvencijada mesa de madera jugando al dominó

bajo la luz parpadeante de una sola farola. Uno de los hombres levantó la vista, escaneando a los tres extranjeros con abierta sospecha y un silencio amenazante, pero entonces vio a Luis.

—¿Qué pasa, Luisito? —preguntó el hombre con voz ronca y llena de respeto.

—Todo bien, Paco —respondió Luis sin ralentizar el ritmo, golpeando el hombro del hombre con amistad rápida.

Maya comprendió en ese instante: Luis era su pasaporte. Sin su palabra o el asentimiento conocido, habrían parecido una presa fácil, extraños que habían perdido su rumbo en el lugar equivocado. Con él a su lado, sin embargo, estaban bajo la protección no escrita del barrio.

Comenzaron a subir la montaña. Los escalones eran empinados e irregulares, y Ariel se vio obligado a apoyarse en el hombro de Ben para aliviar el dolor ardiente de su brazo. A medida que subían más alto, el ruido de los coches del centro de la ciudad se alejaba y se desvanecía, y en su lugar se ponía una música rítmica que brotaba de las ventanas abiertas de las casas del barrio.

Las casas aquí no obedecían a ninguna ley de la arquitectura; estaban pegadas las unas a las otras, apilándose en la ladera de la montaña, pareciendo como si hubieran brotado de la mismísima roca. Luis caminaba con la confianza de quien conoce cada grieta del hormigón, pasando a través de callejones cuyo ancho no superaba el metro, trepando por escaleras ocultas que solo los lugareños sabían a dónde conducían.

Al final de un tramo de escaleras especialmente empinado, llegaron a una plazoleta pequeña y oculta. Frente a una estructura que era la casa comunal se alzaba un mural gigantesco y espectacular: un niño chutando un balón de fútbol que se transformaba poco a poco en un pájaro colorido que se elevaba hacia el cielo. Luis se detuvo, con su respiración increíblemente ligera en comparación con la de ellos, y abrió una pesada puerta de hierro que chirrió sobre sus bisagras.

—Bienvenidos a San Juan —dijo en voz baja, y su voz resonó en el espacio de la estructura—. Aquí nadie os encontrará si no queréis ser encontrados.

◆

En el interior de la casa comunal, el aire era más fresco y ligero, lejos de la humedad sofocante de las calles de abajo. Luis los condujo a un gran espacio central donde lucían lámparas fluorescentes parpadeantes, proyectando una luz pálida sobre los muros de hormigón desnudo.

—Este es el corazón que late en San Juan —dijo con un orgullo silencioso, señalando hacia la cocina abierta donde varias mujeres locales trabajaban sobre ollas gigantescas. El olor de los guisos caseros inundaba el espacio, cálido y reconfortante—. Aquí los niños estudian, comen y se mantienen fuera del alcance de la calle. Aquí están seguros.

Maya y Ariel se desplomaron en un viejo banco de madera, exhaustos por la subida y la tensión acumulada. Ariel depositó con cuidado su mano herida sobre su rodilla, tomando respiraciones profundas. Pero Ben no se detuvo. Sus ojos, que siempre habían estado fijos en pantallas y códigos, se clavaron ahora en una mesa en la esquina lejana donde se apretaban tres muchachos. No jugaban al fútbol; estaban encorvados sobre una mesa desvencijada, concentrados en armar un puzle grande y desgastado cuyas piezas ya comenzaban a perder el color.

Al otro lado del salón vio a un grupo de niños sentados en círculo en el suelo. Jugaban a un juego de agilidad con vasos de plástico y cuentas de colores, atrapando pequeñas piedras al vuelo antes de que chocaran con el suelo. Parecía increíblemente simple, pero el ritmo era vertiginoso, requiriendo una concentración suprema y una coordinación perfecta.

Una niña pequeña con trenzas apretadas y un diente incisivo menos se percató de Ben. Contempló su mirada titubeante y luego le saludó con la mano con una amplia sonrisa invitadora. Le llamó en un

castellano cadencioso y musical, señalando con firmeza el lugar vacío a su lado en el círculo.

Ben se quedó congelado en su sitio. Miró a Maya, buscando aprobación o protección, pero ella solo asintió hacia él con un aliento silencioso y ojos tiernos. Se acercó lentamente, con el cuerpo aún tenso, y se sentó en el frío suelo. La niña le extendió una pequeña peonza de madera y le indicó que la hiciera girar. Ben intentó imitar su movimiento, pero la peonza cayó de lado con un sonido de choque frustrado en cuanto tocó el suelo. Los niños a su alrededor estallaron en una sonora carcajada, pero no era una risa burlona de las que Ben conocía de la escuela; era una risa cálida, invitadora, de las que abren la puerta al interior de su círculo.

La niña no se dio por vencida con él. Tomó la mano de Ben entre sus pequeñas manos, colocó sus dedos exactamente en el lugar correcto sobre el cuerpo de madera rugosa, y demostró en un movimiento lento y acentuado cómo dar el pequeño y preciso golpe con el pulgar. No dijo una sola palabra que él pudiera comprender, pero sus movimientos eran claros, nítidos y significativos para él.

Al tercer intento, ocurrió la magia. La peonza de Ben comenzó a girar sobre el suelo, bailando en vueltas estables entre las piernas cruzadas de los niños. Ben abrió la boca con entusiasmo ante su éxito, y una amplia sonrisa se dibujó en sus labios rápidamente.

Durante una larga hora, el idioma hablado no existió para él. Le enseñaron las reglas no escritas mediante señas, gestos corporales y gritos de alegría. Ben descubrió que incluso sin internet rápido y sin un teléfono de última generación, los niños de San Juan saben cómo «vencer» a su dura realidad cada día. Vio cómo compartían los escasos juguetes desgastados que tenían con absoluta generosidad, y cómo cuidaban de forma natural que nadie se quedara fuera del círculo de juego.

Cuando Maya lo contempló desde un lado, sintió un alivio enorme al ver que la tensión abandonaba por fin los hombros de su hermano pequeño. En San Juan, bajo la protección silenciosa de Luis, Ben no

necesitaba cortafuegos ni programas de seguridad complejos para sentirse a salvo. Era simplemente un niño que jugaba con una peonza de madera, y esa sensación de pertenencia y sencillez valía más que cualquier codificación del mundo.

◆

Fuera, en la terraza de hormigón rugoso de la casa comunal, Caracas parecía un cielo invertido. Miles de pequeñas luces parpadeaban en el valle abajo, marcando las amplias avenidas y los contornos de los edificios lujosos, mientras que en lo alto de la montaña, en mitad de la maraña de callejones del barrio, las luces eran escasas, trémulas y más apretadas.

Maya se apoyó en la barandilla oxidada, dejando que la brisa fresca de la noche secara los restos del sudor de la caminata extenuante. Cerró los ojos por un momento, sintiendo cómo su cabeza se limpiaba por fin del zumbido molesto de Daniel y de la figura amenazante del tipo del traje que le había quemado la espalda todo el día.

—¿Café? —la voz profunda de Luis brotó de la penumbra detrás de ella.

Le tendió una pequeña taza de cerámica, de la que subía el vapor de un café negro, fuerte y dulce de una forma casi exagerada.

—Gracias —dijo ella y tomó un sorbo cuidadoso. El calor se extendió por su cuerpo—. Me recuerda a mi abuelo. Parece que su costumbre de tomar café negro a las horas más absurdas de la noche procedía de vosotros.

Luis se apoyó a su lado en la barandilla, con la mirada fija en el horizonte.

—¿Visitó mucho esto?

—En la última década de su vida, vivió y respiró Venezuela —Maya esbozó una sonrisa triste, recordando los ojos brillantes de su abuelo cuando hablaba de este lugar—. Y por lo poco que he podido experimentar hoy... comprendo por qué. He aprendido que la gente

aquí sabe ser feliz incluso cuando no tiene nada. Esos niños de abajo... nada consigue borrarles la sonrisa del rostro —se calló por un momento, mirándolo con curiosidad—. ¿Cómo lo hacéis? ¿Cómo mantenéis esa sonrisa en mitad de tanta dificultad?

Luis tomó una respiración profunda. Solo unos años atrás era un joven como ellos, bailando en las plazas sin preocupación, pero la vida en el barrio le había enseñado a madurar por otro camino; una vía que no eligió, sino que se le impuso a él y a todos los que lo rodeaban.

—¿Cómo lo hacemos? —repitió su pregunta en voz baja, casi reflexiva—. Maya, aquí en el barrio, nuestra sonrisa no es solo una señal de que todo va bien. Es la última arma que nos queda. Si dejamos que la vida nos borre también la sonrisa, habremos perdido en todos los frentes —pasó la mano por el hormigón desnudo de la barandilla—. Los niños que has visto... no son inocentes. Saben lo que es el hambre y lo que es el miedo. Pero les enseñamos que si no bailas cuando suena la música, ya estás muerto. No podemos elegir las cartas que nos han tocado, pero elegimos cómo mirar al destino a los ojos.

Se giró hacia ella, y de repente, bajo la escasa luz de la terraza, parecía mucho mayor de sus veinticinco años.

—Creo que tu abuelo comprendió esto. Vio la belleza en mitad del caos. Este lugar se mete bajo la piel, *guapita*, incluso cuando solo huyes a través de él —tomó un sorbo de su café, y la mirada seria se sustituyó por una media sonrisa pícara, casi peligrosa—. Pero no te equivoques. Esta sonrisa es también una máscara excelente. Nos ayuda a ocultar secretos. Exactamente como el lugar en el que estás aprendiendo a ocultar el tuyo.

Sus ojos se encontraron con los de ella, y Maya sintió que el corazón le daba un vuelco. Había sido un golpe directo bajo el cinturón. Luis los ayudaba sin preguntar nada, pero ella sabía que la curiosidad le ardía por dentro desde el momento en que le había hablado al oído en la plaza.

—¿En qué lío estáis, Maya? —preguntó Luis en voz baja. Su voz no era inquisidora ni acusadora, estaba llena de una preocupación honesta de quien reconoce a los perseguidos—. He visto a mucha gente huir. De deudas, de la ley, de amores no correspondidos. En vuestro caso... huís como si llevaráis los pasos de otro marcados en la espalda.

Maya bajó la mirada hacia la taza de café vacía. Quería contárselo. Le dolían los hombros por el peso del secreto, y la honestidad en los ojos de Luis era casi insoportable. Pero entonces, la figura de Daniel flotó ante sus ojos: la sonrisa tranquilizadora y la manera fría en la que todo se había desbaratado por completo. Daniel le había enseñado que quien te sonríe por la mañana te puede vender por la tarde. No podía arriesgar a Ben y a Ariel. No otra vez.

—Aprecio todo lo que has hecho por nosotros, Luis. De verdad —dijo, con su voz estable a pesar de la tormenta en ella—. Pero cuanto menos sepas, más seguro será para ti. No puedo meter a nadie más en este círculo.

Luis la contempló largamente, intentando leer lo que ella ocultaba detrás de su mirada dura. Finalmente asintió despacio, optando por respetar su silencio.

—Si es así, tienes que ser muy cuidadosa —dijo y se acercó un paso más a la barandilla, señalando hacia el horizonte oscuro—. No sé cómo funcionan las cosas en el lugar de donde vienes, pero aquí, si continúas caminando en la oscuridad sin conocer el terreno, podrías encontrarte en un camino sin retorno.

Se calló por un momento, examinando el perfil de su rostro.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —preguntó justo antes de girarse para volver dentro.

Maya titubeó. Las palabras de Catalina del diario le ardían en la lengua. Miró al cielo negro y se preguntó si cometía un grave error, o si acaso Luis era la única llave que les quedaba.

—Hay una cosa —dijo finalmente, con su voz casi perdiéndose en el viento de la noche.

Luis se detuvo y se dio la vuelta.

—Hay una frase, suena a un verso de una canción... Quizá puedas ayudarme a comprenderla —tomó una respiración profunda—. *«El lugar donde el sol no pisa y el mar besa la roca».*

Luis se quedó congelado en su sitio. La sonrisa pícara desapareció por completo. Desvió su mirada de las luces de Caracas hacia el horizonte distante, hacia la dirección donde las montañas se encuentran con el mar Caribe.

—Eso no es una canción, Maya —dijo en voz baja, casi en un susurro—. Nadie en Venezuela escribiría una canción sobre un lugar así. Las canciones son sobre sol y bailes... no sobre sombras —sopesó sus palabras con gravedad—. Los viejos en los puertos de La Guaira hablan de un lugar así. Lo llaman los Acantilados de la Sombra. Es una franja de costa salvaje donde las montañas se clavan en el mar en un ángulo tal que el sol casi nunca toca la línea del agua. El mar se desgasta allí dentro de los desfiladeros en una oscuridad eterna.

El pulso de Maya se aceleró.

—Llaman a ese lugar también «Las Fauces» —continuó Luis con una mirada penetrante—. Es un lugar donde la marea sube sin previo aviso. Si no conoces las cuevas abajo... el mar simplemente te traga al interior de la roca.

A pesar de la escalofriante advertencia, el corazón de Maya vibró de alegría. Ahora lo sabía: no era solo una leyenda o la imaginación del abuelo. Ese lugar era real, y los aguardaba allí, en mitad de la oscuridad.

Capítulo 13

Con manos expertas, la anciana aplicó una pomada verdosa y fría sobre la ardiente herida del brazo de Ariel. El penetrante olor a eucalipto y raíces machacadas inundó el pequeño espacio de la casa comunal. Ariel estaba sentado en una desvencijada silla de madera, con los dientes apretados y el rostro contraído por el esfuerzo.

—Tenga cuidado —soltó en inglés al sentir el contacto frío, y de inmediato bajó la vista, avergonzado—. Quiero decir... gracias. De verdad se siente mucho mejor.

La mujer levantó la mirada hacia él. No comprendía las palabras, pero vio el alivio en sus ojos ocultos tras las gafas. Le dio una palmadita en el hombro con su mano pequeña y callosa, esbozando una sonrisa que revelaba un único diente de oro, y masculló algo en castellano con voz ronca; una antigua bendición o tal vez un consejo para el camino. Continuó envolviendo el vendaje blanco alrededor de su brazo con la precisión de una cirujana y, para terminar, depositó en la palma de su mano dos pequeñas pastillas blancas.

—Tómate esto —Luis apareció en el umbral, con voz baja y alerta—. Calmará los latidos del brazo durante las próximas horas. Vas a necesitar toda tu concentración.

Maya, que estaba apoyada en el marco de la puerta observando la escena, sintió que el corazón se le ensanchaba. Después de tantas noches en vela y del miedo paralizante, ver a su hermano recibir cuidados de alguien que no tenía nada que ofrecer excepto pura bondad, era casi más de lo que podía soportar.

—Dice que el cuerpo recuerda el camino incluso cuando la cabeza se pierde —susurró Maya, interpretando las palabras de la anciana.

—Tiene razón —respondió Ariel, tragándose las pastillas. Examinó el brazo vendado, moviendo los dedos con precaución—. Siento que vuelvo a ser yo mismo.

—¡Nos marchamos ya! —ordenó Luis, con los ojos moviéndose de un lado a otro como si ya estuviera escaneando las rutas de escape más

allá de los muros—. Los todoterrenos aguardan detrás del descampado. Coged las mochilas, rápido.

Ben, que revisaba por centésima vez las correas de su mochila en una esquina, se puso en pie de un salto. La tensión regresó a la habitación como una nube pesada, borrando los momentos de gracia. Recogieron el equipo, agradecieron a la mujer con una breve inclinación de respeto y salieron tras los pasos de Luis hacia el aire fresco y denso de la mañana.

A la salida del edificio, una pequeña silueta les bloqueó el paso. Era la niña de la noche anterior. En cuanto vio a Ben, saltó sobre él y le rodeó el cuello con los brazos. Ben soltó una carcajada corta y liberadora, algo raro de escuchar en él, y la elevó por un instante del suelo.

Al dejarla de nuevo en tierra, el rostro de la pequeña se volvió increíblemente serio. Con manos ágiles, deshizo el nudo de un collar de conchas gastadas que llevaba al cuello. Mientras Ben permanecía paralizado, ella se arrodilló ante él y ató el collar alrededor de su tobillo izquierdo. Lo sujetó con fuerza y susurró unas palabras que sonaban a oración.

—Dice que esto te protegerá, tal como la protegió a ella —tradujo Maya con voz quebrada.

Ben se agachó y abrazó a la niña de nuevo, despacio.

—Gracias —susurró en su propio idioma—, lo cuidaré bien.

—¡Se ha acabado el tiempo, vamos! —llamó Luis.

Se desprendieron de ella y comenzaron a caminar hacia el descampado. Ben se giró una última vez; la niña permanecía allí, pequeña contra el fondo de los altos muros de hormigón, agitando la mano a modo de despedida hasta que desaparecieron tras el recodo, rumbo a los todoterrenos que los esperaban.

◆

Luis los guio hasta un patio interior donde estaban aparcados dos todoterrenos viejos y abollados, que parecían mantenerse unidos únicamente por el milagro de la fe y los restos de pintura. Al volante del primer vehículo estaba sentado Juan, un chico joven con una gorra de visera calada hasta las cejas que ocultaba su mirada. El segundo todoterreno ya bramaba con el motor encendido unos metros por delante de ellos, cargado con cajas de madera cubiertas por una lona.

—Juan os llevará hasta los límites de La Guaira —dijo Luis, con su voz amortiguada por el estruendo de los motores—. Conoce las rutas por las que no pasa la policía. El segundo vehículo irá por delante como cobertura; si hay un control o algún problema en el camino, nos informarán por radio.

Maya le tendió la mano a Luis.

—Gracias por todo. No sé qué habríamos hecho sin ti.

—Espero que encontréis lo que estáis buscando —Luis le estrechó la mano con fuerza—. No olvides lo que te dije en la terraza. —Añadió una amplia sonrisa que hizo que las mejillas de ella se sonrojaran a pesar de la presión. Los chicos se burlaron a sus espaldas, y ella tosió para ocultar la vergüenza.

Los todoterrenos emprendieron la marcha, luchando contra las fuertes pendientes de los caminos sin pavimentar. La ciudad comenzó a reducirse a sus espaldas, convirtiéndose en una mancha lejana dentro de un mar de densa vegetación tropical. Maya se apoyó hacia atrás, y el cansancio la venció finalmente. Su cabeza se desplomó sobre el hombro de Ben y cerró los ojos. Ben no tardó en seguirla; su respiración se volvió pesada y su mano descansó floja sobre la mochila, mientras el collar de conchas de su tobillo tintineaba suavemente con cada traqueteo del vehículo sobre las piedras.

Solo Ariel permaneció despierto. Se sentía extraño; las pastillas que Luis le había dado creaban una especie de capa de desconexión alrededor de su brazo. Los latidos ardientes se transformaron en un

hormigueo distante, lo que le permitió concentrarse de forma casi dolorosa en cada detalle del camino. Apoyó el codo en el lateral del todoterreno y contempló el paisaje, pero sus ojos estaban fijos en el espejo retrovisor central.

Había algo en Juan que no transmitía tranquilidad. El conductor no pronunciaba palabra, pero Ariel se percató de que miraba de reojo el espejo retrovisor exactamente cada treinta segundos; el ritmo mecánico de alguien que aguarda algo. Ariel se enderezó en el asiento trasero. El vehículo de vanguardia ya había desaparecido tras el recodo del camino, dejándolos solos en mitad de una nube de polvo.

En la siguiente curva del camino, Ariel la vio: una camioneta oscura que emergió de una de las vías secundarias y mantenía una distancia constante detrás de ellos. Juan no aceleró. En su lugar, giró repentinamente a la derecha adentrándose en un camino de tierra lateral, lejos del polvoriento cartel que señalaba en dirección a La Guaira.

—Oye —dijo Ariel con voz ronca, esmerándose en no despertar a Maya y a Ben—. Necesito parar para ir al baño. Detén el coche un momento.

Juan no respondió. Simplemente subió el volumen de la radio, y una ruidosa música de salsa inundó el espacio, enterrando cualquier posibilidad de conversación. La camioneta negra giró tras sus pasos sin ningún impedimento. Ariel lo comprendió: era una trampa. El segundo todoterreno había sido enviado por delante únicamente para sacarlos del alcance de Luis.

—Para —dijo Ariel, esta vez con firmeza, y posó una mano sobre el hombro de Juan. El conductor lo apartó con furia y continuó mirando al frente, aumentando la velocidad. Ariel comenzó a golpear con todas sus fuerzas el lateral metálico del vehículo—. ¡Para ahora mismo! ¡No puedo aguantarme!

Maya se despertó sobresaltada.

—¿Ariel? ¿Qué pasa?

—¡Para! —rugió Ariel, con el rostro enrojecido. Juan siseó una maldición y frenó con un derrape violento en el arcén del camino, levantando una nube de polvo asfixiante—. Rápido —siseó el conductor—, un minuto.

Ariel no esperó. Abrió la puerta antes de que el vehículo se detuviera por completo y agarró su pesada mochila de ropa.

—¡Maya! ¡Ben! ¡Ahora! ¡Corred!

Impulsó la mochila con todas sus fuerzas, utilizando todo el peso de su cuerpo, y la estampó contra la cabeza de Juan. El conductor salió despedido hacia un lado, aturdido por el ataque repentino. Maya y Ben saltaron del vehículo tras los pasos de Ariel, y las conchas del collar tintinearon con locura alrededor del tobillo de Ben cuando este tomó tierra.

—¡Al campo! ¡Rápido! —ordenó Ariel.

Escucharon el motor del todoterreno encenderse de nuevo a sus espaldas. Juan se había recuperado. Giró el volante con brusquedad y comenzó a ganar velocidad hacia ellos.

—¡Nos ha vendido! —gritó Maya, con lágrimas de traición asomando a sus ojos. El pensamiento sobre Luis y la noche en la terraza la cortó como un cuchillo—. ¡Tenemos que salir del camino!

—¡Allí! —Ben señaló hacia un enorme campo de caña de azúcar alta. A lo lejos se alzaba una torre de agua roja y oxidada.

—¡Al campo! ¡Es un callejón sin salida para el coche! —exclamó Ariel. Sintió que el brazo comenzaba a latirle de nuevo, pero no se detuvo—. ¡Nos dividimos!

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Ariel! —chilló Maya con miedo, agarrando la mano de Ben.

—¡No hay opción, Maya! —Ariel los empujó hacia delante—. ¡No puede perseguirnos a los tres a la vez en mitad de todo este verdor! ¡Nos vemos en la torre roja, no dejéis de correr!

Llegaron al límite del camino cuando el todoterreno ya les pisaba los talones. Con un asentimiento desesperado, se separaron. Maya se zambulló en las cañas por la izquierda, Ben desapareció por la derecha y Ariel saltó al centro del campo.

Juan giró el volante con brusquedad para entrar tras sus pasos en el campo, pero la velocidad era demasiado alta. La rueda delantera se encajó en una acequia de riego oculta y hormigonada. El todoterreno se inclinó hacia un lado y volcó sobre su techo en un movimiento espantoso de destrucción de metal y cristal.

Un silencio extraño se instaló por un momento, roto únicamente por el ruido del motor de la camioneta negra que se aproximaba. En mitad del campo, las cañas de azúcar se cerraron sobre Maya. Corría sin mirar atrás, escuchando únicamente su respiración entrecortada y el crujido de las hojas. Estaban solos, una vez más.

Capítulo 14

El sonido del crujido del metal a sus espaldas aún resonaba en el aire como el eco de una sentencia, pero Maya no miró atrás. Se zambulló en el denso bosque de caña de azúcar, dejando que las hojas altas y dentadas se cerraran sobre ella y borraran su mundo. Cada respiración suya era cálida, quemándole los pulmones como si hubiera tragado ceniza. Corría sin saber a dónde, obedeciendo únicamente al ritmo alocado de su corazón, con un solo objetivo grabado en la mente: la torre de agua roja.

Sin embargo, su cuerpo comenzó a traicionarla. Los músculos de las piernas gritaban de dolor, y la pesada bola de lodo que se había adherido a sus botas dificultaba cada paso, arrastrándola hacia abajo, hacia la traicionera tierra del campo. Las rodillas simplemente le fallaron.

Maya se desplomó contra el suelo, encogida sobre la tierra húmeda. Aspiraba el aire en bocanadas cortas y entrecortadas, sintiendo cómo los pólenes pegajosos se adherían a su cabello sudoroso y a

su piel bronceada. El pensamiento sobre Daniel cruzó su mente como un cuchillo; su traición era lo que los había llevado hasta aquí, al fango de Venezuela, huyendo por sus vidas de un conductor al que ni siquiera conocían.

Por un instante, débil y peligroso, quiso quedarse allí. Simplemente tenderse sobre la tierra y esperar a que el silencio la tragara. Pero entonces acudió a su mente el rostro de sus hermanos; no podía permitirse ser el eslabón más débil.

Se obligó a levantarse, sacudiéndose el sudor y el lodo de su frente pecosa. Esas pecas, que habían brotado en las últimas semanas bajo el implacable sol, eran el testimonio de todo lo que habían superado. Ya no era la misma chica. Era una guerrera.

Con la última pizca de sus fuerzas, apartó las cañas de azúcar a un lado y continuó corriendo. La torre roja tenía que estar cerca. Tenía que encontrarlos.

◆

Ben sentía que cada uno de sus pasos resonaba como una explosión dentro del amenazante silencio del campo. Las cañas secas se quebraban bajo sus botas, y cada movimiento se sentía pesado. Escuchaba el bramido del motor de la camioneta negra alejarse y luego regresar, rastreando la zona como una bestia hambrienta. Su piel clara, que permanecía pálida casi como un espectro en contraste con sus hermanos, le parecía ahora un punto de vulnerabilidad peligroso frente al verde oscuro. Se sentía demasiado menudo y expuesto, pero no se detuvo; solo quería llegar a la torre.

En el otro lado del campo, Ariel sentía su brazo herido arder. Los analgésicos comenzaban a perder su efecto, y cada movimiento enviaba una oleada de dolor brazo arriba, nublándole la vista. Luchaba contra el mareo, intentando mantener una línea recta mientras el sudor le escocía en sus ojos azules. Sus hombros robustos y anchos, que siempre habían sido el pilar de la casa, estaban ahora caídos y tensos. Las cañas le arañaban el rostro, pero él se empujaba hacia delante, ignorándolo todo.

Finalmente, tras una eternidad medida en minutos, Ariel divisó la silueta alta de la torre de agua. Irrumpió de entre las cañas, corrió los últimos metros sobre la tierra lodosa y se desplomó a los pies de la estructura. Se apoyó contra el hormigón fresco, intentando recuperar el aliento y mirando de vuelta hacia el campo.

Transcurrieron largos minutos. Entonces, un crujido a la izquierda atrajo su atención. Maya emergió de las cañas, avanzando con torpeza en un estado de agotamiento absoluto. Los pólenes amarillos se habían adherido a su cabello y el lodo cubría sus ropas. Se desplomó a su lado sin fuerzas y cerró los ojos.

—¿Lo has visto? —preguntó en un susurro entrecortado.

Ariel negó con la cabeza, con la garganta demasiado seca para las palabras.

—¿Y tú?

—No —respondió ella, y un frío temor comenzó a trepar por sus espaldas.

—Tenemos que entrar —Ariel desenterró las palabras de su garganta —. No quiero que nos encuentren fuera.

Se levantaron con pesadez, sosteniéndose el uno al otro, y caminaron hacia el portón metálico y oxidado. En el interior el aire era fresco, impregnado de un olor a metal viejo y humedad estancada. El suelo crujió bajo sus pies y, en cuanto los ojos se acostumbraron a la penumbra, lo vieron.

Ben.

Estaba sentado en una simple silla de plástico en el centro del espacio circular, justo debajo de un único haz de luz que se filtraba desde el techo. Se mostraba pálido y tembloroso, con el collar de conchas de su tobillo tintineando levemente, pero tenía la barbilla alta. Y detrás de él, bloqueando la vía de escape entre las sombras, permanecía Javier. Su estatura y su expresión fría dejaban claro que su viaje había chocado contra un muro de hormigón. A su lado se

erguía un matón de hombros anchos, con el rostro imperturbable como una estatua.

Javier les esbozó una delgada sonrisa de vencedores, una sonrisa ושלא הגיעה לעיני .

—Bienvenidos —dijo con una voz tranquila y espeluznante que cortó el silencio—. Os estábamos esperando.

◆

El aire dentro de la torre era pesado y sofocante, saturado por el zumbido eléctrico y monótono de unas bombas antiguas. Ben estaba atado a la silla de plástico; sus ropas rotas exponían su cuerpo menudo y su piel, que se veía pálida de una forma casi transparente bajo el único haz de luz, pero sus ojos ardían con un odio intenso.

—Estoy perdiendo la paciencia —dijo Javier con un silencio espeluznante.

Extrajo una pistola oscura y reluciente, y pasó el cañón en un roce lento y calculado por la mejilla de Ben.

—Ya he corrido bastante tras vosotros. Si intentáis engañarme una sola vez más, dejaré de ser amable.

El metal frío de la pistola se sentía para Ben exactamente igual que el agua congelada que le habían echado en el institut. En ese instante la torre desapareció, y volvió a ser el niño enclenque que esperaba a que el recreo terminara, el eslabón más débil. Quiso cerrar los ojos, encogerse hasta desaparecer, exactamente como entonces.

—Déjalo —la voz de Maya cortó la penumbra, estable de una forma que la sorprendió incluso a ella. El corazón se le partía al ver el metal frío presionarse contra la piel de su hermano pequeño, pero no permitió que sus ojos delataran el miedo—. ¿Quieres el diario? Tómalo. Pero no lo toques a él.

Ariel, cuyos anchos hombros parecían encajonados dentro del estrecho espacio, abrió la boca para protestar, pero Maya lo silenció

con una mirada severa. Sabía que su fuerza física no les serviría de nada frente al cañón apuntado a la cabeza de Ben.

Se quitó la mochila despacio, extrajo el diario encuadernado en cuero y lo lanzó con el pie por el suelo. El libro se deslizó sobre el hormigón y se detuvo exactamente al lado de los relucientes zapatos de charol de Javier. Él lo recogió, lo hojeó rápidamente y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

—Lista —le siseó, y luego se giró hacia el matón que estaba a su lado—. Atalos a ellos también.

—¡Espera! ¡Te hemos dado lo que querías! —gritó Maya mientras las cuerdas comenzaban a apretarse alrededor de sus brazos.

Javier ni se molestó en mirarla mientras empujaba el diario en el bolsillo de su traje.

—No me gusta competir por mis premios —dijo secamente, y salió con sus hombres a través de la pesada puerta de acero que se cerró tras ellos con un definitivo estruendo metálico.

El silencio que quedó en la habitación era agobiante, roto únicamente por el ruido de las bombas y los intentos desesperados de Ariel por liberarse.

Ariel se mordió los labios hasta sangrar, moviéndose de un lado a otro en su silla. Cuando las cuerdas se clavaron en su brazo herido y le recordaron con cada latido las limitaciones de su cuerpo, sintió como si hubiera fracasado en la única función. Ya no era el protector de ellos. Era simplemente uno más al que había que proteger.

—Para —susurró Maya mientras las sillas chirriaban con locura sobre el hormigón—. Ariel, para ahora mismo. Solo te estás haciendo daño.

—¡No podemos quedarnos aquí sentados sin más! —exclamó Ben con voz quebrada, con lágrimas de frustración amenazando con brotar.

—Maya, tiene razón —añadió Ariel. Su rostro se contorsionaba por el dolor mientras las cuerdas se presionaban contra su brazo herido, y su cabello castaño claro estaba pegado a la frente por el sudor—. Va a regresar.

Maya arrastró su silla lentamente por el suelo hasta estar lo bastante cerca de ellos como para sentir su calor.

—Guardad vuestras fuerzas —susurró con una calma triste, contemplando las pecas de Ariel que resaltaban sobre su rostro pálido—. Ahora mismo, lo más importante para mí es que los tres estemos vivos. Y que estemos juntos.

Se apoyaron hacia atrás, exhaustos por la lucha y la loca carrera por los campos.

—Se han llevado el diario —murmuró Ben con desesperación, con la cabeza caída sobre el pecho—. Todo ha sido en vano... todo este camino.

Levantó la vista hacia Maya. Sus ojos estaban apagados, vacíos del brillo que los había acompañado desde Israel.

—Quizá los colegas del abuelo tenían razón, Maya. Quizá realmente estamos persiguiendo fantasmas. El diamante de Catalina, las leyendas... al final nos hemos quedado solo tres chicos atados a unas sillas en mitad de la nada. ¿Y para qué?

Maya sintió que el corazón se le encogía. Recordaba las historias del abuelo, las miradas de desdén de sus competidores que hablaban de él a sus espaldas con sutil burla. Recordaba perfectamente cómo se sentía cuando todos pensaban que su abuelo lo había perdido, que su búsqueda no era más que el delirio de un anciano.

—No lo llamaban «loco» porque estuviera equivocado, Ben —susurró Maya. Su voz era sorprendentemente estable a pesar de la oscuridad que los envolvía—. Lo llamaban así porque tenían miedo de creer que algo así realmente existiera. No temas ser un «loco» a ojos del mundo, mientras sepas que caminas por el sendero de la verdad. Y la verdad es que estamos aquí, y no nos detenemos.

—¿Andando cómo se supone que vamos a continuar? —preguntó Ben. Bajó la mirada hacia las cuerdas que marcaban sus muñecas, y sus delgados hombros temblaron un poco bajo su camiseta rota—. ¿Cómo continuaremos si estamos atrapados en mitad de la nada? Sin el diario, sin capacidad de contactar con nadie... estamos solos aquí. —Se veía de pronto tan pequeño bajo el haz de luz delgado que penetraba en la torre, como si la selva de fuera ya se lo hubiera tragado.

El silencio que regresó a la habitación era pesado, pero esta vez estaba lleno de algo diferente; de un remanente de esperanza que se negaba a desvanecerse. Ariel sintió la pequeña memoria USB presionando contra su pecho bajo la camisa empapada de sudor, y la sensación de seguridad comenzó a filtrarse de vuelta en él.

—Pues menos mal que vuestro hermano pensó un paso por delante y se encargó de hacer una copia —dijo en voz baja.

Los ojos de Ben se abrieron con pura alegría, y se enderezó en su silla.

—¡Eres un genio! ¡En cuanto nos liberemos de aquí te doy un beso!

Maya estalló en una carcajada corta y liberadora, la primera risa que se escuchaba entre ellos desde que todo se había torcido. Ariel puso cara de quien se conforma únicamente con un cumplido verbal, pero sus ojos castaños claros brillaron. Por un instante, en mitad de la penumbra de la torre, volvían a ser solo tres hermanos, y no unos fugitivos dentro de un campo de caña de azúcar.

Capítulo 15

El tiempo dentro de la torre de agua dejó de medirse en minutos. Se medía en las respiraciones pesadas de Ariel y en la tortuosa sensación de sequedad en la garganta de Maya. La oscuridad era tan densa que solo podían escucharse el uno al otro: el crujido de las cuerdas y el goteo lejano del agua en alguna parte de las tuberías, un sonido que se convirtió para ellos en la mayor de las deustraciones.

—Ben —susurró Ariel de repente. Su voz era ronca, casi irreconocible—. ¿Estás despierto?

—¿Cómo se puede dormir así? —respondió Ben en un susurro. Sentía las muñecas hinchadas y doloridas. Su piel clara, que siempre había sido más sensible que la de sus hermanos, ardía bajo la fricción de las bastas cuerdas—. Siento como si mis manos pertenecieran a otra persona.

—Escúchame bien —dijo Ariel, y su voz sonó de pronto concentrada y afilada—. Las patas traseras de estas sillas no son muy estables; es plástico viejo, Ben. Quemado por el sol.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Ben, y Maya supo que estaba frunciendo el ceño en mitad de la penumbra—. ¿Que baile con ellas?

—Quiero que te dejes caer —siseó Ariel—. Balancéate hacia los lados, coge impulso y luego echa todo el peso de tu cuerpo hacia atrás. Si esa pata se rompe, las cuerdas se aflojarán lo suficiente como para que te deslices fuera.

Maya sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Ariel, eso es peligroso. Tiene las manos atadas a la espalda. Si se cae sin frenar, su cabeza se llevará todo el impacto contra el hormigón.

—No tenemos opción, Maya —la voz de Ariel era fría y realista—. En unas horas estaremos demasiado débiles incluso para intentarlo. Si

no fuera por esta lesión, lo haría yo mismo.

Ben tragó la poca saliva que le quedaba. Pensó en la caída, en el dolor previsto y en el riesgo de quedarse tendido en el suelo indefenso.

—De acuerdo —susurró finalmente.

Comenzó a mover su menudo cuerpo. A la derecha, a la izquierda. La silla chirrió en protesta, un sonido de plástico fatigado que resonó como un disparo en el silencio de la torre. El sudor frío le resbalaba por la frente, y se lanzó hacia atrás con todas sus fuerzas.

Un crujido seco resonó en el espacio.

Ben sintió que el aire escapaba de sus pulmones cuando su espalda impactó contra el suelo. Su cabeza se golpeó contra el hormigón y luces blancas parpadearon ante sus ojos. Por un simple instante, se quedó allí tendido, sordo y congelado.

—¡Ben! ¡Ben, respóndeme! —el grito de Maya fue ahogado.

Ben gimió. Sintió que un fragmento de plástico afilado lo clavaba en el costado, pero las cuerdas ya no estaban tensas. Tiró con todas sus fuerzas hasta que sus manos quedaron libres.

—Estoy bien —jadeó, liberando rápidamente los nudos de Maya y de Ariel.

Se abalanzaron hacia la pesada puerta de acero, pero Ariel se detuvo en seco. Tiró del picaporte con todas sus fuerzas, estampando sus anchos y robustos hombros una y otra vez contra el metal, pero la estructura no se movió ni un milímetro.

—Está cerrada desde fuera —bramó, aferrándose a su brazo herido mientras una oleada de dolor lo inundaba—. Han puesto un cerrojo o una cadena. Estamos atrapados.

—¡Ariel, para, te vas a destrozar el hombro! —exclamó Maya, deteniéndolo físicamente. Miró hacia arriba, hacia un estrecho y alto conducto de ventilación en el techo—. Ben, tú eres el más delgado aquí. ¿Puedes escurrirte por ahí?

Ben contempló la estrecha abertura.

—Está demasiado alto.

—No si te subes sobre mí —sentenció Maya. Se apoyó contra la fría pared, entrelazando sus manos a modo de escalón.

Ben trepó con agilidad, sintiendo la estabilidad de su hermana debajo de él. Se agarró a los bordes de hierro de la abertura y su menudo cuerpo se abrió paso a duras penas a través del estrecho espacio, hasta que desapareció en la noche exterior.

Transcurrieron largos segundos de absoluto silencio, hasta que se escuchó el sonido metálico de un cerrojo al ser deslizado. La puerta se abrió con un chirrido y Ben permaneció allí, jadeante, con la luz de la luna iluminando su rostro pálido.

—Hemos salido —susurró—. Huyamos de aquí antes de que regresen.

◆

Salieron de la torre y caminaron en silencio hacia la carretera principal. El aire nocturno se sentía como una bendición tras el ahogo de la estructura, pero las piernas apenas los sostenían. Ariel caminaba rezagado; una mano sostenía su brazo lesionado y la otra se aferraba al hombro de Maya para mantener la estabilidad. Sus anchos hombros, que siempre habían parecido invencibles, estaban ahora caídos bajo el peso del dolor.

—Tenemos que llegar al todoterreno —soltó en respiraciones cortas —. Sin el agua y nuestras mochilas, no sobreviviremos ni una hora bajo el sol de mañana.

Tras una caminata extenuante, lo divisaron: la masa de metal invertida del todoterreno yacía en el borde del campo como una ballena herida. Sus pertenencias estaban esparcidas por los alrededores, testimonio del violento registro de Javier. Ben extrajo media botella de agua que había quedado debajo de uno de los asientos. Se la repartieron con desesperación, tragando el líquido tibio a una velocidad que les quemaba la garganta seca.

—Tenemos que darle la vuelta —dijo Maya de repente, con voz ronca pero decidida. Posó sus manos sobre el lateral de metal abollado.

Ben se unió a ella, con su cuerpo menudo tensándose mientras empujaba con todas sus fuerzas. Ariel intentó sumarse con su hombro sano, gimiendo cuando cada esfuerzo enviaba oleadas de dolor al brazo herido.

—Una, dos... ¡y tres!

Empujaron, y las venas del cuello de Ariel se marcaron, pero las toneladas de acero no se movieron ni un milímetro. Tras unos minutos de lucha inútil, se desplomaron junto a las ruedas invertidas, exhaustos.

La noche cayó y la carretera parecía más amenazante que nunca. Vehículos esporádicos pasaban en el horizonte, con sus faros cortando la penumbra, pero nadie se detenía. Los conductores locales veían en el arcén a tres figuras manchadas de lodo y sangre y continuaban la marcha a gran velocidad, temerosos de los salteadores de caminos.

—Ya está, se acabó —murmuró Ben. Se apoyó en la rueda del vehículo, con la cabeza caída—. Nadie va a parar por nosotros. Nos ven y aumentan la velocidad. Parecemos una banda de delincuentes esperando la oportunidad de asaltar a alguien.

—No hables así, Ben. Alguien tendrá que parar al final —dijo Maya, aunque su voz temblaba. Se plantó de nuevo en el borde de la carretera, agitando los brazos hacia un camión que pasó sin aminorar, salpicándola con una nube de polvo y grava.

—Maya, tiene razón. Ven, siéntate —llamó Ariel en voz baja—. Nos tienen miedo. ¿No lo ves? Parecemos el tipo de sujetos de los que advierten en los telediarios. —Suspiró con frustración, contemplando su brazo que colgaba flojo—. No puedo protegeros así. Si Javier regresa ahora, ni siquiera podremos correr.

Ben levantó la cabeza, y su rostro pálido se veía casi transparente a la luz de la luna.

—Quizá sea mejor que regresen. Al menos tendremos agua en el calabozo. Siento que la lengua se me pega al paladar.

Maya no respondió. Continuó de pie allí un largo momento, contemplando las luces que se desvanecían en el horizonte, hasta que sus hombros también se desplomaron. Regresó y se sentó junto a ellos sobre la tierra lodosa.

—Esperaremos a la mañana —susurró, intentando convencerse a sí misma—. Por la mañana todo parece menos aterrador.

Justo entonces, dos potentes faros aminoraron y se detuvieron con un chirrido de frenos frente a ellos. Una silueta saltó del asiento delantero y los iluminó con una potente linterna. Era Luis.

Ariel y Ben se pusieron en pie de un salto al unísono, plantándose como un muro delante de Maya.

—¡Aléjate! —gritó Ariel en un inglés tajante, con su mano sana hecha un puño a pesar del dolor—. ¿Dónde está Juan? ¡Tú lo enviaste para matarnos!

Ben se unió a él, con voz trémula pero firme en inglés:

—Vimos la camioneta, Luis. Los vimos esperándonos allí en la torre. ¡Tú lo sabías!

Luis permaneció en su sitio, con las manos abiertas a los lados en un gesto de rendición; su rostro sudoroso se mostraba preocupado bajo la luz de los faros.

—No... escuchad... —tartamudeó en un inglés precario—, Juan... traidor. Yo no lo sabía.

Al ver que no bajaban la guardia, se dirigió a Maya en un castellano rápido y desesperado:

—Maya, escúchame. Juan nos ha traicionado a todos. Su familia está en peligro, Javier los tiene como rehenes. Vine en cuanto escuché el reporte del accidente en la radio de los conductores. Sabía que era mi coche.

Maya miró a los ojos de Luis, buscando la mentira en el interior de sus pupilas dilatadas, pero solo vio allí un miedo auténtico; el mismo miedo que los había perseguido en mitad de las cañas de azúcar. Posó una mano en el brazo de Ariel, bajándolo con suavidad.

—Dice que Juan también lo ha traicionado a él —tradujo con rapidez, con la voz quebrada un poco por el cansancio—. Dice que Javier amenaza a la familia de Juan en el barrio y que esa es la razón por la que cooperó. Ariel, Luis ha venido a buscarnos porque escuchó lo del accidente por la radio. Él y sus amigos llevan peinando la zona una hora; de hecho, esta es la tercera vez que pasa exactamente por aquí y no nos encontraba.

Luis suspiró mientras intentaba explicarse.

—Dice que está en peligro exactamente igual que nosotros, que está aquí para ayudarnos, y que si queremos su ayuda tenemos que marcharnos de aquí antes de que los hombres que nos buscan regresen.

Ariel titubeó. Su mirada viajó entre un Luis sudoroso y la carretera oscura y vacía que se extendía a sus espaldas. Miró a Ben, que se veía más frágil que nunca bajo la luz de los faros, y luego a Maya. Los músculos de sus anchos hombros se relajaron un poco y sus puños se abrieron. Comprendió que no tenían elección; esta noche los superaba, y esa carretera no tendría piedad con ellos una vez más.

—De acuerdo —dijo Ariel en voz baja, casi para sí mismo. Asintió hacia Luis con una amarga aceptación—. Vamos.

◆

Luis detuvo el todoterreno detrás de una pequeña estructura de madera de la que colgaban hileras de bombillas amarillas desgastadas. Un aroma dulce a maíz tostado y aceite caliente hizo que el estómago de Ben emitiera un sonido de protesta oficial.

—Este es mi hermano, Alejandro —explicó Luis mientras Maya traducía con rapidez, al tiempo que los conducía a una mesa de

madera en la esquina—. Él no dirá nada a nadie. No os preocupéis.

—Sí, eso ya lo hemos escuchado antes —murmuró Ariel con cinismo. Intentaba encontrar una postura para sentarse que no presionara su hombro lesionado, y su rostro se contrajo un poco al apoyar la espalda en el rígido banco.

Al cabo de unos minutos, Alejandro depositó ante ellos tres platos con cachapas; unos discos de maíz gruesos y dorados, doblados alrededor de una generosa cantidad de carne de vacuno ahumada. Ben dio un mordisco enorme y cerró los ojos; su piel pálida recuperó finalmente un poco de color gracias al calor del lugar.

—Dios —dijo con la boca llena—, no sé qué es esto, pero es lo mejor que he comido en mi vida.

—Mastica primero, animal —lo reprendió Maya, aunque también ella comía con voracidad, sintiendo cómo el alimento le devolvía las fuerzas para mantener la cabeza erguida.

Las cachapas desaparecieron a una velocidad récord. Ben se apoyó hacia atrás, limpiándose un resto de salsa de la comisura de la boca.

—Os lo digo yo, si abriéramos un lugar así en Israel, nos haríamos millonarios en una semana. Sin Javier y sin torres de agua.

Ariel esbozó una sonrisa amarga, apartándose el cabello castaño claro que se le había pegado a la frente por el sudor.

—En Israel te cerrarían el local por infracciones urbanísticas en dos horas, Ben. Concéntrate en regresar a casa de una sola pieza.

Ben se rió, pero Maya se fijó en Luis. No había tocado su comida. Estaba sentado en el extremo de la mesa, con la mirada distante, escaneando el aparcamiento de tierra una y otra vez como si esperara ver la camioneta negra emerger de entre las sombras.

—¿Luis? —preguntó Maya en voz baja—. ¿Todo bien?

Luis dirigió la mirada hacia ella y exhaló un suspiro silencioso.

—¿Con quién os habéis metido, Maya? —preguntó con una franqueza que cortó el aire—. Hasta ahora os he ayudado sin preguntar. Pero no puedo seguir arriesgándome a mí y a mi hermano sin saber qué está pasando.

—¿Qué dice? —preguntó Ariel con suspicacia.

—Quiere la verdad —respondió Maya.

—¡No podemos decirle nada! —susurró Ariel con firmeza, inclinándose hacia ella—. Nos hemos metido en problemas porque demasiada gente se enteró de esto. ¿No recuerdas lo que pasó con Daniel?

—Pero Ariel, él nos ha salvado —intervino Ben, con sus grandes ojos yendo de su hermano a su hermana.

—Por Maya, más bien —atacó Ariel, lanzando a Maya una mirada penetrante—. ¿Tengo que recordaros lo que pasó cuando el último tipo intentó ayudarnos?

Maya levantó una mano para silenciarlo. Miró a Luis y vio la preocupación honesta en su rostro.

—Luis no es como Daniel —dijo con una seguridad que esperaba que estuviera justificada. Se giró hacia Luis—: ¿Recuerdas le hablé de mi abuelo? Era arqueólogo. Buscaba el diamante negro de Catalina, lo que llaman el Corazón del Mar. Estamos aquí para terminar lo que él empezó.

Los ojos de Luis se agrandaron por la sorpresa absoluta. Se quedó congelado, y sus labios se movieron en busca de palabras.

—Maya... —susurró finalmente con evidente angustia—. Siento decírtelo, pero el tesoro de Catalina... es solo una leyenda peligrosa.

—No es una leyenda —insistió Maya—. Mi abuelo le dedicó años de su vida. Tenía un diario y tenía pruebas...

Luis la interrumpió casi con espanto, y su voz se elevó sobre la de ella.

—¡No podéis seguir buscando eso! ¡Ninguno de vosotros!

—¿Por qué? —preguntó Maya, estupefacta por su reacción extrema.

Los ojos de Luis se volvieron tristes y temibles al mismo tiempo.

—Muchos creen que es real, Maya. Pero quien sale a buscar el Corazón del Mar de Catalina, se arriesga a no regresar de allí siendo el mismo. ¿No te has preguntado por qué ese diamante no se ha encontrado hasta ahora? Hay cosas que es mejor que permanezcan enterradas, *guapita*.

El pavor que se apoderó de los ojos de Luis estremeció a Maya por dentro. No temía solo a los hombres armados o a las trampas. Temía a algo arraigado en el interior de la propia isla, algo que su abuelo jamás había mencionado en el diario. Antes de que pudiera preguntar nada más, Luis se levantó abruptamente y salió hacia el aparcamiento de tierra, dejándolos a los tres solos en mitad del tenso silencio del puesto, donde el aroma dulce del maíz se sentía de pronto asfixiante.

Capítulo 16

La noche en la casa comunal del barrio transcurrió para ellos en un sueño agitado, pero protegido. A la mañana siguiente, Ariel ya se sentía más fuerte; la doble dosis de analgésicos que había tomado mitigó el ardor de su brazo, y consiguió mover el hombro con precaución sin retorcerse de dolor. La mirada inquisitiva regresó a sus ojos azules, y comenzó a empaquetar el equipo con una mano diestra, preparándose para su último día en Venezuela.

El camino de regreso desde el puesto de Alejandro hacia el entramado de calles del barrio fue terriblemente silencioso. Luis conducía el viejo todoterreno, con los ojos fijos en la accidentada carretera, mientras Ben y Ariel se desplomaban en el asiento trasero. El cansancio y la tensión de los últimos días los vencieron; sus cabezas se balanceaban a los lados al ritmo de los traqueteos del vehículo, y sus respiraciones se volvieron pesadas y rítmicas.

Pero Maya estaba completamente alerta. Observaba el perfil de Luis, apenas iluminado por el tenue cuadro de mandos, y sabía que su silencio no procedía del cansancio. Era el silencio de un hombre que guarda un secreto que le quema la garganta.

—Luis —interrumpió el rugido del motor con una voz baja pero estable—, sé que hay cosas que no me cuentas. No puedes pretender que escuche tus advertencias cuando no confías en mí lo suficiente como para decirme la verdad.

Luis suspiró, golpeando levemente el volante con frustración. Miró de reojo el espejo retrovisor para asegurarse de que los chicos dormían, y luego se volvió hacia ella a medias, con voz ronca y quebrada.

—Hay un hombre —dijo—. Se llama Diego. Era el mejor rastreador que conocía, un hombre de naturaleza salvaje. Conocía cada desfiladero, cada cueva oculta de la costa. Hace unos años, emprendió un viaje con un socio, un tipo llamado Pablo. Buscaban lo que vosotros buscáis ahora. El Corazón del Mar.

Maya sintió que el pulso se le aceleraba, latiéndole contra el pecho.

—¿Y qué les pasó?

—Diego regresó solo —susurró Luis, y su mirada volvió a la carretera oscura—. Lo encontraron deambulando por la playa semanas después, quemado por el sol y sin capacidad de pronunciar palabra. No habla desde entonces, Maya. Él solo... dibuja. Perdió la cordura allí, en las cuevas. Os llevaré a verlo mañana por la mañana, solo para que veas con tus propios ojos lo que ese lugar le hace a la gente. Quizá entonces comprendas que no intento deteneros. Intento salvaros.

◆

A la mañana siguiente, el aire en el barrio era húmedo, impregnado de aromas a combustible y polvo. La casa donde residía Diego era una pequeña estructura cuyas paredes estaban desconchadas y desmoronándose, pero por dentro parecía un museo de locura

visual. Papeles, trozos de cartón y lienzos improvisados cubrían cada centímetro libre de los muros y del suelo, creando un mosaico de colores y formas que se repetían una y otra vez.

Diego estaba sentado en una esquina, y su silueta se veía más pequeña de lo que realmente era. Era un hombre de poco más de treinta años, con el rostro sorprendentemente liso pero pálido como el tono de la cal de las paredes, en absoluto contraste con el largo cabello de carbón que caía sobre sus hombros. Sus manos no eran ásperas, sino delgadas y largas, dedos de artista que estaban manchados de azul y violeta, y temblaban a un ritmo invisible cada vez que depositaba el pincel.

Maya se aproximó a él despacio, arrodillándose ante él.

—¿Diego? —susurró su nombre con delicadeza. El hombre se tensó; ella percibió su rechazo hacia un extraño y se apresuró a retroceder un poco para no espantarlo—. Aún no nos conocemos. Me llamo Maya. Tu amigo, Luis, me ha traído a conocerte. —Vio cómo el nombre de Luis lograba calmar el temblor de sus manos un poco—. Quería hacerte unas preguntas importantes. ¿Crees que podrías ayudarme?

Diego no levantó la cabeza. Continuó pasando un pincel amarillo sobre el papel en un absoluto aislamiento, como si ella fuera aire. A sus espaldas, Ben suspiró al ver que la situación era más difícil de lo que habían imaginado. Ariel, cuyo brazo estaba vendado pero sus movimientos eran más libres gracias a los analgésicos, escaneaba la habitación con ojos inquisitivos. No veía simples garabatos; buscaba una lógica dentro del caos visual, intentando comprender qué conectaba los cientos de dibujos que cubrían el espacio.

—Tengo aquí una frase grabada en una piedra antigua —Maya no se dio por vencida, y su voz resonó en el pequeño espacio. Buscó un destello de comprensión en sus ojos al leer las palabras en castellano—: *«Para que el secreto de su libertad perdure por siempre, el día en que conquistaron el palacio real, Catalina*

encomendó su corazón a la piedra. Su alma la selló en el lugar donde el sol no pisa y el mar besa la roca».

Los ojos de Diego se abrieron de par en par. Cuando el nombre de Catalina resonó en la habitación, sus manos se congelaron. La mirada aislada se volvió vacía y hueca, como si estuviera reproduciendo recuerdos aterradores ante sus ojos. Era una imagen espeluznante. Maya dio otro paso al frente y posó una mano delicada sobre su brazo, intentando traerlo de vuelta a la tierra, para extraer la información que gritaba desde su silencio.

—Es suficiente, *señorita* Maya —una voz femenina y suave se escuchó desde la entrada. Su cuidadora entró, sosteniendo una toalla limpia, y se dirigió a Maya con un castellano duro pero preocupado. Maya tradujo en un susurro a sus hermanos—: Dice que está demasiado cansado ahora.

La cuidadora se acercó a Diego con delicadeza y lo condujo hacia un viejo sillón de cuero. Él la siguió con una obediencia ciega, arrastrando los pies.

—Eso es lo que queda de él —dijo Luis en voz baja desde el umbral de la puerta—. Vio algo en esas cuevas de lo que no se puede regresar. ¿De verdad queréis arriesgaros a eso?

Ben tragó saliva, con la garganta seca. Maya bajó la cabeza y exhaló un profundo suspiro.

—Quizá tengas razón —dijo con voz quebrada—. Lamento haberte arrastrado a esto. Haber arriesgado a mi hermanos por una fantasía. Parece que realmente ha llegado el momento de regresar a casa.

Luis asintió y posó una mano de apoyo sobre su hombro, guiándola hacia fuera. Mientras se disponían a salir, Ariel se quedó rezagado un momento. Un impulso interno lo atrajo hacia la mesa de trabajo de Diego, hacia una pila de papeles que estaba depositada de forma separada del resto de los garabatos. Los revisó con rapidez, buscando un hilo del que tirar, cuando de repente sintió una fuerte presión sobre su brazo vendado.

Ariel dio un salto hacia atrás, con el cuerpo tensándose para el combate, pero se detuvo al ver que era Diego. El aislamiento en los ojos del hombre desapareció por un instante, y en su lugar surgió algo ardiente y urgente. Sin emitir un sonido, Diego empujó en las manos de Ariel un trozo de cartón delgado, viejo y doblado, que estaba oculto debajo del tapizado de su sillón.

—¡Ariel! Nos vamos —llamó Ben desde la puerta.

Diego soltó el agarre de inmediato y regresó al sillón, con sus ojos apagados de nuevo. Ariel deslizó el cartón en su mochila en un movimiento rápido e imperceptible, saliendo tras sus pasos y dejando atrás a un Luis que estaba seguro de haber ganado la batalla por sus mentes.

◆

El viaje de regreso fue silencioso. Los hermanos contemplaban las calles pintadas de turquesa y amarillo, el aroma del café fuerte y la alegría de la gente en la calle, que contrastaban fuertemente con la aterradora vacuidad que habían visto en los ojos de Diego. Sabían que esta era su última noche aquí.

Al llegar exhaustos a la casa comunal, Luis les propuso quedarse una última noche.

—Me encargaré de que tengáis una comida caliente antes de que salgáis hacia el aeropuerto —dijo, y su mirada transmitía la delicia de un hombre que ha descargado un pesado fardo.

Rehusaron con cortesía. Maya explicó que preferían pernoctar cerca del aeropuerto para garantizar que llegaran al primer vuelo hacia Israel. Luis asintió con una satisfacción evidente, les deseó un viaje seguro y se despidió de ellos con un fuerte apretón de manos. Cuando su todoterreno se alejó y desapareció en el recodo de la calle, se quedaron solos en la acera, rodeados de mochilas y de una punzante sensación de fracaso.

Se encontraron en un pequeño puesto de helados en la esquina de la calle, sentados alrededor de una mesa de plástico blanca y

tambaleante. Desde la plaza central se escuchaban distantes acordes de guitarras que proporcionaban un fondo nostálgico y amargo. En el centro de la mesa había tres copas con helado de vainilla que se derretía lentamente en un charco pegajoso.

—Al menos en casa habrá duchas normales —intentó sonreír Ariel, pero su mirada estaba lejana y distraída—. Sin gallinas que griten a las cuatro de la mañana.

—Y comida que no se sienta como lava ardiendo en la garganta —añadió Ben con tono débil—. Estoy dispuesto a pagar cualquier cantidad por el filete empanado de mamá. Solo puré de patatas simple y suave, sin salsa.

Se rieron débilmente, pero la angustia permanecía suspendida en el aire.

—A veces, saber retirarse es el paso más valiente —dijo Maya, intentando convencerse a sí misma más que a ellos—. Habéis visto a Diego. No queremos terminar así.

De repente, Ariel se congeló. Su cucharilla cayó en el interior del helado con un sonido de impacto sordo.

—El dibujo —soltó.

—¿Qué? —preguntó Maya con una media sonrisa confundida.

—¡Sujéname esto! —Estampó la copa en las sorprendidas manos de Ben y comenzó a hurgar en su mochila con una mano rápida, ignorando el dolor sordo del hombro—. ¿Dónde está... aquí!

Extrajo el trozo de cartón doblado. Su rostro se mostraba pálido bajo la luz de las farolas.

—Antes de que saliéramos, Diego me metió esto a escondidas. Quería que solo yo lo cogiera. Con todo lo que hablamos del vuelo... se me pasó por completo de la cabeza.

Depositó el cartón en el centro de la mesa. Les temblaban las manos al abrirlo. El dibujo era diferente de todo lo que habían visto en la habitación de Diego; era preciso, vivo y respiraba. En su centro se

alzaba un colosal acantilado de piedra que parecía un arco natural, y de su interior se abría el espacio negro de una cueva. Unas pequeñas flores violetas se entrelazaban entre las grietas de la roca, y la línea del agua cubría la mitad de la abertura.

—Es una cueva marina —susurró Ben, con los ojos abiertos de par en par—. Lo dibujó desde el interior del agua.

Ariel contempló las flores violetas, con el dedo siguiendo los contornos.

—«En el lugar donde el sol no pisa... y el mar besa la roca» —murmuró.

Maya levantó hacia él una mirada estupefacta.

—¿Qué has dicho?

—Es la frase de la fortaleza, Maya. Diego te escuchó. Comprendió perfectamente qué estás buscando, y nos ha dado la respuesta.

Maya negó con la cabeza, confundida.

—¿Pero por qué? Luis dijo que ese lugar lo destruyó. ¿Por qué querría Diego hacernos regresar allí?

Ben contempló el dibujo de nuevo, esta vez con una mirada madura y asentada que excedía su edad.

—Pensad en lo que dijo Luis. Diego deambuló por las playas semanas. Todos asumen que se volvió loco de miedo, pero mirad la precisión aquí; este no es un hombre que intenta olvidar. —Se detuvo un instante y miró a sus hermanos—. ¿Y si todo este tiempo no intentaba huir de la cueva? ¿Y si simplemente no encontró la manera de regresar a ella?

La conjetura de Ben se quedó congelada en el aire de la noche húmeda. La cueva ya no se veía como una trampa, sino como un destino.

—No vamos al aeropuerto mañana, ¿verdad? —preguntó Ariel, con una pequeña sonrisa pícara asomando en la comisura de sus labios.

Maya dobló el dibujo con cuidado y lo introdujo en su bolsillo interior.

—Salimos antes del amanecer —dijo, y su mirada volvió a ser afilada como una cuchilla—. Parece que no hemos terminado con Venezuela después de todo.

Capítulo 17

El amanecer se plantó sobre el pueblo con una niebla pegajosa que se negaba a disiparse. La salida del hostal fue rápida y pragmática; la recepcionista, que esperaba rascar algunos días más de sustento de los jóvenes turistas, solo los siguió con una mirada malhumorada mientras cerraban la puerta a sus espaldas. Para ella, eran simple dinero que se desvanecía en la mañana; pero para ellos, cada minuto resultaba crítico.

Subieron al todoterreno destartalado que habían alquilado temprano esa misma mañana. No era un vehículo lujoso, pero se mostraba lo bastante robusto como para sobrevivir a las carreteras sinuosas.

—Ayelet llamó anoche mientras dormías, Ben —dijo Ariel mientras giraba el volante con fuerza, luchando contra los baches de la accidentada carretera de la costa. Sentía la mejoría en su brazo; el dolor había pasado de una quemadura intensa a una molestia sorda que le permitía controlar el vehículo con confianza—. Hicimos una llamada a tres bandas con los padres. Creedme, no sé qué habríamos hecho sin ella. Logró tranquilizarlos y controló todo con mano de hierro. Por cierto, te mandan un fuerte saludo.

Ben asintió.

La mirada de Maya estaba clavada en el mapa físico desplegado sobre sus rodillas, cuyos bordes ya comenzaban a desmoronarse debido a la humedad.

—Menos mal que ella está con nosotros en esto —murmuró Ben desde el asiento trasero.

—No es solo suerte —añadió Ariel con una pequeña sonrisa reflejada en el espejo retrovisor—, significa que no hay camino de vuelta. Tenemos que encontrar ese lugar hoy mismo.

—Primero tenemos que reducir la zona de búsqueda —dijo Maya, y su voz sonó hueca y un tanto desesperada. Señaló tres marcas azules en el mapa que representaban las bahías de la costa salvaje —. Tres playas. Las tres parecen casi idénticas en el mapa, y no tenemos tiempo para visitarlas todas antes de que la marea suba y bloquee la entrada a la cueva.

Ariel apretó el agarre sobre el volante, con los ojos escaneando el horizonte borroso.

—¿Cómo se supone que vamos a encontrar una playa en la que jamás hemos puesto un pie? Al final estamos dependiendo del recuerdo de un hombre que dibujó cosas a través de la niebla de los años. ¿Y si intentamos preguntar a alguien en el camino?

—¿A quién? —se cuestionó Maya con cinismo—. Ya no sabemos quién está de nuestra parte y quién en nuestra contra en este lugar. ¿Y si simplemente conducimos hasta la línea de la cresta más alta e intentamos otear desde allí?

—Eso llevará horas —descartó Ariel la idea de inmediato—. Para cuando subamos y oteemos, el mar ya habrá tragado la cueva. ¿Y si empezamos por la playa sur y simplemente corremos a lo largo de ella? Si nos damos prisa, quizá lleguemos a dos de las tres.

—¿Y si la cueva está precisamente en la tercera? —Maya suspiró y arrojó el mapa sobre el salpicadero con frustración—. Necesitamos una señal. Es imposible buscar así, basándose únicamente en acantilados y rosas...

—No son rosas, son orquídeas —la corrigió Ben en voz baja, recogiendo el mapa que se había deslizado al suelo.

—¿A quién le importa ahora qué flores son esas, Ben? —Maya se sujetó la cabeza, exhausta.

—Solo digo que es una planta completamente diferente —explicó Ben mientras se rascaba la cabeza ante las miradas impacientes de sus hermanos—. En la asignatura del invernadero aprendimos que la rosa es una planta de tierra; es muy sensible a la sal y no podría sobrevivir en un acantilado frente al mar. A diferencia de la orquídea de agua dulce, que necesita un manantial limpio para florecer.

—Muchas gracias por la información botánica —dijo Ariel en tono burlón, pero Ben no se dio por vencido. Cogió el dibujo de Diego y lo examinó de nuevo con profunda concentración, hasta que una idea cruzó su mente.

—¡Qué estúpido soy! —soltó Ben de repente—. Las orquídeas del dibujo... son orquídeas de agua dulce. Solo crecen en lugares donde hay un flujo constante de agua limpia procedente de las montañas. Jamás habrían aguantado en un acantilado frente al mar a menos que haya un manantial o un arroyo que fluya desde el interior de la roca.

Maya se quedó paralizada por un instante e inmediatamente comenzó a escanear el mapa con dedos temblorosos.

—Agua dulce... agua dulce... —murmuraba—. ¡Lo encontré! En la franja de la costa norte, en la Cala del Norte, hay una marca de un pequeño cauce de arroyo que desemboca directamente desde los acantilados al mar.

—Es ahí —sentenció Ariel y aumentó la velocidad. El todoterreno saltó hacia delante con un bramido—. Ben, eres un genio. Nos dirigimos al puerto de Santa María, desde allí conseguiremos una barca.

◆

El puerto de Santa María los recibió con un penetrante olor a pescado, gasóleo y restos de algas podridas bajo el sol abrasador. Las barcas amarradas en los muelles estaban abolladas, pintadas con capas desconchadas de azul y verde, y parecían mantenerse a flote únicamente por pura fuerza de voluntad.

Ben sintió que el estómago se le contraía por un hambre que se había transformado en un dolor sordo. Mientras Ariel y Maya avanzaban con determinación hacia los pescadores del muelle, él se percató de un pequeño puesto de madera sobre el que descansaban unas manzanas rojas y relucientes. Se aproximó al puesto, donde estaba sentada una chica local que lo escaneó con una mirada fría y sospechosa. Ben extrajo del bolsillo las últimas monedas que le quedaban y las depositó sobre el mostrador, pero la joven negó con la cabeza en señal de rechazo.

Señaló la manzana, y luego el tobillo de él; el simple collar de conchas que la niña de la casa comunal le había atado.

Ben se quedó congelado. Aquellas conchas eran su último vínculo con el único lugar donde se había sentido a salvo en mitad de toda esta locura. Contempló la jugosa manzana, que habría podido calmar el molesto hambre, y luego el salado collar. Apretó la mano en un puño, tragó saliva y dio la espalda al puesto sin pronunciar palabra. No lo entregaría. Ni por una manzana, ni por ninguna otra cosa.

Mientras tanto, en el muelle contiguo, subían los tonos estridentes.

—¡No, yo no os llevo allá! —gritaba un pescador anciano en un castellano cadencioso, agitando las manos en señal de desprecio—. ¡Es un lugar peligroso! ¡Estáis locos!

—¡Le pagaremos el doble! —gritó Ariel de vuelta, pero el pescador simplemente escupió a un lado y se marchó de allí a gran velocidad.

—Tiene miedo —dijo Maya, con el rostro pálido mientras traducía sus palabras a Ariel—. Dice que la marea de hoy es especialmente peligrosa, y que ningún hombre sensato se aproxima a los acantilados del norte cuando el mar está en ese estado.

De repente, un pescador más joven que estaba sentado en una barca pequeña y rápida junto a ellos se les acercó en silencio. Vestía una camiseta de tirantes sucia y su mirada carecía de expresión.

Contempló el mapa que Maya tenía en la mano y señaló la Cala del Norte.

—Está dispuesto a llevarnos —tradujo Maya en voz baja—, pero exige una cantidad desorbitada. Ariel, es casi todo el efectivo que nos queda.

Se apiñaron en un círculo cerrado sobre el desvencijado muelle.

—El dinero de Ayelet se supone que se transferirá a mi cuenta solo dentro de unos días —susurró Maya con desesperación—. Esto es todo lo que tenemos en los bolsillos para toda la semana entrante.

Ariel miró al joven pescador y luego a la entrada de la cueva que imaginaba más allá del horizonte.

—Vamos a por ello —sentenció y tendió al pescador el montón de billetes arrugados—. Esto es todo lo que tenemos.

El pescador examinó el dinero con una amplia sonrisa y les indicó con la cabeza que subieran.

—Advierte de que no puede aproximarse a las rocas —tradujo Maya mientras el motor comenzaba a bramar y la barca se alejaba de la costa—. Nos dejará en las aguas poco profundas y tendremos exactamente dos horas. Si no regresamos antes de que suba la marea... se volverá sin nosotros.

◆

La pequeña barca surcó las aguas oscuras y amenazantes, alejándose de los tonos turquesa reconfortantes de la costa habitada. Los acantilados se alzaban sobre ellos como las murallas de una fortaleza antigua e indiferente. Un viento fuerte y gélido comenzó a soplar, combatiendo contra los rizos de Maya, lanzándolos en todas direcciones y azotándole el rostro; amenazaba con hacerles perder el equilibrio sobre la cubierta mojada.

—¡Allí! —gritó Ben, señalando hacia la línea de unión entre la roca y el agua—. ¡Lo veo! ¡Lo violeta!

Entre las grietas del acantilado brillaban pequeñas manchas de un violeta intenso: las orquídeas. El pescador redujo la velocidad, y la barca comenzó a golpearse contra rocas ocultas bajo la superficie del agua.

—¡Hasta aquí! —gritó en castellano, negándose a aproximarse un solo centímetro más.

Uno tras otro saltaron al interior del agua. El impacto inicial fue como una descarga eléctrica; el agua salada les llegaba hasta la cintura, y la corriente traicionera intentaba arrastrarlos con fuerza de vuelta hacia el alta mar. Ariel gimió cuando una ola fuerte lo estampó hacia un lado; la sal le escocía en su brazo herido con un dolor que hizo que su vista se nublara por un instante. Maya y Ben lo sujetaron por ambos lados, sosteniéndolo mientras luchaban contra el fondo rocoso y resbaladizo hacia la boca de la cueva.

En cuanto entraron, el rugido abierto del mar se transformó en un eco hueco y amenazante. A medida que avanzaban, la salinidad familiar del mar se sustituyó por un aroma más fresco y dulce; una corriente de agua dulce y gélida comenzaba a manar desde las profundidades de la montaña y a fluir bajo sus pies. La luz se transformó en pesadas sombras, pero la belleza del lugar los impactó a pesar del miedo: estalactitas mojadas brillaban bajo la luz de las linternas como diamantes brutos.

—¿Quién habría creído que algo así se ocultaba aquí? —susurró Ben, pasando el haz de luz por el alto techo.

—Si le hiciera una foto de esto a papá, se volvería loco —añadió Ariel con una sonrisa dolorosa, sosteniendo el brazo cerca del pecho.

—Lo más probable es que te matara antes de que le diera tiempo a volverse loco por la belleza —respondió Maya secamente, trayéndolos de vuelta a la realidad—. Tenemos que avanzar. La corriente está cambiando y la marea asciende.

El camino se volvió estrecho a cada instante, obligándolos a agacharse. A Ariel le costaba mantenerse firme; los dedos le

temblaban por el esfuerzo y el frío, y cada vez que su hombro chocaba contra la pared de la cueva, se mordía los labios hasta sangrar para no gritar.

De repente, Maya se detuvo. Su linterna se posó sobre una hendidura profunda en forma de equis en la pared de piedra.

—No puede ser —susurró con la voz trémula—. Vimos esta marca ya hace diez minutos. Ya hemos estado aquí.

—¡El agua ya nos llega a las rodillas! —Ben casi gritó—. ¡Estamos caminando en círculos! ¡Si no salimos de este laberinto, nos ahogaremos!

La alarma comenzó a filtrarse, más densa que la propia penumbra, y entonces llegaron los sonidos. Gritos masculinos y pisadas de botas pesadas resonaron desde lo profundo de los túneles. Sonaba exactamente como Javier. Lo comprendieron de inmediato: no había adivinado el camino; estaba siguiendo las copias del diario del abuelo.

—Apagad las luces —ordenó Maya en un susurro.

—¡¿Qué?! ¡No veremos nada! —protestó Ariel.

—Apagadlas —insistió ella—. La vista solo nos confunde con estas sombras. Tenemos que identificar de dónde viene la corriente de aire, allí está la salida.

Permanecieron en fila de a uno en absoluta oscuridad, sujetándose el uno a la mochila del otro. Maya cerró los ojos, concentrándose en cada matiz más allá de los latidos de su corazón. Escuchaba el agua ascendiendo y los gritos distantes, y entonces... una caricia sutil y fresca de viento seco que venía de arriba.

—Por allí —susurró.

Comenzaron a trepar por un desfiladero estrecho y empinado, con las manos tanteando con cuidado sobre las rocas húmedas. Aunque los ojos comenzaban a acostumbrarse a la oscuridad, la visibilidad seguía siendo borrosa y traicionera. Maya sintió que algo en la

textura de la pared a su lado cambiaba; no era la roca bruta y rugosa de la cueva, sino algo más liso e intencionado.

—Esperad —ordenó en un susurro.

Pasó las palmas de las manos por la superficie, sintiendo una protuberancia fría y rígida incrustada dentro de un hueco tallado en la roca.

—Está aquí.

Ben encendió la linterna un breve instante. Dentro del muro había una pequeña caja de metal, sellada con una gruesa capa de cera. Maya la extrajo conteniendo la respiración. Bajo la cera se podía distinguir un grabado antiguo de una flor de loto y, en su centro, la marca clara de un diamante negro.

—Lo encontramos —susurró.

El agua a sus espaldas ya había crecido y bloqueaba por completo el camino por el que habían venido.

—¿Cómo salimos? —preguntó Ariel con desesperación, contemplando la vía transformada en un arroyo torrencial.

Ben giró la cabeza y captó un rayo de sol cálido y fino que penetraba a través de una grieta alta en el lado opuesto, allí donde el viento soplaba con fuerza.

—¡Hay continuación por ahí! ¡Seguidme!

Se arrastraron a través de la estrecha grieta, empujándose con fuerza por las hendiduras de la colosal cresta, hasta que irrumpieron fuera, hacia el sol cegador. Se encontraban sobre una cresta de roca alta en la otra vertiente de la montaña, con sus ropas empapadas de sal y lodo, pero el panorama ante ellos había cambiado por completo. En lugar de los acantilados dentados y el mar bravío de la vertiente norte, se extendía debajo una playa llana, dorada y pacífica, protegida por la cresta que acababan de cruzar.

—No podemos regresar a la barca —murmuró Ariel, mirando hacia atrás y no divisándola en las cercanías.

Ben señaló hacia el horizonte, donde ascendía un hilo delgado de humo de una hoguera distante que ardía sobre la arena.

—No vamos a regresar —dijo con voz baja y segura.

Comenzaron a descender hacia la arena cálida, tres pequeñas sombras que portaban en sus manos una caja de cera sellada y misteriosa.

Capítulo 18

Una fina y pálida luz de luna se extendía sobre la superficie del agua, proyectando largas sombras sobre la tranquila playa. Tras el rugido interminable de la cueva y el bramido de las olas, el silencio de aquella orilla se sentía casi ensordecedor. Los tres estaban sentados sobre la arena fría, con sus ropas manchadas por cercos blancos de sal que se habían secado y endurecido sobre el tejido, y con el cuerpo dolorido por cada golpe sufrido contra las rocas.

—Ya está, nos vamos a morir aquí —la voz quebrada de Ben rasgó el silencio.

Maya tragó saliva con dificultad. El humo de la hoguera que habían buscado antes había desaparecido por completo, sin dejar rastro. Aquella playa era mucho más amplia y grande de lo que habían calculado y, sin un reloj que les indicara la hora, les parecía que llevaban caminando en círculos durante horas.

Ariel suspiró, con una respiración pesada y entrecortada.

—Deja de ser tan dramático —murmuró, a pesar de que su rostro estaba pálido como la cal.

Con las manos ligeramente temblorosas, y mientras luchaba contra el dolor que latía en su brazo herido —un dolor que parecía intensificarse a medida que el cuerpo se enfriaba—, extrajo su navaja. Con cuidado, comenzó a raspar la capa de cera oscura que cubría la caja de metal, revelando debajo el antiguo grabado de la flor de loto. La cera caía sobre la arena en escamas duras, dejando

al descubierto un metal frío y oxidado que había permanecido sellado durante siglos.

—Si no nos morimos de este hambre devoradora, lo más probable es que nos congelemos —continuó Ben, y su voz se volvió frágil bajo el peso del viaje. Miró con nostalgia las olas que brillaban bajo la luna —. Míranos, dando vueltas en el fin del mundo en busca de un tesoro estúpido. Empiezo a echar de menos a mamá y a papá. Incluso sus gritos.

—Lo sé. Lo siento, Ben-ben —Maya se dejó caer sobre la arena, apoyándose en la pesada mochila que llevaba a la espalda. Se echó el cabello hacia atrás, con los ojos perdidos en la oscuridad—. No debí llegar tan lejos. Deberíamos haber cogido el primer vuelo a Israel cuando tuvimos la oportunidad. Todo es culpa mía.

Ben se sentó justo a su lado, con un aspecto menudo y frágil. Se abrazó las rodillas con los brazos en un intento de frenar el temblor que lo dominaba.

Ariel no respondió. Tenía los ojos clavados en el pergamino doblado que acababa de extraer de la caja. Las palabras, que resultaban incomprensibles bajo la capa de cera, comenzaron a aclararse poco a poco bajo la luz de la luna, pero la decepción los golpeó como una ola congelada. La caligrafía era densa, enrevesada y llena de extraños ornamentos; la misma escritura antigua que habían encontrado en la fortaleza. Las letras se asemejaban más a las enredadas raíces de un árbol que a palabras reales.

—No consigo leer nada —siseó Ariel con frustración, recorriendo las líneas con la mirada—. Pero estas palabras me resultan familiares...

Ben miró por encima de su hombro.

—Es el mismo idioma del mensaje de la fortaleza. Seguro.

—Trae el ordenador —le urgió Ariel a Maya, con voz ronca por el agotamiento—. Ben podrá traducirlo, igual que la última vez.

Maya extrajo el portátil de la mochila. Pulsó el botón de encendido con una oración silenciosa, pero la pantalla permaneció negra y

muda. Presionó de nuevo, de forma más prolongada, con más fuerza, hasta que el dedo le dolió. Nada.

—Déjame adivinar, se ha quedado sin batería —suspiró Ben en una desesperación absoluta.

—No estoy segura —la voz de Maya se quebró. Contempló el dispositivo apagado con total impotencia—. Quizá la humedad de la cueva lo ha destruido. Simplemente no enciende.

Se quedaron mirando la pantalla apagada y luego el misterioso pergamino. El mayor indicio de la historia de su familia estaba frente a ellos, al alcance de la mano, pero permanecía bloqueado tras una lengua muerta y un aparato electrónico que se negaba a despertar.

—No podemos hacer nada sin electricidad, y menos en esta oscuridad —dijo Ariel finalmente. Cerró la caja y la apretó contra su pecho con fuerza, como si temiera que fuera a desvanecerse—. Hay que dormir. Si no descansamos, nos vamos a desplomar aquí mismo sobre la arena.

Se tumbaron uno al lado del otro, apiñándose para mantener el calor corporal frente a la fresca brisa marina. Maya cerró los ojos, pero la forma de aquellas extrañas letras del pergamino permaneció grabada en su mente.

◆

Maya abrió los ojos de golpe, con el corazón batiéndole con fuerza contra las costillas. Sentía la fina arena pegada a la mejilla y la sal escociéndole en los ojos, pero algo distinto captó su atención: un aroma dulce, intenso y embriagador. Un olor que no pertenecía al mar.

Se incorporó despacio, sacudiéndose la arena del revuelto cabello. A escasos metros de ellos, sobre una roca llana e iluminada por el sol, había una cesta de mimbre trenzado. En su interior descansaban trozos cortados de papaya y mango, cuya pulpa de un naranja brillante relucía bajo la luz de la mañana.

Maya escaneó la playa con nitidez; estaba vacía y silenciosa, a excepción del susurro de las olas en retirada. Gateó hacia la roca sobre sus rodillas, con las manos temblando por el hambre y la impresión. El primer bocado de mango resultó casi doloroso de tan dulce. El jugo frío empapó su garganta, seca como el papel de lija, goteando por su barbilla y manchando el cuello de su camisa. Comió con voracidad, sintiendo el azúcar fluir por su sangre y devolver el color a sus mejillas.

—Ariel... Ben... despertad —murmuró con la boca llena, sacudiendo el hombro de Ariel.

—¿Qué... quién va? —Ariel dio un brinco, llevando la mano instintivamente hacia la caja que estaba depositada a su lado. Parpadeó frente al sol cegador, clavando la mirada con estupefacción en la cesta y en Maya, manchada de jugo—. ¿De dónde ha salido esto?

Ben se despertó despacio, frotándose los ojos hinchados.

—¿Ha estado alguien aquí por la noche?

—No lo sé —disquio Maya, limpiándose la barbilla con el dorso de la mano—. La playa parece abandonada, pero alguien nos ha dejado una señal de vida.

Ben tomó su lugar junto a la cesta, mordiendo la papaya con incredulidad. Ariel se levantó a duras penas, soltando un leve lamento por un dolor agudo en la espalda y en su hombro herido. Pegó el brazo lesionado a su cuerpo y miró hacia la dirección donde la noche anterior habían divisado el humo.

—La hoguera se ha apagado. No tenemos idea de hacia dónde ir desde aquí.

—En realidad, sí —dijo Ben de repente. Señaló la arena blanda que rodeaba la roca—. Mirad.

Unas huellas de pies pequeñas y delgadas, de alguien que caminaba descalzo, estaban claramente impresas en la arena húmeda. No procedían del mar, sino de un sendero estrecho que se ocultaba

entre los matorrales silvestres y los cactus de la línea de la costa. Las marcas eran frescas y se dirigían de forma intencionada hacia el interior.

—Quien haya dejado esto quiere que lo sigamos —diquo Maya con una esperanza renovada que se abrió paso a través del agotamiento.

—No tenemos otra alternativa —cortó Ariel. Se ajustó las correas de la mochila al hombro, esmerándose en no delatar cuánto le dolía el esfuerzo a su brazo en recuperación—. Necesitamos agua y electricidad para el ordenador. Si estas huellas conducen a donde hay gente, vamos. Pero estad alertas. No sabemos qué nos aguarda al final del camino.

Comenzaron a caminar, tres siluetas cansadas sobre el fondo del sol naciente, siguiendo los pequeños pasos de la figura oculta hacia lo que parecía ser un pueblo aislado: Santa Clara.

◆

El estrecho sendero los condujo a través de una densa vegetación de cactus carnosos y arbustos que arañaban sus piernas descubiertas. A medida que avanzaban, la tierra se volvía menos arenosa y más firme. Un penetrante olor a pescado salado y a humo de leña les llegó a la nariz y, tras un recodo, apareció el pueblo.

Santa Clara no se parecía a ninguna postal turística. Era un conjunto de casas de adobe y bloques de hormigón pintados en tonos desconchados: azul celeste, rosa pálido y verde intenso. La ropa multicolor se agitaba entre los tejados y varios perros flacos yacían a la sombra de barcas invertidas. Los lugareños, pescadores curtidos por las arrugas y mujeres con ropas sencillas, interrumpieron sus tareas y contemplaron a los tres extranjeros que se habían retirado del mar con una silenciosa suspicacia.

—Necesitamos un sitio donde quedarnos —susurró Ariel. Su mano vendada, que se había vuelto gris por el polvo, apretó el agarre de la mochila—. Y tenemos que cargar el ordenador.

Se detuvieron frente a una pequeña tienda de comestibles con un cartel desgastado. En el interior, detrás de un viejo mostrador de madera, se erguía un hombre de hombros anchos cuyo rostro semejaba cuero curtido por el sol. Examinó los cercos de sal en sus ropas y la cara de Maya, que seguía polvorienta y manchada de jugo de frutas.

—Buscamos trabajo, no tenemos dinero ahora mismo —comenzó Ariel en inglés. Su cuerpo temblaba un poco por el cansancio, pero su voz permaneció firme. Había detectado un generador oxidado en una esquina, que expulsaba humo negro—. Pero puedo trabajar, ayudarle aquí en la tienda. A cambio de una habitación por una noche.

El hombre, Pedro, examinó la lesión que cicatrizaba en el brazo de Ariel y la mirada determinada de sus ojos. No estaba acostumbrado a que los extranjeros ofrecieran sudor en lugar de pedir caridad.

—¿Quiénes sois? ¿Cómo habéis llegado aquí? —preguntó con voz ronca.

—Eso no importa —Maya salió en su ayuda, con un castellano nítido y firme. Comenzó a retroceder con sus hermanos hacia la puerta con resolución—. Si no quiere, probaremos en otro lugar.

—Esperad —llamó Pedro a sus espaldas—. Hay una habitación detrás. Polvorienta, pequeña. Y hay que organizar un cargamento de harina que ha llegado esta mañana. Si terminas antes de la puesta de sol... la habitación es vuestra.

La habitación era exactamente como Pedro la había descrito: pequeña y sofocante, con olor a polvo y a especias viejas.

—Esto parece una celda —susurró Ben, depositando la mochila en el sucio suelo mientras el movimiento de las baldosas rotas producía un chasquido.

—Al menos es un techo —respondió Maya. Se sentó en el suelo, buscando un enchufe en la pared desconchada, mientras Ariel y Ben salían fuera, bajo el sol abrasador.

Las horas transcurrieron con pesadez. Cuando Ariel y Ben regresaron, sus camisetas estaban empapadas de sudor y el polvo blanco de la harina los cubría como una extraña nieve. A pesar del esfuerzo, en los ojos de Ariel había un destello de satisfacción. No solo había cargado los sacos; había conseguido reparar la correa suelta del generador de Pedro utilizando su mano sana.

A cambio, Pedro depositó en su mesa una jarra de agua fría y un cuenco de arroz con alubias que les pareció un banquete de reyes. Comieron en silencio, sintiendo cómo las fuerzas regresaban a sus cuerpos exhaustos.

◆

Al caer la penumbra, el pueblo cambió. Sonidos de percusión y trompetas resonaron entre los callejones, y el aire se llenó de un olor a plátanos fritos y a los perfumes de las mujeres.

—Hoy es la fiesta de los pescadores del pueblo —explicó Pedro con una pequeña sonrisa—. Podéis aprovechar el silencio o uniros a nosotros.

La plaza central estaba decorada con banderas de colores que se extendían entre los tejados. Varias mujeres con anchos vestidos de algodón bailaban en círculos, mientras los hombres golpeaban grandes tambores con ritmos que hacían vibrar la tierra.

—Mirad el cartel —susurró Ben.

Un concurso de baile tradicional: un primer premio de cien dólares.

—¿Cien dólares? —Ariel pareció sorprendido.

—Ese dinero nos ahorrará días de caminata —dijo Ben, lanzando una mirada hacia Maya.

Ella suspiró incluso antes de que pudieran preguntar.

—De acuerdo, lo haré.

Maya ocupó su lugar en el extremo del escenario con sus ropas manchadas de sal y arena. Permanecía allí, como una absoluta

extraña con rizos endurecidos por el azote del mar, al lado de las bailarinas locales, que estaban bien arregladas. Los jóvenes acudían al escenario y elegían parejas con confianza; nadie se apresuraba a extender la mano a una turista que parecía recién expulsada de las rocas.

La vergüenza la quemaba, pero Maya no se rindió. Se mantuvo erguida, con la barbilla alta. De repente, una mano bronceada se desplegó frente a ella. Nalo, un chico local joven con una amplia sonrisa y ojos verdes claros, la miró con invitación. Ella depositó su mano en la gran palma de él.

En cuanto la música estalló, Maya lo olvidó todo. El ritmo latino le hizo vibrar los huesos. Dejó que la música se apoderara de su cuerpo dolorido, transformando el agotamiento en una energía eléctrica. Sus pasos eran nítidos y llenos de una confianza que sorprendió incluso a su pareja. Giraba su cuerpo con precisión, y sus rizos se agitaban a su alrededor como una aureola salvaje.

El público, que al principio la había mirado con escepticismo, comenzó a aplaudir a un ritmo unísono. Maya no solo bailaba; luchaba por la supervivencia de todos ellos. Destacaba en cada giro, dejando atrás al resto de los bailarines con la energía de alguien cuya vida dependiera del ritmo de los tambores. Ariel y Ben permanecían a un lado, estupefactos. Por un instante, todo se sentía normal.

Pero entonces, en el clímax del baile, al girar la cabeza con una sonrisa de victoria hacia el público, su mirada se clavó en una sombra en el extremo de la plaza.

Allí, a la sombra de los edificios, permanecía Daniel. Se mostraba demasiado relajado con una camisa de lino blanca y un sombrero de paja, como si perteneciera a ese lugar desde siempre. El corazón de Maya se desplomó. No sabía si estaba delirando por el cansancio o si su pesadilla se materializaba ante sus ojos.

Nalo percibió el cambio inmediato. La tensión en los hombros de ella se transformó en rigidez, y los pasos ligeros se volvieron pesados y

sin rumbo. La sincronización entre ambos se agrietó. Él intentó guiarla de vuelta al ritmo, pero la realidad a su alrededor comenzó a tambalearse.

Los colores intensos de los vestidos se mezclaron en una densa niebla. La silueta de Daniel se multiplicó ante sus ojos. El fuerte calor y la impresión paralizante doblegaron lo que quedaba de sus fuerzas. Sintió que los pulmones se le vaciaban de aire; el batir de los tambores resonaba en su cabeza como un martillo.

Maya intentó apoyar la mano en el hombro del bailarín para estabilizarse, pero no lo consiguió. Se desplomó sobre el escenario de madera con un impacto sordo, mientras el agotamiento y la niebla se apoderaban de todo. Lo último que penetró en su mente borrosa fue el grito ardiente de Ariel, que se abría paso entre la multitud hacia ella.

Capítulo 19

Una oleada de frío golpeó el rostro de Maya. No era la noche exterior, sino el contacto húmedo de un paño mojado depositado sobre su frente. Emitió un lamento y, al abrir los ojos, el polvoriento techo de madera se le apareció como un confuso entramado de grietas y telarañas que giraban sobre ella.

—Se está despertando —susurró una voz conocida. Ben.

Maya se incorporó de golpe, y su último recuerdo la sacudió como una descarga eléctrica.

—Daniel —murmuró, con una voz ronca y debilitada. Aferró con fuerza el brazo de Ariel, que se inclinaba sobre ella, buscando un anclaje en la realidad—. Daniel... estaba allí... —soltó, mientras su mente intentaba estabilizar el mundo, que todavía se inclinaba hacia un lado.

Ariel intercambió una rápida mirada con Ben. En su rostro no había temor, sino una profunda preocupación.

—Maya, tranquilízate. Bebe agua —dijo en voz baja.

Ben le tendió una vieja taza de hojalata que desprendía olor a óxido.

—Está aquí. Vestía una camisa de lino blanca y me miraba directamente —insistió ella, recorriendo con la mirada la oscura habitación como si él se ocultara entre las sombras.

—Maya, escúchame —Ariel colocó una mano tranquilizadora sobre su hombro—. Te has desmayado. Gritaste su nombre justo antes de desplomarte en el escenario. Ben y yo hemos registrado toda la plaza, cada callejón, cada rincón bajo el muelle. No está aquí.

Sus palabras eran firmes, intentando apaciguar el batir de su corazón.

—Estaba allí —su voz comenzó a temblar, y su seguridad se agrietó ante las miradas compasivas de sus hermanos—. Yo lo vi. No ha sido una alucinación.

—El médico local ha dicho que es una combinación de fiebre alta y agotamiento —añadió Ben en voz baja—. No has comido nada y llevas días sin dormir. Tu mente simplemente ha extraído tu mayor temor y se lo ha colocado a alguien del público. A eso se le llama delirio por inanición, Maya.

Maya se silenció. Contempló sus manos temblorosas, todavía sucias por el polvo del escenario. El silencio en la habitación se volvió pesado, roto únicamente por el lejano estridular de los grillos.

—En cualquier caso —dijo Ariel en un intento de mejorar el estado de ánimo, extrayendo un puñado de billetes arrugados de su bolsillo —, has ganado. El público no dejó de vitorear incluso cuando te sacamos en brazos. La mitad del premio se la ha llevado el chico que bailó contigo. Con el resto le he pagado a Pedro unas cuantas noches más. Necesitamos este descanso antes de continuar.

Maya asintió despacio y tomó el dinero, sintiendo una vergüenza abrasadora. No solo se había desplomado ante un pueblo entero, sino ש֫ahora sus hermanos estaban convencidos de que estaba perdiendo la cordura. Sintió una imperiosa necesidad de salir de la

sofocante habitación, de demostrarse a sí misma que seguía dueña de sus sentidos.

—Estoy bien —dijo mientras se limpiaba el rostro. Se levantó despacio, ignorando el leve mareo—. Solo necesito un poco de aire fresco.

—Te acompaño —Ben dio un brinco.

—No, estoy bien, Ben-ben. Solo necesito un instante de tranquilidad.

—Maya, todavía estás pálida —advirtió Ariel.

—Solo salgo a despejarme —prometió, esmerándose en que su voz sonara estable.

Sin embargo, en su fuero interno, el objetivo era otro. No iba a despejarse; iba a encontrar una prueba de que no estaba loca. Iba a buscar a Daniel por sí misma.

◆

Maya salió a la dorada luz de la mañana, que se sentía limpia y nítida tras el torbellino de la noche. El aire era más fresco que el sofocante calor de la plaza, y el olor salado del mar se mezclaba con el aroma a café recién tostado sobre el fuego abierto. Caminó por los callejones, escaneando con nitidez cada rincón sombrío. Seguía buscando el cerco del lino blanco, la mirada que le confirmara que no lo había imaginado; pero el pueblo esta mañana se mostraba vivo, palpitante y desprovisto de amenazas.

—¡Ahí está! ¡La bailarina! —le gritó una voz femenina.

Maya se detuvo, confusa. Una mujer anciana, cuyo rostro estaba surcado por profundas líneas de expresión debidas a años de labor bajo el sol, asomó por el umbral de una casa rosa. En sus manos sostenía ropas limpias, cuidadosamente dobladas.

—Esto es para ti, niña. Un obsequio para nuestra ganadora —dijo mientras se las tendía.

Maya tartamudeó un agradecimiento, pasando los dedos sobre el fino y perfumado tejido de algodón. La vergüenza de la víspera se sustituyó por una extraña calidez.

A medida que avanzaba hacia la línea del agua, los cumplidos continuaron. Un pescador en el muelle le tendió un pescado fresco envuelto en una hoja de plátano, y en la pequeña panadería le entregaron un trozo de pan de maíz caliente cuyo aroma le trastocó los sentidos.

—Come, linda, necesitas fuerzas —le dijo el panadero con una sonrisa.

La búsqueda la condujo hasta el extremo del pueblo, hacia la arena blanda. Allí, en la orilla, estaba sentada la silueta de una niña pequeña. Su cabello negro permanecía trenzado en largas trenzas decoradas con hilos de lana roja. Al reparar en Maya, la pequeña se levantó de un salto y corrió hacia ella con una sonrisa, sosteniendo una cesta de frutas: exactamente igual a las que habían encontrado la primera mañana.

—Fuiste tú —dijo Maya con dulzura, sentándose a su lado en la cálida arena—. Tú nos trajiste las frutas, ¿verdad?

Un rubor de timidez se extendió por las mejillas de la pequeña.

—Gracias —continuó Maya, con la voz ligeramente quebrada—. Nos salvaste.

Alrededor del cuello de la niña descansaba una piedra azul sencilla sujeta por un cordón oscuro. No respondió con palabras, sino que se inclinó hacia delante y garabateó en la arena húmeda: *¿Cómo te encuentras?* Acto seguido, se llevó una mano a la cabeza y cerró los ojos con una gracia cómica, imitando la caída de Maya.

Maya esbozó una sonrisa cansada.

—Mejor. Un poco mareada, pero viva.

La niña dibujó un gran signo de interrogación: *¿Qué pasó?*

—Simplemente no pude mantener el ritmo —admitió Maya—. Tenía demasiada hambre. Mi cerebro simplemente apagó el motor.

La pequeña asintió con seriedad, extrajo un mango dorado y se lo tendió.

—Gracias —dijo Maya, sintiendo la piel de la fruta cálida por el sol—. Dime, ¿quién te enseñó a hablar así? ¿En la arena?

La niña sonrió con orgullo y movió las manos en gestos rápidos y complejos. Maya negó con la cabeza, perdida.

—Eso es demasiado rápido para mí.

La pequeña se detuvo, tomó aire y volvió a hacer los gestos despacio. Por cada movimiento, escribía una letra mayúscula en la arena: *P... A... P... A*.

—¿Tu papá? —preguntó Maya con sorpresa.

Ella asintió con energía. Maya intentó imitar uno de los movimientos, pero sus dedos resultaban torpes. Rompió en una carcajada limpia y la niña le corrigió con delicadeza la posición del pulgar. Se rieron juntas, un sonido nítido que se mezcló con la espuma de las olas. Por un instante, Maya se olvidó de su búsqueda de Daniel.

La niña garabateó de nuevo: *¿Cómo te llamas?*

—Maya —respondió—. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

Se inclinó para plasmar su nombre, pero en ese momento brotó una voz masculina desde el pueblo:

—¡Sofía! ¡Sofía!

Se levantó de un salto a gran velocidad, sacudiéndose la arena de su vestido blanco. Maya se levantó tras ella y le tendió la mano para un cálido apretón.

—Encantada de conocerte, Sofía.

Sofía le estrechó la mano, le dedicó una última sonrisa llena de luz y desapareció corriendo entre los callejones. Maya se quedó sola en la

playa, con el sabor dulce del mango y una sensación de esperanza que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

◆

La tarde caía sobre Santa Clara, tiñendo el cielo de un violeta profundo. Ariel y Ben habían salido hacia el pozo central para abastecerse de agua y traer víveres, y Maya se había quedado en la habitación con los obsequios que había recibido: el vestido de algodón, el pan y el pescado. A pesar de haber prometido a sus hermanos que permanecería en el interior, la sensación de asfixia entre los muros de adobe la venció.

Necesitaba respirar. Se escabulló por la puerta trasera hacia el callejón lateral, alejándose de la ruidosa plaza. El callejón estaba oscuro, iluminado únicamente por débiles focos de luz procedentes de las ventanas de las casas. Maya dio unos pasos, disfrutando del silencio, hasta que escuchó un leve sonido. El roce sordo de una tela contra la pared seca. Se quedó congelada.

—¿Ariel? ¿Ben? —susurró, pero solo el viento le respondió.

Giró en el recodo del callejón para regresar a la habitación, y entonces lo vio.

Estaba apoyado en la pared, a la sombra de una palmera, con una naturalidad que infundía pavor. Vestía una camisa de lino blanca y sostenía en la mano un sombrero panamá local. La luz de la luna reveló la sonrisa familiar: la sonrisa fría y cortés plasmada en su rostro.

—Fue una actuación impresionante la de ayer, Maya —la voz de Daniel se deslizó en el silencio como un cuchillo—. Espero no haberte asustado demasiado.

La sangre se retiró de su rostro. Sus piernas amenazaron con fallar, pero esta vez no por miedo, sino por una rabia pura que exigía estallar.

—Daniel —exhaló su nombre, y el sonido se sintió como un sabor amargo en la boca—. Sabía que eras tú. Sabía que no estaba

delirando.

La rabia que burbujeaba en su interior no iba dirigida únicamente hacia él. Iba dirigida hacia sí misma, por aquel instante en el que se había permitido escuchar su voz y pensar que tal vez, solo tal vez, había en él un resquicio de verdad. Le enfurecía la ingenuidad de haber creído encontrar un aliado, cuando en realidad solo le había abierto la puerta a un hombre que los veía como un medio para alcanzar un fin.

—¿Dónde te has escondido todo el día? —elevó la voz, y el dolor de su traición le atravesó el corazón. Daniel la contemplaba; veía el leve temblor en las yemas de sus dedos, la forma en que ella luchaba por mantener la espalda erguida a pesar de todo—. ¿Cómo nos has encontrado? —le espetó, con la voz trémula—. Fuimos cautelosos. No dejamos ningún rastro.

—Fuisteis cautelosos, Maya. De verdad —dijo Daniel, y su mirada se desvió un instante hacia un lado, como si le costara sostenerle la vista ante los estragos que había causado—. Pero Javier encontró en el diario unas coordenadas que tu abuelo había cifrado: algo sobre un lugar lleno de vida, aislado de la gente en mitad de la nada. Hablaba de este pueblo... Lo seguí en la cueva, pero su rastro se perdió al salir de allí. No creí que tuviera razón hasta que llegué aquí por mi cuenta.

Daniel dio un paso hacia delante, internándose en la débil luz. Desprendía un olor a jabón limpio, ajeno al aroma salado del pueblo.

—Maya, estoy aquí para ayudaros —dijo con suavidad.

La amarga mueca de ella le dejó claro lo que opinaba de la propuesta.

—Sé que no tienes motivos para creerme —continuó—, pero ahora no estoy del lado de nadie. No es que os haya delatado. Sí, buscaba el tesoro, pero...

—¿Qué quieres de mí? —lo interrumpió Maya con desprecio—. ¿Esperas que escuche tus historias de ayuda después de habernos

mentido y habernos dejado atrás?

Sintió que la garganta se le cerraba, no por el miedo a Javier, sino por la vergüenza ante sus hermanos, que la aguardaban en la habitación.

—Debería haber escuchado a Ariel y a Ben —susurró, e incluso aquellas palabras se sintieron como un peso sobre su corazón—. Ellos te calaron desde el primer instante. Me advirtieron que no confiara en ti, y yo... yo insistí en que eras diferente.

Le sostuvo la mirada a sus ojos fríos.

—Pensé que tu dureza era una coraza, ש alguien te había herido alguna vez. Pero me equivoqué —su voz era más firme que nunca, pero en sus ojos brillaba una vulnerabilidad que no logró ocultar—. Esos muros no son una defensa. Son una elección para utilizar a cualquier persona con tal de conseguir lo que quieres. No te estás protegiendo, Daniel. Simplemente estás vacío por dentro.

Daniel se quedó congelado. Sus manos apretaron el agarre de su sombrero panamá hasta que el blanco de sus nudillos se hizo evidente. Veía la decepción en los ojos de ella; una decepción que le escocía más que cualquier amenaza física. Maya vio cómo la seguridad de él se agrietaba; tensó la mandíbula, encajando sus palabras como golpes que no tenía forma de repeler. Permaneció en silencio.

Maya le dio la espalda y comenzó a caminar, sintiendo la mirada de él clavada en su retaguardia, pesada y cargada de un arrepentimiento que todavía no había sido expresado.

—Javier no murió en la galería, Maya —su voz la detuvo en seco. El corazón de ella comenzó a desbocarse—. Sabe que estáis vivos y sabe que tenéis el indicio. Si yo os he encontrado, es solo cuestión de tiempo que él también llegue.

Maya no se giró, pero las palabras resonaron en su cabeza. El reloj se había invertido. Su tiempo en Santa Clara se estaba agotando.

Capítulo 20

La puerta trasera de la tienda de comestibles chirrió sobre sus bisagras oxidadas, un sonido estridente que cortó el silencio sofocante. Maya permanecía allí, congelada, con Daniel plantado frente a ella en el estrecho espacio de piedra. No se parecía al hombre seguro de sí mismo que habían conocido en la fortaleza; sus anchos hombros estaban encorvados y en sus ojos se vislumbraba una sombra de culpa; la mirada de un hombre que ha perdido su rumbo e intenta encontrarlo entre los escombros de su traición.

—Maya, tienes que escucharme —susurró con una voz rápida y compacta—. No tenemos tiempo. No estoy aquí para haceros daño.

—Sal de aquí, Daniel —lo interrumpió ella con nitidez. Su espalda se pegó al estante de madera cargado de sacos de harina. Le temblaban las manos, pero su voz era dura y estable—. No quiero escuchar ni una palabra. Simplemente vete.

—Javier está en camino —continuó él, dando un paso al frente e internándose en su espacio personal—. Sabe que estáis vivos. Si no salís de este pueblo en unas horas...

En ese preciso instante, la puerta principal se abrió con un golpe que sacudió la estancia. Ariel y Ben entraron, con los brazos cargados de cajas que habían recibido de Pedro. Pedro entró tras sus pasos, con un pesado saco de patatas sobre el hombro.

El silencio que cayó en la habitación resultó más violento que cualquier grito. Ariel reconoció la silueta de Daniel en una fracción de segundo. La caja que llevaba en las manos aterrizó sobre el mostrador de madera con un estrépito metálico espantoso. Su rostro se encendió de pura rabia; todos los agravios que Daniel había dejado atrás estallaron de golpe.

—¿Qué demonios hace este aquí? —Ariel rechinó los dientes con una voz que sonó como el gruñido de una bestia herida.

—¡Ariel, no! —gritó Maya, pero reconoció la tensión en los músculos de su hermano y supo que era demasiado tarde.

—Solo he venido a... —intentó decir Daniel, con las manos levantadas en son de paz, pero no le dio tiempo a terminar.

Ariel arremetió hacia delante. Las palabras se habían agotado hacía tiempo. El primer puñetazo impactó en la mandíbula de Daniel con una fuerza que le lanzó la cabeza hacia atrás. Daniel perdió el equilibrio y cayó sobre una pila de sacos de harina; una nube de polvo blanco se elevó en el aire y los cubrió a ambos.

Daniel no devolvió el golpe. Solo levantó las manos en una defensa débil, intentando incorporarse, pero Ariel ya estaba sobre él. Enredó los dedos alrededor del cuello de la camisa de lino blanca de Daniel y lo estampó contra la fría pared de piedra.

Daniel se asfixiaba bajo el agarre. Sus ojos se desviaron hacia Maya en una petición de auxilio totalmente impotente. Ben agarró a Ariel por el hombro y tiró de él hacia atrás con todas sus fuerzas.

—¡Ariel, para! ¡Lo vas a matar!

Pedro arrojó el saco de sus manos y se interpuso entre ellos. No comprendía el idioma de los muchachos, pero el lenguaje de la violencia le resultaba evidente. Empujó a Ariel hacia atrás con una fuerza que lo estampó contra la mesa de madera.

—¡Basta! —rugió Pedro en castellano. Señaló con un dedo acusador la puerta y luego a Daniel y a Ariel alternativamente—. ¡No quiero problemas aquí! ¡Vuestros asuntos los arregláis fuera!

Maya avanzó con rapidez, con el rostro ardiendo de vergüenza. Murmuró una disculpa quebrada en castellano y agarró a Ariel de la manga, tirando de él hacia la salida. Ariel respiraba con pesadez, con la mano aún hecha un puño. Lanzó una última mirada de odio a Daniel, quien se limpiaba la sangre del labio con mano temblorosa. Daniel solo asintió en silencio, aceptando el veredicto.

◆

El viento fuera era gélido, portando una densa brisa salada que les escocía en la piel. Permanecían en la línea de la costa, lejos de los

callejones, en mitad de un silencio que solo se rompía por el bramido de las olas.

—He intentado cargar el ordenador —soltó Ben de repente con voz agrietada—. No enciende. El agua de la cueva lo ha liquidado. Todas las traducciones del abuelo... todo ha muerto. —Se golpeó el muslo con frustración.

Daniel levantó la vista despacio.

—Yo puedo ayudaros a traducir eso. Conozco el dialecto que utilizó Catalina. No necesito un ordenador para leer sus palabras.

—¿Te crees que somos estúpidos? —Ariel caminó hacia él, pero Maya se interpuso como una barrera entre ambos.

—Lo cierto es que no tenéis alternativa —respondió Daniel, y un destello de la antigua dureza regresó a sus ojos—. Si no aceptáis mi ayuda y os largáis de aquí de inmediato, Javier os encontrará.

—¿Tú sabías algo de esto? —le preguntó Ariel a Maya al reconocer la expresión de su rostro.

—Me lo ha dicho antes —dijo Maya—. Sostiene que Javier consiguió salir y que está en camino hacia aquí.

—¿Y cómo lo sabes tú exactamente? —Maya se cruzó de brazos—. Todo lo que sale de tu boca son mentiras. Simplemente quieres el pergamino.

—¿Y si no está mintiendo? —intervino Ben, con su escepticismo agrietándose ante el miedo—. Si Javier nos encuentra, esta vez no nos dejará con vida.

Ariel miró a Daniel con desprecio.

—Nos marcharemos por la mañana y continuaremos solos. No podemos confiar en él otra vez.

Daniel suspiró. Contempló la arena húmeda por un instante y luego clavó una mirada penetrante en Maya.

—Subí a la embarcación en Portugal porque necesitaba desaparecer. Me metí en problemas con gente muy peligrosa y tenía que salir del radar. Pero me encontraron ya en el puerto.

Los hermanos lo contemplaron con asombro al ver que comenzaba a hablar abiertamente.

—Os mentí porque tenía que llegar a Venezuela a tiempo —continuó Daniel—. No tenía elección.

—¿Por qué? —preguntó Maya.

Daniel no respondió de inmediato. Tensó la mandíbula, y el músculo del lateral de su rostro se contrajo un instante antes de liberar una larga bocanada de aire.

—Es un asunto personal.

—¿Un asunto personal? —Ben esbozó una amarga mueca—. Mírate, este pergamino también es un asunto personal nuestro, y tú simplemente pasaste por encima de nosotros en camino a tu objetivo.

Daniel bajó la mirada hacia el sombrero panamá que tenía en la mano, manoseando sus bordes con unos dedos que de pronto parecían menos estables. Cerró los ojos durante un largo momento. Cuando los abrió, había en ellos un destello de pesar que hizo que incluso Ben se silenciara.

—Regresé aquí para asegurarme de que mi madre estuviera bien — su voz se debilitó y se volvió ronca, casi un susurro, y tragó saliva con un evidente esfuerzo—. Tenía que asegurarme de que no le habían hecho daño por mi culpa. Está ingresada aquí en un centro asistencial, y la están utilizando para llegar a mí. Aquí no hay ley ni preguntas; es el lugar perfecto para mantener a alguien como rehén.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ben, con la voz agrietada ante la revelación—. ¿Tu madre... aquí? ¿En Venezuela?

Maya entrecerró los ojos, intentando encajar la nueva información.

—外 No lo comprendo —dijo en un tono tajante—. Nos dijiste que eras israelí. Que luchaste en el ejército, que estuviste cuatro años en una unidad especial. ¿Cómo es que de repente tienes una madre en un centro asistencial en el otro extremo del mundo?

Daniel asintió en silencio, intentando borrar una imagen que acudió a su mente, y sus hombros cayeron un poco bajo el peso de las preguntas de ella.

—Eso es verdad. Luché, serví, me convertí en israelí a todos los efectos. Pero nací aquí. Mi madre me envió a Israel cuando era un adolescente para salvarme del entorno en el que me criaba. Pensé que había huido lo bastante lejos, que mi nueva identidad me protegería, pero me metí en problemas con personas... personas muy ricas, que no renuncian a lo que les pertenece.

Tomó una respiración profunda.

—Necesitaba dinero para sus tratamientos, Maya. Mucho dinero. Y lo conseguí por vías que hicieron que me persiguieran hasta Israel. Cuando no me encontraron allí, regresaron al lugar donde todo empezó. A ella.

El silencio que cayó entre los cuatro fue denso. Maya sintió una opresión en el corazón; la imagen de Daniel se aclaraba por fin. No era un simple estafador, sino un hombre acosado que jugaba un juego peligroso para financiar la vida de su madre.

—Esas personas no se detendrán —continuó Daniel—. Intento ayudaros no porque sea un buen hombre, sino porque si vosotros caéis, yo también caeré. No sois los únicos para quienes este tesoro puede salvar a su familia.

Avanzó con precaución, relajando los brazos a los lados del cuerpo en un gesto de absoluta rendición.

—Dejadme ver la caligrafía. Os resolveré el acertijo y podremos salir de aquí antes de que esta isla se transforme en una trampa mortal.

◆

Regresaron al almacén de Pedro en un silencio tenso. El aire en el interior era polvoriento, saturado de aroma a sacos de legumbres secas, pero en cuanto Maya empujó la puerta, la sensación de que algo había cambiado los golpeó como una ráfaga de viento polar.

—¿Qué es esto? —susurró Ben.

La habitación era un caos absoluto. Sus mochilas estaban forzadas y desgarradas, las ropas esparcidas por el suelo de hormigón y las latas de conserva rodaban en todas direcciones. Alguien había hurgado allí con violencia, en una búsqueda impaciente.

Maya no corrió hacia las mochilas. Se zambulló hacia la esquina trasera del almacén, donde estaba oculta una baldosa de piedra suelta que había marcado por la mañana. Se arrodilló, y sus dedos se clavaron en las rendijas levantando la piedra de golpe.

El hueco estaba vacío.

—Ha desaparecido —susurró, con la voz ahogada—. El pergamino no está.

—i¿Qué?! —rugió Ariel y extrajo la caja de su mochila forzada; su tapa estaba abierta de par en par—. ¿Cómo iba alguien a saber que tenía que buscar ahí?

Los ojos de Maya se clavaron en la puerta trasera que se balanceaba levemente sobre sus bisagras oxidadas, chirriando en silencio. Salió fuera, hacia la arena blanda. Bajo la pálida luz de la luna las divisó: unas huellas pequeñas de pies descalzos, hundidas profundamente en la arena húmeda, que conducían al corazón de la penumbra. Maya levantó la vista y vio una silueta pequeña y blanca que corría hacia la selva, con un trozo de papel amarillento agitándose en su mano.

—¡Sofía! —gritó Maya conmocionada—. ¡Es Sofía! ¡Se ha llevado el pergamino!

No esperó ni un instante para dar explicaciones y emprendió una loca carrera hacia ella, sintiendo los músculos de las piernas gritar de agotamiento.

—¡Ariel! ¡Ben! ¡Rápido!

Los hermanos y Daniel saltaron tras sus pasos, dejando atrás el almacén forzado y adentrándose en una caza nocturna en mitad del espanto verde. La persecución pasó de la arena abierta al interior del muro de vegetación de la selva. El aire se volvió espeso, saturado de una humedad que se les adhería a la piel. Sofía era de una velocidad sobrenatural, deslizándose entre ramas espinosas que arañaban los brazos de Maya. Se detuvo un instante, miró hacia atrás y vio que iban tras ella, y luego continuó desvaneciéndose entre los árboles. No huía de ellos; los estaba atrayendo tras sus pasos.

La oscuridad era absoluta, a excepción de unos pocos rayos de luna que penetraban a través de las copas de los árboles como espadas. Los pulmones de Maya ardían, pero no apartaba la mirada de la sombra blanca que la precedía. A sus espaldas escuchaba la indignación de Ariel y las respiraciones pesadas de Ben.

De repente, Sofía saltó sobre un montículo de piedras antiguas y desapareció en un claro que se abría en el corazón de la maleza. Maya llegó tras ella y se detuvo en seco, con el corazón batiéndole en la base de la garganta.

Ante ellos se erguía un viejo faro. Era alto y amenazante, construido con una piedra blanca desgastada que casi se diluía bajo las plantas trepadoras verdes. No parecía un faro destinado a guiar embarcaciones; parecía un centinela antiguo que custodiara una ciudad de muertos.

Sofía permanecía en el centro del claro, con sus ojos grandes y oscuros clavados en Maya. Depositó el pergamino sobre la arena con un cuidado sagrado y comenzó a grabar en la tierra con presteza. Los hermanos y Daniel irrumpieron de la maleza segundos después, jadeantes.

—¡¿Quién es esta niña y cómo sabía lo del pergamino?! —rugió Ariel recogiendo el papel en sus manos.

—Maya, ¿la conoces? —preguntó Ben, al reparar en la mirada hipnotizada de su hermana.

—Creo... que está intentando traducírnoslo —murmuró Maya.

Sofía no prestó atención a sus voces. Sabía que el tiempo apremiaba. Terminó de escribir y retrocedió un paso, desvaneciéndose en las sombras entre los árboles. Maya se inclinó hacia delante, leyendo las palabras que Sofía había grabado en la arena:

«No miréis al cielo en busca de la majestuosidad de la corona. Que no os engañe el mar, pues la verdad yace sepultada en las profundidades de la tierra. No permitáis que os encuentre en su interior».

El silencio que siguió a la lectura resultó más pesado que toda la selva entera. Maya levantó la cabeza, con el rostro pálido como la piedra del faro. Miró a Daniel, y luego a sus hermanos. Aquel faro no era un destino para el final del viaje; era el principio de algo mucho más oscuro.

Capítulo 21

El silencio que siguió a la lectura de las últimas palabras resultó más pesado que la sofocante humedad de la selva. Las palabras no desaparecieron simplemente en el aire; resonaron en el estrecho espacio entre los cuatro, trepando por los muros de piedra desnuda y fría del faro, absorbiéndose en la humedad verdosa que cubría las rocas.

—¿En el interior de qué? —preguntó Ariel, y su voz sonó hueca en el espacio penumbroso—. ¿En el interior del faro? ¿Significa que la verdad está aquí?

Maya exhaló una breve bocanada de aire; su impaciencia resultaba evidente en cada movimiento.

—¿Cómo se supone que vamos a comprender qué significa esto siquiera? «Las profundidades de la tierra» es un concepto demasiado amplio. Podría ser en cualquier lugar de Venezuela.

—La verdad yace sepultada en las profundidades de la tierra —murmuró Ben en un susurro, como si intentara examinar las palabras con cautela—. Es extraño. La leyenda de Catalina siempre contaba que el tesoro se hundió junto con ella en el mar. Eso es lo que todos buscan desde hace siglos: una embarcación naufragada.

Ariel negó con la cabeza con un movimiento tajante.

—El abuelo jamás creyó en las historias de los naufragios. Siempre decía que aquello era solo un rumor difundido de forma intencionada para alejar a los curiosos de la tierra firme.

Sofía los contemplaba, con sus ojos grandes moviéndose de una silueta a otra con confusión. No comprendía ni una palabra de su rápido idioma, pero reconocía el lenguaje corporal del miedo y de la esperanza.

—¿Por qué nos ayudas, Sofía? —Maya se volvió hacia ella de repente, con la voz suavizada. Sentía la necesidad de comprender su motivación.

Sofía levantó las manos. Sus movimientos eran nítidos y rápidos. Maya intentó seguir los pequeños dedos, pero de nuevo se sintió perdida ante el código indescifrable.

—Dice que mucha gente llega a su pueblo —tradujo Daniel en voz baja. Permanecía en las sombras desde que habían llegado al claro, con los ojos siguiendo las manos de Sofía con absoluta concentración. Maya lo miró con asombro; no se le había pasado por la cabeza que el hombre duro que tenía delante dominara el lenguaje de señas local con tanta naturalidad.

—Por qué no me sorprende que sepa el lenguaje de señas —reaccionó Ariel con desdén, sin comprar lo que él intentaba vender.

—Me ofrecí como voluntario en varias asociaciones de jóvenes en riesgo durante mi vida; no todos tenían la suerte y la capacidad de

hablar, así que aprendimos su lenguaje para comunicarnos con ellos —Daniel le dio la respuesta que buscaba, pero Ariel no le creyó, poniendo en duda todo lo que decía.

—Ponen a todos en peligro con esta búsqueda obsesiva —continuó Daniel traduciendo, y su voz se volvió más profunda—. Dice que la última vez que esto ocurrió... perdió a su padre. Uno de los buscadores intentó extraer de él información que no tenía. Murió por un secreto que desconocía.

El silencio cayó de nuevo, esta vez doloroso y salado. Maya sintió un nudo en la garganta. Sofía no los ayudaba por afán de aventura; los ayudaba por un instinto de supervivencia.

—Os vio desde el primer instante en que llegasteis a la playa —continuó Daniel, sin apartar la mirada de las manos de la muchacha —. Reconoció la caja y sabía exactamente qué estabais buscando. Comprendió que no podía echaros por la fuerza, así que decidió ayudaros a encontrar lo que buscáis, para que los extraños dejen de intentar venir a la isla. Solo quiere devolver la tranquilidad a su pueblo.

El corazón de Ben se encogió. Contempló a la niña pequeña que cargaba sobre sus hombros con la responsabilidad de una mujer adulta. Luchaba por su hogar, exactamente igual que ellos luchaban por el legado del abuelo. A pesar de la distancia y del idioma, encontró entre ambos un doloroso punto de unión: dos niños que habían perdido su mundo protegido demasiado pronto.

—Esta estructura existe desde hace muchísimos años —continuó Daniel traduciendo mientras Sofía hacía señas hacia los colosales muros de piedra—. Los viejos del pueblo cuentan que este faro se alzaba antaño justo en la línea de la costa, guiando a las embarcaciones en la penumbra. Pero con los años la línea del agua retrocedió y la selva se cerró sobre él, hasta que quedó completamente tragado por el verdor.

—¿Andando qué hay en el interior? —preguntó Maya con curiosidad, dando un paso hacia el oscuro umbral del faro.

Sofía negó con la cabeza de un lado a otro, con el rostro contraído por el recelo. Sus manos se movieron de nuevo en pequeños gestos.

—Dice que jamás ha entrado —tradujo Daniel—. La gente del pueblo cree que este lugar está maldito. Atrae a las personas y hace que pierdan la cordura. No sabe qué se oculta allí, ¿y la verdad? Tampoco quiere saberlo. Solo quiere que terminemos lo que hemos empezado y nos marchemos.

Los ojos de Sofía pedían clemencia. No pedía oro ni gloria; pedía tranquilidad.

Ariel no reaccionó. Comenzó a escanear la zona alrededor del faro, con sus anchos hombros tensos y sus sentidos aguzados. Escuchaba ruidos diversos —el crujido de las hojas, los cantos de las aves—, pero algo en la frecuencia de la selva no le parecía correcto.

—Siento muchísimo lo que os han hecho, Sofía —dijo Maya con franqueza, posando una mano sobre su corazón—. Te agradezco tu ayuda. Es lo más importante que alguien ha hecho por nosotros en este viaje.

—Te prometo que no permitiremos que os pase nada —añadió Ben. Sabía que ella no comprendía ni una palabra de lo que decía, pero su tono estaba lleno de compasión. Una media sonrisa de consuelo se dibujó en los labios de Sofía; reconoció la preocupación honesta en sus ojos.

Un crujido seco.

El sonido nítido de una rama al quebrarse perforó el silencio desde la dirección de la densa vegetación a sus espaldas.

Ariel saltó a su posición en una fracción de segundo. Su mirada se clavó en una gruesa rama de árbol que yacía a los pies del montículo de piedras. Se inclinó con rapidez, asiendo la dura madera como un arma improvisada. A pesar de su silueta menuda en el día a día, la adrenalina lo hacía parecer más amenazante que nunca; cada músculo de su cuerpo se tensó como un muelle a punto de estallar.

—i¿Quién va?! —rugió hacia la absoluta oscuridad de la selva, y su voz resonó entre los árboles como una última advertencia antes de la tempestad.

De entre las densas sombras más allá del claro emergieron dos siluetas como demonios nacidos de la penumbra. La pálida luz de la luna reveló el rostro cicatrizado de Javier, que estaba desfigurado por una sonrisa de victoria. A su lado se erguía el matón conocido de la torre de agua, un bloque de músculos y sangre fría, pero esta vez había algo más entre ellos. Javier empujaba ante sí a una silueta encogida, con las manos atadas a la espalda: era Nalo. Tenía el rostro magullado y temblaba en todo el cuerpo.

—¡Nalo! —gritó Sofía, y su voz se quebró al ver a su hermano. Saltó hacia delante, pero Maya le impidió ponerse en peligro y le bloqueó el paso.

—Impresionante —dijo Javier con voz ronca. Apretó el agarre en el cuello de Nalo y avanzó con la confianza de un cazador—. Nos habéis guiado directos a la puerta de entrada. Este chico se empeñaba en callar al principio, pero al final ha comprendido que es una pérdida de tiempo para todos.

—¿Nalo? ¿Qué haces aquí? —El corazón de Maya se llenó de culpa al reconocer al chico local que había bailado con ella en el escenario del festival; esta vez no sonreía y sus ojos no se alegraban de verla. Estaba humillado y herido en el labio por los puñetazos que Javier le había propinado antes.

Sofía se encogió detrás de Maya buscando protección; Nalo se mordió el interior de los labios con rabia al percatarse de que ella estaba aquí. Todo lo que había hecho para mantenerla alejada de los problemas le estallaba en la cara en este preciso instante. Esa era exactamente la razón por la que no le gustaba la cercanía de ella con Maya.

—Nosotros no sabemos nada —dijo Ben, con la voz trémula pero armándose de valor y dando un paso por delante de Maya, intentando con su menudo cuerpo ocultarla.

Javier ni se molestó en responder. Con un movimiento rápido empujó a Nalo hacia su matón y agarró a Maya del brazo con fuerza. Antes de que nadie pudiera reaccionar, presionó un cañón metálico y frío contra la delicada piel debajo de su mandíbula.

—¡Maya! —gritó Daniel, pero el segundo matón le apuntó con su arma con un clic amenazante.

Nalo se apresuró a ocultar a su hermana pequeña detrás de él, y las manos de ella se envolvieron alrededor de su cintura como un ancla.

—Chis... —susurró Javier al oído de Maya. Un penetrante olor a sudor y a tabaco barato subía de él—. No me gusta el ruido. Ahora, alguien va a contarme qué habéis encontrado, o esta muchacha descubrirá cómo es mi bala por dentro.

Maya sentía el metal presionando su garganta, cortándole la respiración. Vio a Ariel tenso para un salto desesperado con la rama en la mano, pero la pistola del matón apuntaba directamente hacia él.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —gritó Daniel, con la voz quebrada. Levantó las manos en señal de rendición—. El pergamino... Significa que la verdad se hundió en las profundidades de la tierra, no en el mar. ¡Las profundidades de la tierra!

Javier sonrió, revelando unos dientes amarillos. Contempló la colosal estructura del faro que brotaba de entre la maleza.

—Las profundidades de la tierra... Eso explica por qué este lugar tiene este aspecto. —Clavó la mirada en su socio—: Quédate aquí con estos tres y con los locales. Si no salgo en diez minutos con algo de valor... mátalos. A todos.

Empujó a Maya con fuerza hacia el umbral del faro.

—Camina, niña. Ha llegado el momento de que veamos qué se oculta ahí en la oscuridad.

Maya miró hacia atrás una última vez. «Estaré bien», intentó decir, pero la voz se le ahogó en la garganta. Se percató de Sofía, que se

encogía en las sombras de los matorrales mientras toda la atención se dirigía a los hermanos y a Nalo. La pequeña silueta de la niña se veía casi transparente en la penumbra; no huía, sino que permanecía pegada al suelo, con sus ojos grandes siguiendo a Maya con angustia.

El faro los tragó en su interior. El olor golpeó a Maya de inmediato: una mezcla rancia de piedras mojadas y metal que se había oxidado durante décadas. El aire era tan pesado y espeso que se sentía como si se le adhiriera a la piel. El ruido del goteo rítmico del agua en alguna parte profunda de la estructura sonaba como el pulso lento de un monstruo antiguo.

—¿Y bien? —El hambre en los ojos de Javier resultaba palpable mientras iluminaba con su potente linterna los muros de piedra desnuda—. ¿Dónde está?

—Javier, escúchame —Maya intentó mantener la voz estable, a pesar de que las rodillas le temblaban. Avanzaban hacia el centro del espacio circular, donde se abría la boca de un pozo cuadrado y amenazante—. No tienes que hacer esto. Este tesoro es antiguo, pertenece a la historia. Si nos liberas, podremos ayudarte a extraerlo de forma segura. Nos repartiremos el botín.

Javier se detuvo junto al borde del pozo y estalló en una carcajada seca y fría que hizo que los vellos de la nuca de ella se erizaran.

—¿Repartirnos? —La miró con un desprecio absoluto—. Yo no me reparto nada con nadie. ¿De verdad crees que he pasado por todo esto para recibir la mitad? —Caminó hacia ella, con el haz de su linterna cegándola—. Dad las gracias de que os haya dejado llegar hasta aquí con vida.

La agarró del hombro y la empujó hacia el borde del abismo. Maya sintió un torrente de adrenalina. Intentó resistirse con todas sus fuerzas, empujándolo hacia atrás, esperando que tal vez lograra hacerle perder el equilibrio. Estampó todo el peso de su cuerpo contra él, desviando su centro de gravedad por un breve instante, pero Javier era demasiado ancho y fuerte. Se recuperó en una

fracción de segundo, la empujó de vuelta y la apresó del brazo con un agarre de hierro aplastante.

—De un momento a otro me dejas más impaciente cada vez —siseó entre dientes rechinantes. Con un movimiento rápido la giró de nuevo hacia la boca del pozo—. Has intentado ganar tiempo, Maya. Pero solo retrasas lo inevitable.

—¡¿Qué haces?! —chilló ella, luchando contra el agarre que le dolía hasta el hueso—. ¡Javier, por favor!

—Ha llegado el momento de que compruebes el fondo por mí —dijo con una indiferencia espeluznante—. Si sobrevives a la caída, tal vez me cuentes qué viste ahí abajo.

Y sin pestañear, simplemente la empujó.

El chillido de Maya se cortó en el aire espeso. Cayó al interior de una absoluta oscuridad, el viento silbó en sus oídos durante un segundo largo de ingravidez, y entonces llegó el dolor: un impacto espantoso que le apagó el mundo.

El dolor fue agudo y perforante, una descarga de agujas ardientes que se clavaron en la espalda y en las piernas de Maya al mismo tiempo. Aterrizó en un fondo duro y húmedo, y el espantoso impacto expulsó todo el aire de sus pulmones. Durante largos segundos permaneció allí tendida, paralizada, escuchando los latidos de su corazón resonar dentro de su cráneo como un tambor de guerra lejano.

Luchaba por inhalar oxígeno, pero el aire en el fondo del pozo era compacto y sofocante. Había allí la sensación de una tumba cerrada, saturada de pesados vapores de humedad que hacían que la náusea subiera por su garganta. Cuando consiguió por fin mover la mano en un tanteo débil, sintió un líquido frío y salado trepar alrededor de sus dedos.

Agua.

No era profunda todavía, solo una fina capa que cubría las piedras dentadas, pero su frío extremo penetró a través de sus ropas directo

al interior de sus huesos. Un sonido de chasquido, fino y distante, se escuchó contra los muros; una corriente de agua que se filtraba hacia el interior desde el mar contiguo a través de las grietas de la piedra.

Las palabras de Sofía resonaron en su cabeza como una profecía amenazante: «Que no os engañe el mar... no permitáis que os encuentre en su interior». El agua no solo estaba allí; estaba en camino. La marea comenzaba a llenar las galerías subterráneas del faro.

Por encima de ella, a una distancia que parecía de kilómetros de penumbra, vio un pequeño cuadrado de luz tenue. La silueta de Javier se recortaba allí como una sombra oscura y amenazante.

—¡Que disfrutes del panorama, niña! —gritó hacia el interior, y su voz chocó contra las paredes de piedra con ecos burlones.

Maya no respondió. No podía. Se giró sobre su costado con un gruñido de dolor, y su frente golpeó contra algo duro. Algo que no se sentía como roca. Levantó la mano en un tanteo tenso, y sus dedos recorrieron una superficie de madera rugosa, fría y recubierta por una capa resbaladiza de sedimentos del tiempo y lodo. Sintió esquinas de metal pesado y un cerrojo macizo, ש cerraba secretos de siglos de antigüedad.

Su corazón perdió un latido, olvidando por un instante el dolor perforante. Era un cofre. Estaba allí tendido, justo debajo de ella, aguardando en la penumbra silenciosa durante casi quinientos años a que alguien lo rescatara del olvido.

◆

Fuera, el aire estaba cargado de la electricidad estática de antes de una tormenta. Ariel, Ben y Daniel permanecían a escasos centímetros el uno del otro, con las manos levantadas en el aire bajo la mirada vigilante del matón. Este se erguía en una posición firme, con el cañón de su pistola moviéndose en un gesto nervioso entre el

pecho de Ariel y el de Ben, y una sonrisa engreída plasmada en el rostro.

—Ni moveros —ladró en un inglés ronco al ver a Ariel inclinarse ligeramente hacia un lado, comprobando su radio de movimiento.

Ariel lo ignoró durante una fracción de segundo, escaneando la zona con la mirada. Se percató de que Daniel miraba fijamente hacia los matorrales; Sofía y Nalo estaban allí, congelados y aterrorizados, dejándolos a los tres solos en la contienda. Daniel sentía una culpa abrasadora en la garganta. Él era quien había arrastrado a Javier hasta aquí, él era quien había traído el peligro sobre Maya. Buscaba desesperadamente con la mirada un arma: una rama, una piedra, cualquier cosa que le permitiera actuar.

De repente, Javier salió del faro. Estaba solo, con las manos vacías y el rostro marcado por una amargura violenta.

—¡¿Dónde está ella?! —La pregunta estalló de la garganta de Ben antes de que pudiera pararse a pensar.

Javier ni se molestó en responder. Soltó una serie de palabras en un castellano rápido hacia su socio; su tono resultaba claro: no había encontrado lo que buscaba y su paciencia se había agotado.

—¡¿Dónde está Maya?! —rugió Ben de nuevo, dando un paso al frente a pesar del arma que le apuntaba.

Javier se detuvo y miró al chico con desprecio.

—Está en el pozo —dijo con una sencillez espeluznante—. La he arrojado dentro. Si la caída no la ha matado, los gases tóxicos ya terminarán el trabajo.

El mundo de Daniel se congeló. Sabía que Maya disponía de escasos minutos antes de que la fosa se transformara en un sepulcro.

Ariel siseó una maldición entre dientes y avanzó hacia él en una embestida, pero Javier le apuntó con la pistola al centro de la frente.

Ese era el momento. Daniel vio una gruesa rama de árbol tirada en la arena a un paso de él. No pensó en el peligro, solo vio ante sus

ojos el rostro de Maya en la penumbra. Saltó.

Un estallido.

El disparo perforó el silencio y espantó a una bandada de aves de las copas de los árboles. Daniel sintió una quemadura inmensa en el muslo, como si una hoja al rojo vivo hubiera pasado sobre su piel. La bala solo lo había rozado, desgarrando la prenda y dejando un surco sangrante, pero la fuerza del impacto lo derribó hacia delante. En su caída consiguió estirar la mano y apresar la pesada rama.

—¡Ahora! —rugió Ariel.

Ben, en una desesperación absoluta, saltó sobre Javier desde atrás. No intentó luchar contra él como un combatiente; simplemente se aferró a su cuello con los dientes y con las manos, arañando y mordiendo como un animal herido. Javier, sorprendido por el ataque salvaje del chico menudo, perdió el equilibrio por un instante y exclamó una maldición.

En esa misma fracción de segundo, Ariel utilizó sus anchos hombros y embistió con fuerza contra el segundo matón, derribándolo al suelo e intentando hacerse con el arma que se había deslizado a la arena.

Daniel se sacudió, arrastrando su cuerpo por el suelo. El dolor del muslo resultaba paralizante, pero se obligó a ponerse de rodillas. Arrebató la linterna de Javier que había rodado por la tierra y gateó con frenesí hacia el umbral del faro. Cada movimiento arrastraba tras de sí un rastro de sangre que se absorbía en la arena.

—¡Daniel, estás herido! —gritó Ben, que luchaba por mantenerse aferrado a un Javier que intentaba apartarlo de encima.

—¡Yo la saco! —rugió Daniel de vuelta.

Entró en el faro, y la penumbra se cerró sobre él, amortiguando los sonidos de la contienda de fuera. Daniel no se sostenía sobre sus pies; se apoyaba pesadamente en los fríos muros de piedra, arrastrándose hacia el interior en una dolorosa caminata a gatas. Cada paso dejaba una marca oscura en el suelo antiguo.

Con mano temblorosa encendió la linterna. El haz de luz vibraba sobre las paredes circulares al dirigirlo hacia el centro del espacio, donde el pozo abría su boca amenazante.

—¡Maya! —rugió, y su voz sonó quebrada. Su nombre resonó entre los muros y ascendió, pero regresó a él en un silencio espeluznante.

Llegó al borde del pozo sobre sus rodillas, rechinando los dientes ante el dolor ardiente del muslo. Inclinó la linterna hacia el interior. Al principio la luz se diluyó en la penumbra, pero entonces el destello se posó sobre su silueta. Maya estaba tendida allí, sobre una superficie de madera oscura. No se movía.

—No... no, no —murmuró Daniel.

Lo vio: un flujo fino y transparente de agua había comenzado a filtrarse de entre las piedras en la base del pozo. El agua fría se acumulaba a su alrededor a gran velocidad, moviendo sus rizos oscuros de un lado a otro en un ritmo lento y amenazante. La marea comenzaba a llenar el espacio. Si ella no se despertaba ahora, el agua la asfixiaría definitivamente.

Capítulo 22

Daniel escaneó el interior del faro con ojos febriles, hasta que su vista se posó en una cadena de hierro pesada. Estaba enrollada alrededor de un engranaje masivo fijado a la pared de piedra. Arrastró su cuerpo hacia ella, apoyándose pesadamente en el muro, ignorando el dolor punzante de su muslo, que ahora se había transformado en un palpitar constante y ardiente. Enredó sus dedos alrededor de los eslabones fríos, sintiendo las esquirlas de óxido clavarse en su piel.

—¡Vamos, suéltate ya! —siseó entre dientes apretados.

La capa de óxido era tan dura como el cemento fraguado, y la cadena se negaba a moverse. Luchó contra ella con todo el peso de su cuerpo, apoyándose en su pierna sana y tirando hacia atrás con

un rugido. Un sudor frío le corría por la frente, mezclándose con lágrimas de frustración. De repente, se escuchó un crujido estridente: el metal había cedido. La cadena comenzó a deslizarse hacia abajo, liberándose del cautiverio de los años.

—¡Daniel! —el grito de Ben resonó en el umbral del faro.

Entró corriendo, con el rostro desencajado por el pánico. Al ver a Daniel luchando con el engranaje, corrió de inmediato hacia la boca del pozo y apuntó con el haz de la linterna hacia el interior. La imagen hizo que su corazón se desplomara—. ¡Dios mío... Maya! ¡El agua está subiendo!

Daniel no se detuvo. Agarró a Ben por el hombro con fuerza.

—¡Ben! ¡Mírame! ¡Reacciona! —gritó, y su voz sonó autoritaria a pesar del tormento—. Voy a bajar. Me ataré a la cadena y la subiré. Necesito que te quedes aquí y hagas girar el engranaje hacia arriba.

—¡Yo le ayudaré! —rugió Ariel, que entró corriendo tras haber neutralizado a los matones fuera. Se colocó al lado de Ben, aferrando la manivela del engranaje con sus fuertes manos—. ¡Baja, Daniel! ¡Nosotros os sacaremos!

Daniel se quitó la camisa con un movimiento rápido, quedándose en una camiseta de tirantes blanca que ya estaba manchada de sangre. Envolvió la tela alrededor de su rostro para crear un filtro improvisado contra el aire viciado del pozo. Enrolló el extremo de la cadena alrededor de su cintura y de su abdomen bajo, asegurándola con un nudo firme. A estas alturas, ya no pensaba en la herida abierta de su muslo; solo pensaba en el aire que tenía que proporcionarle a Maya.

Comenzó a descender hacia el foso negro, apoyando las suelas de sus zapatos contra los muros de piedra. El denso olor a podredumbre y humedad lo golpeó, haciendo que la cabeza le diera vueltas. Cuando sus pies impactaron finalmente contra el fondo con un chapoteo, descubrió que la marea ya le había subido por encima de los tobillos. Se abalanzó sobre el cuerpo de Maya con presteza,

levantándola en sus brazos con angustia. Ella estaba tan fría; su cuerpo permanecía flácido y cubierto de un lodo resbaladizo.

—¡Ariel! ¡Sube! ¡Ahora! —rugió con todas las fuerzas que le quedaban en los pulmones.

Sintió que la cadena se tensaba alrededor de su cintura y se le clavaba en la carne. La presión empujó la tela del pantalón directamente hacia el interior de la herida abierta del muslo, y el dolor palpitó en su cabeza como la hoja de un cuchillo. Desde arriba escuchaba los gritos de Ben y los chasquidos del engranaje que Ariel giraba con potencia. La tracción era insoportable. Daniel sentía el agua ascender a gran velocidad, llegándole ya a las rodillas y amenazando con arrastrarlos de vuelta hacia abajo.

El mareo provocado por los vapores se apoderó de él y su visión se nubló. Pegó la cabeza de Maya contra su pecho, cerrando los ojos y luchando contra la niebla que amenazaba con devorar su conciencia.

—Un poco más, Maya... solo un poco más —susurró entre su cabello mojado, y su voz sonó como una última oración en mitad de las profundidades.

◆

Fuera, Ariel actuó con rapidez. Había escuchado los gritos de Daniel desde el interior del faro y supo que no había tiempo para preguntas. Con un movimiento diestro, descargó la culata de la pistola sobre la nuca de Javier e, inmediatamente después, sobre su socio. Ambos cayeron sobre la arena, inconscientes.

Entró corriendo justo cuando la cadena comenzaba a deslizarse de las manos de Ben. El rostro del chico estaba encendido por el esfuerzo y lágrimas de miedo le corrían por las mejillas.

—¡Ariel! ¡Pesan demasiado! —gritó, con la voz agrietada.

Ariel se lanzó a su lado y aferró la manivela.

—¡Juntos, Ben! ¡Ahora!

La fuerza combinada de ambos proporcionó al engranaje el impulso necesario. Despacio, centímetro a centímetro, el metal ascendió desde las profundidades de la oscuridad.

En el fondo del pozo, Daniel sintió la tracción. Sus pies se despegaron del lodo y estrechó contra sí el cuerpo de Maya en un estado de total extenuación. El aire era tan escaso que cada inhalación le quemaba los pulmones.

—Aguanta —susurró, con una voz que sonó ajena en mitad de la niebla que comenzaba a dominarlo.

La oscuridad a su alrededor se aclaró en un gris turbio hasta que el cuadrado de luz en la boca del pozo se transformó en una realidad tangible.

Unas manos fuertes agarraron sus ropas empapadas. Ariel y Ben los arrastraron más allá del borde de piedra y los depositaron en el suelo. Daniel sintió que la cadena se liberaba de su atormentado cuerpo. Lo primero que hizo, a pesar del dolor y del mareo, fue arrastrarse sobre su vientre hacia Maya para ver si lo había logrado.

Ella estaba demasiado quieta.

—¡¿Maya?! ¡¿Maya?! —Ben le palmeó el rostro con nerviosismo.

Ariel se arrodilló al otro lado ılle levantó las piernas para bombear sangre hacia su cabeza, mientras Daniel le estrechaba la mano fría con delicadeza, percatándose de las hinchazones y los rasguños de su cuerpo que no había podido ver en la oscuridad del pozo.

El cuerpo de Maya se contrajo. Expulsó un chorro de agua con una tos gutural y abrió unos ojos desorientados. Inhaló aire con avidez, luchando contra la sensación de asfixia. El recuerdo de lo que había sentido allí abajo —el contacto de la madera y el cerrojo macizo— la inundó con un torrente de adrenalina.

—Está allí... —murmuró entre tos y tos—. El cofre... está en el fondo. Lo he tocado.

Ben y Ariel la abrazaron con un alivio inmenso.

—Menos mal que estás bien.

Maya miró a su alrededor con aturdimiento.

—Si nos damos prisa... podremos sacarlo antes de que el agua lo cubra todo —dijo, e intentó arrastrarse hacia la cadena.

—¡Maya, no! No vamos a regresar ahí abajo —sentenció Ariel, bloqueándole el paso.

—Ariel, no lo entendéis, lo he tocado —murmuró ella con desesperación y agotamiento—. ¡Todo lo que buscábamos está ahí!

Se volvió hacia Ben con ojos suplicantes, pero él negó con la cabeza.

—No merece la pena —susurró.

Maya estaba a punto de replicar, pero entonces un eco de tos pesada se desgarró desde unos pulmones heridos. Giró la cabeza y el corazón se le desplomó. Daniel estaba tendido a un metro de ella, empapado de agua y sudor. Su rostro mostraba una palidez de muerte y luchaba por cada bocanada de oxígeno. Una de sus manos le apresaba la garganta y la otra se presionaba contra el muslo, donde una mancha roja y oscura se extendía rápidamente sobre el pantalón mojado, tiñendo el suelo.

Todos los pensamientos sobre el cofre se esfumaron. El mundo de Maya se redujo a la silueta rota que tenía delante.

—¿Daniel? —Gateó hacia él sobre sus rodillas, ignorando el dolor agudo de sus costillas—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué está empapado?

—Ha bajado para sacarte —respondió Ariel con voz ahogada, levantando a Daniel con cuidado sobre su hombro—. Se ha negado a esperar —añadió Ben con preocupación.

Maya se quedó mirando a Daniel. Tenía los ojos entreabiertos. Comprendió de golpe el riesgo de locura que había asumido por ella. Él solo movió la cabeza con un leve gesto, intentando acallar el mareo.

—Tenemos que salir de aquí —sentenció Ben, y su mirada se desvió hacia el agua que ascendía por la boca del pozo—. Los gases están subiendo. Si nos quedamos aquí, nadie saldrá por su propio pie.

Salieron del faro con pasos pesados, sosteniéndose los unos a los Loan, hacia el aire limpio de la noche.

◆

Fuera, la luz de la luna iluminaba la playa con un resplandor plateado y frío. Javier y el segundo matón yacían sobre la arena, inconscientes. Ariel depositó a Daniel con cuidado sobre la arena blanda, lo más lejos posible del denso olor que desprendía el faro. Daniel se desplomó hacia atrás sin fuerzas, inhalando el aire fresco con ímpetu, con los pulmones silbándole por el esfuerzo.

Maya se sentó a su lado, percatándose de la herida de su pierna bajo el pantalón desgarrado.

—Daniel, estás sangrando —susurró. Levantó un poco la tela empapada y se le cortó la respiración. Un raspón profundo y dentado se abría en la carne de su muslo, y la sangre oscura no dejaba de brotar.

Daniel gimió cuando el contacto de ella rozó la herida.

—Estoy... bien —intentó soltar, pero su voz se escuchaba débil y lejana.

—¡No estás bien! ¡Necesitas un hospital! —gritó Maya hacia Ariel y Ben—. Ha bajado al agua con una herida abierta, eso se va a infectar, tenemos que...

—¡Maya! —un grito nítido interrumpió sus palabras.

Sofía corría hacia ellos de entre las sombras, portando en sus manos un manojo de hojas anchas y una cuerda gruesa. Arrojó la cuerda hacia Ariel, indicándole con señas que atara a los matones, y se apresuró a arrodillarse al lado de Daniel.

Detrás de ella emergió Nalo. Su rostro se mostraba severo. Sostenía un machete que brillaba bajo la luz de la luna, y su mirada pasó

rápidamente de los bandidos atados al ensangrentado Daniel. Nalo no respondió al saludo de Maya; soltó un grito áspero en castellano hacia Ariel y Ben, señalando con desprecio hacia el faro. Maya comprendió el mensaje: estaba furioso por haber puesto en peligro a su hermana por un tesoro que solo acarreaba destrucción tras de sí.

Sofía retiró la tela del pantalón de Daniel con movimientos diestros. Colocó las hojas medicinales frías directamente sobre la herida y fijó sobre ellas un vendaje de presión apretado con la ayuda de un paño limpio. Nalo se erguió sobre ellos, y su sombra cayó sobre Daniel, que se veía pálido y borroso bajo la luz plateada.

—Necesita un médico —dijo Nalo en castellano. Maya asintió—. Las hojas detendrán la sangre, pero necesita tratamiento. Ahora.

—¿Dónde hay un hospital? —preguntó Ben con desesperación.

Nalo levantó dos dedos.

—Dos horas de navegación hacia el este.

—¡¿Dos horas?! —Maya sintió que el mundo le daba vueltas—. No tenemos barca, Nalo. No sabemos navegar por este mar de noche. No lograremos llegar al hospital solos, por favor, ayúdanos.

Sofía se levantó y hundió el codo con fuerza en las costillas de su hermano. Comenzó a hacer señas con las manos a gran velocidad, con unos movimientos llenos de indignación. Nalo le respondió con un lenguaje de señas tajante, y su rostro se encendió en una acalorada y silenciosa discusión.

—No quiere ponerla en peligro... —susurró Daniel desde la arena. Las palabras salían de su boca con pesadez, entrecortadas—. Le está recordando... lo que les pasó a los otros... que buscaban tesoros.

Maya posó su mano con delicadeza sobre los labios de él, impidiéndole continuar traduciendo. No quería que desperdiciara ni un gramo de energía.

Sofía no cedió. Se plantó frente a Nalo y señaló a Maya; su cabello revuelto y sus ojos suplicantes. La compasión de Nalo venció a la ira.

Agachó la cabeza en señal de sumisión.

—Cogeremos mi barca —dijo finalmente—. Pero tenemos que salir ya.

Sofía esbozó una pequeña sonrisa, y Nalo dedicó un breve asentimiento a Maya. Ariel y Ben se arrodillaron a ambos lados de Daniel y lo levantaron sobre sus hombros con delicadeza. Daniel gimió de dolor, y su cabeza se desplomó hacia atrás mientras comenzaban a marchar a gran velocidad hacia la playa oculta.

Maya corrió tras sus pasos. Sabía que la verdadera batalla no había hecho más que empezar: dos horas de mar oscuro se interponían entre ellos y la vida de Daniel.

Capítulo 23

La segunda hora de navegación ya había quedado atrás hacía mucho tiempo. La isla, que apenas unas horas antes parecía un refugio seguro, se había transformado en una sombra lejana y lúgubre que se diluía en el horizonte negro del mar Caribe. El tiempo había dejado de medirse en minutos; se había convertido en una masa viscosa y pesada de puro terror.

Daniel había sido trasladado a la pequeña cabina de la proa de la lancha. Era un espacio estrecho y asfixiante, saturado de penetrantes olores a gasóleo, pescado y sal vieja. La luz roja y mortecina del cuadro de mandos inundaba la estancia. Maya permanecía de rodillas sobre el suelo frío, y sus rodillas chocaban contra los mamparos de madera cada vez que la embarcación se estremecía bajo el bramido del motor.

A través del techo metálico escuchaba a Ariel y a Ben. Sus voces se mostraban roncas por la prolongada disputa, resonando como un eco lejano en mitad de una tempestad de viento creciente.

—¡Deberíamos habernos quedado allí! —el grito de Ariel perforó el ruido del motor—. ¡Alguien tenía que vigilar a Javier! ¡Encontrará la

forma de liberarse, ese hombre es un demonio!

—¡¿Y entonces qué?! ¡¿Daniel se nos habría muerto en las manos?! —le respondió Ben con un chillido quebrado—. ¡Mira este mar, Ariel! ¡No habríamos aguantado ni un minuto sin Nalo!

Maya se presionó las palmas de las manos contra los oídos. Deseaba aislarse de la discusión entre sus hermanos, escapar de la aterradora realidad de que se encontraban solos en mitad del mar, más vulnerables que nunca. Sin embargo, en el interior de la cabina la situación era considerablemente peor.

Daniel ardía. Un fuego interno causaba estragos en su cuerpo. Temblaba con espasmos irracionales, y sus extremidades se sacudían con movimientos bruscos que a punto estaban de hacerlo resbalar del estrecho camastro de madera. Tenía los labios secos y blanquecinos, y murmuraba una sucesión de palabras entrecortadas que se repetían sin cesar: «Mamá... ya voy... mamá...». Estaba allí físicamente, al alcance de su mano, pero su alma parecía estar siendo succionada hacia un torbellino lejano.

—Sofía, ¿qué hacemos? —suplicó Maya.

Aferraba los hombros de Daniel con todas sus fuerzas para que no cayera, y le limpiaba el sudor de muerte de la frente con el borde de la manga de su camisa. Se sentía impotente ante el monstruo invisible que lo devoraba por dentro.

Sofía actuó con rapidez. A pesar de su corta edad, sus movimientos eran diestros y silenciosos, fruto de una vida en un lugar donde no hay margen para el error. Abrió el botiquín de primeros auxilios, extrajo un frasco de alcohol y lo vertió sobre la herida abierta del muslo de Daniel. Él se contrajo sobre el colchón y un gemido gutural escapó de su garganta mientras temblaba por la fiebre que ascendía a gran velocidad. Sofía sustituyó los vendajes empapados de sangre y agua contaminada del pozo por gasas de presión limpias. Maya vio que las manos de la niña temblaban ligeramente; ella también sabía que el tiempo se les agotaba.

Sofía se volvió hacia Maya, con sus ojos marrones llenos de compasión. Señaló a Daniel y luego a su propio corazón, indicándole con enérgicos gestos manuales que Maya debía hablarle; que su voz era el hilo que impediría que él se perdiera en la penumbra.

Maya tragó saliva con dificultad. Lágrimas cálidas le corrían por las mejillas y se absorbían en sus ropas sucias. Se inclinó sobre él, uniendo su mano a la mano ardiente de Daniel.

—Daniel, ¿me escuchas? —comenzó en un susurro ronco—. Tienes que aguantar. No te rindas ahora. —Miró a su alrededor con confusión; de repente, ninguna palabra le parecía adecuada—. Yo... no sé qué decir —sollozó—. Me siento tan culpable. No quería que te arriesgaras así por mí.

Respiraba con dificultad, con la visión borrosa por la acumulación de lágrimas.

—No debí haberte escuchado ya entonces, en aquel callejón cuando intentaste advertirme. Debería haberte echado; tal vez así todo se vería diferente ahora. Quizá no estaríamos atrapados en mitad de este mar.

Sus lágrimas se absorbieron en la camiseta de tirantes de él.

—Estaba llena de rabia por lo que hiciste. Estaba tan dolida. A pesar de que Ariel y Ben no siempre confiaban en ti, yo sentía que debíamos brindarte confianza para ש‌tú pudieras confiar en nosotros. Reconocí la coraza con la que te proteges y pensé ש‌había encontrado una vía para llegar a ti de verdad. Y en el instante en que te necesitábamos, cuando yo te necesitaba más que a nada... me dejaste sola.

Su respiración se volvió entrecortada.

—Y no aproveché la oportunidad para hacerte comprender cuánto me heriste. ¡Así que simplemente tienes que aguantar! —le exigió, con el puño apretándose alrededor de la tela de su camiseta con desesperación.

Sofía, que no comprendía ni una palabra del idioma en el que hablaba, solo contemplaba su desconsuelo y percibía su dolor.

—Tienes que escuchar todo lo que tengo que decirte. Tienes que escucharme darte las gracias... No me lo perdonaré si te ocurre algo por mi culpa. No después de haberte lanzado palabras duras, no sin que pueda agradecerte que hayas sacrificado tu vida por mí.

Maya se mordió el labio hasta que percibió el sabor de la sangre. Daniel continuaba temblando sin control, con la cabeza moviéndose de un lado a otro frenéticamente.

—Tengo que decirte cómo, a pesar de lo enfadada que estaba contigo... —Le sujetó la mano con fuerza, pasando los dedos sobre sus nudillos huesudos—. Tu sonrisa insufrible era y sigue siendo la sonrisa más hermosa que he visto jamás.

De repente, Sofía señaló hacia el pequeño ojo de buey. Unos destellos de luz amarilla titilaban en la lejana línea de la costa. Hizo señas con entusiasmo: *Las luces. Estamos cerca.*

Daniel emitió un suspiro atormentado. Los temblores se redujeron por un instante, y su mano presionó la mano de Maya con un apretón leve, casi imaginario.

—Ah... Maya... —soltó en una exhalación débil que le raspó la garganta.

Ese nombre fue el último vínculo que lo unió a la realidad, antes de que sus ojos se cerraran de nuevo con pesadez y se sumergiera en la densa niebla de su conciencia.

◆

La luz roja y enfermiza de la cabina comenzó a desvanecerse, absorbida por una blancura cegadora, pura y reconfortante. El pesado bramido del motor y los crujidos de las olas se transformaron en un susurro delicado y rítmico de aspersores que esparcían gotas de agua sobre un césped cortado. Daniel ya no sentía los violentos vaivenes ni el olor a gasóleo asfixiante; sentía la calidez acariciadora del sol de una mañana venezolana sobre su nuca.

Estaba sentado junto a una pequeña mesa de madera en una cuidada esquina del jardín del centro médico, en los suburbios de Caracas. El lugar era un oasis de tranquilidad en mitad del caos de la ciudad; estéril pero cálido, rodeado de una rica vegetación tropical y hojas de palmera que filtraban los rayos de luz en patrones de sombra y oro sobre la tierra.

Frente a él estaba sentada su madre, Amaya. Se veía frágil dentro de su vestido de algodón claro. Su cabello oscuro, que antaño fuera su orgullo, permanecía recogido con descuido en la nuca. No hablaba —hacía tiempo que había dejado de utilizar las palabras—, pero sus ojos, esos mismos ojos marrones claros que Daniel había heredado de ella, miraban fijamente a un punto indeterminado del espacio. Se encontraba en un mundo que solo ella conocía, un lugar al que Daniel no estaba invitado.

Sobre la mesa reposaban dos tazas de té que desprendían finos hilos de vapor. Amaya no podía sostener la taza por sus propios medios debido a los temblores que la asaltaban, pero le gustaba sentir su calor en las cercanías.

—Mamá —susurró Daniel. Su voz se escuchaba en ese recuerdo nítida, desprovista de la amargura que había acumulado en los últimos años—. Yo... no podré venir a visitarte en las próximas semanas.

Bajó la mirada hacia sus palmas de las manos, ásperas por el trabajo. La culpa lo carcomía. Había luchado durante años, traspasado fronteras y asumido riesgos de locura solo para mantenerla allí, en el lugar más seguro que podía costear. Había trabajado en empleos de los que jamás se atrevió a hablarle —negocios turbios y encargos peligrosos—, todo para garantizar que dispusiera de un personal afectuoso y de una atención digna.

—Voy a buscarlo, mamá. Voy a encontrar a papá —continuó. Sabía que ella no apoyaría aquello; siempre había querido que dejara morir al pasado—. Es importante para mí. Tengo que cerrar este círculo

para poder ofrecernos una vida verdaderamente buena. Te mereces más que estos muros blancos, te mereces respirar aire de libertad.

Las lágrimas le escocían en los ojos. Sintió que la garganta se le cerraba e inmediatamente carraspeó en un intento de disimular el quiebre. Estiró una mano temblorosa hacia su taza de té, intentando ocultar la falta de estabilidad de sus dedos, pero antes de que pudiera tocar la cerámica, sintió algo que hizo que su corazón perdiera un latido.

La mano de su madre, ligera como una pluma, se estiró hacia delante y posó sobre el dorso de su mano. La retuvo alrededor de la taza cálida. Daniel se quedó congelado, con la respiración suspendida. Levantó la vista y vio una pequeña media sonrisa dibujarse en sus pálidas mejillas. No emitió ningún sonido, pero ese contacto fue la confirmación más rotunda que podía solicitar. Ella lo sabía. Ella lo veía de verdad.

—Te quiero, mamá —susurró y tomó sus dos manos pequeñas entre sus manos grandes, estrechándolas contra sí como si fueran su único ancla en mitad de un mar de incertidumbre.

—Amaya, querida, ha llegado la hora de las revisiones —una voz conocida interrumpió el instante. Era Irma, la cuidadora, que se aproximó a ellos con una sonrisa suave—. Daniel, tenemos que llevarla al interior.

Daniel se levantó de la silla y se agachó frente a la silla de ruedas de su madre. La miró por última vez, intentando grabar en su memoria cada arruga y rasgo de su delicado rostro, el aroma de su jabón limpio.

—Tengo que marcharme, mamá —dijo en un tono casi jovial, forzando una sonrisa en sus labios para aliviar el peso de la despedida—. No le des problemas a Irma, y si necesitas algo... cualquier pequeña cosa... ella me llamará y acudiré de inmediato. No importa en qué parte del mundo me encuentre, siempre acudiré.

Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente. Irma comenzó a empujar la silla de ruedas de vuelta hacia el moderno edificio, dejando a Daniel plantado solo sobre la verde y reluciente pradera de la mañana, con su sombra alargándose sobre el césped.

◆

Daniel abrió los ojos de golpe. La blancura cegadora del recuerdo se sustituyó por una luz fluorescente blanca y demasiado brillante. Por un instante pensó que seguía allí, en el jardín con su madre, pero el olor era diferente; no a césped húmedo y tierra cálida, sino un penetrante olor a desinfectantes y alcohol médico. El cielo que se vislumbraba desde el alto ventanal se mostraba azul y nítido, limpio de cualquier rastro de la tormenta de la noche anterior. Nada a su alrededor le resultaba familiar.

Intentó mover la pierna, e inmediatamente una oleada de dolor sordo y palpitante trepó por su muslo. Su leve movimiento hizo que la cama de hierro emitiera un crujido pequeño y estridente.

Justo a su lado, en una silla plegable sencilla, Maya se tensó. Se veía diferente: vestía un camisón de hospital azul y holgado, y una vía transparente estaba conectada al dorso de su mano izquierda. Su cabello oscuro permanecía revuelto y sus ojos se mostraban hinchados por la falta de sueño. Al percatarse de que él tenía los ojos abiertos, una sonrisa de puro alivio se extendió por su rostro, iluminando por un instante sus hermosas facciones.

—Te has despertado —susurró, y su voz se escuchó ronca y quebrada.

—¿Dónde... qué ha pasado? —soltó él en un susurro seco. Las palabras se sentían como grava en su garganta.

—El hospital de Porto Azul. Nalo consiguió traernos a tiempo —dijo ella con emoción, inclinándose hacia él—. Estábamos convencidos de ѡte habíamos perdido en el camino, Daniel.

Maya examinó su rostro con presteza, con el corazón latiéndole con fuerza. Recordaba cada palabra que se le había escapado allí, en la

absoluta penumbra de la lancha, y el recuerdo la inundó de vergüenza—. ¿Qué... qué es lo último ꟻrecuerdas? —preguntó con voz pequeña, rogando para ꟻtodo lo que había dicho se hubiera disuelto en mitad de su inconsciencia.

Daniel frunció el ceño.

—Luces amarillas... —murmuró a duras penas—. Y el faro... y el agua... todo lo demás es simplemente un agujero negro.

Maya respiró aliviada. Una sensación de liberación se extendió por su cuerpo: su secreto estaba a salvo. Le dedicó una pequeña mueca de ironía, sintiendo un alivio inmenso por no tener ꟻhacer frente a sus palabras desnudas a la luz del día.

Sin embargo, la expresión de su rostro cambió al ver que él la examinaba a ella también.

—¿Y qué te ha pasado a ti? —preguntó él, con la mirada puesta en la vía de su mano magullada, con manchas moradas asomando por debajo de su manga.

—Los médicos dicen ꟻesto me ayudará. Los gases del pozo... mi cuerpo necesita ayuda para recuperarse —dijo ella, intentando restar importancia a la gravedad de su estado.

—Me alegra ver ꟻestás bien —dijo Daniel con una pequeña y auténtica sonrisa.

Maya sintió que el calor le subía por el cuello y desvió la mirada para ocultar el rubor.

—Daniel, ¿quién es Amaya? —preguntó de repente. La cuestión la carcomía desde llegaron a la orilla.

Por un instante, él se congeló. Sus pupilas se dilataron e intentó incorporarse un poco de la almohada en un movimiento doloroso. Su mirada pasó de una sonrisa suave a mostrarse aguda y alerta.

—¿De dónde... cómo sabes ese nombre?

—Lo murmurabas antes, cuando estabas inconsciente —dijo ella en voz baja, sorprendida por su enérgica reacción—. Una y otra vez. Se te escuchaba... como si te estuvieras despidiendo de ella.

Daniel enmudeció. Desvió la mirada hacia el cielo vacío del exterior, y su mano tembló un poco por debajo de la manta. Su mayor secreto, el motor ש‍lo había empujado a todo este viaje, se alzaba ahora en la habitación estéril entre ambos, completamente expuesto.

—Es... —comenzó a decir, y su voz se quebró—. Nadie —cortó finalmente, sellándose de nuevo dentro de su conocida coraza. No estaba dispuesto a hablarle de ella a nadie; era su única forma de protegerla.

Capítulo 24

Daniel y Maya apenas habían tenido tiempo de asimilar la frágil tranquilidad de la mañana cuando la puerta de la habitación se abrió con un golpe medido. Ben y Ariel entraron en la estancia. Sus rostros se mostraban serios, una mezcla de sonrisa forzada y mirada que auguraba malos presagios. Ben, cuyo cuerpo parecía encorvado por el cansancio, sostenía en la mano un ramillete de flores de colores. El gesto resultaba casi surrealista en mitad del penetrante olor a desinfectantes del hospital.

—Tenemos buenas y no tan buenas noticias —dijo Ben, tendiéndole las flores a Maya con unos ojos que intentaban transmitir optimismo —. La transferencia de Ayelet ha llegado a tu cuenta y hemos utilizado un cajero automático cercano para sacar algo de efectivo. Todo está organizado, al menos ese asunto está resuelto y el equipo viene de camino.

Maya esbozó una sonrisa cansada, aspirando el aroma de las flores, que le sirvió como una tregua temporal frente al sterility del entorno.

—Gracias... ¿Y cuáles son las noticias no tan buenas?

La respuesta no llegó con palabras. El teléfono de Ariel comenzó a vibrar en su bolsillo con violencia. Sacó el dispositivo, sus gafas se deslizaron un poco sobre su nariz y giró la pantalla hacia Maya. El nombre que aparecía allí era el que menos deseaba ver en ese preciso instante: Mamá.

—Han llegado de visita sorpresa al Néguev. Han visto que la casa estaba vacía y han comprendido que no hemos estado allí en todas las vacaciones de primavera —explicó Ariel en voz baja—. Ayelet no ha aguantado la presión. Se ha derrumbado y se lo ha contado todo. Lo del viaje, lo de las mentiras... y también lo tuyo.

—Hemos encajado en la última hora cada tipo de grito que os podáis imaginar —añadió Ben con un suspiro—. Intentamos explicarles que era para ayudar, pero mamá no está dispuesta a escuchar nada. Exige hablar contigo, Maya. Ahora mismo.

Maya cerró los ojos, sintiendo que la total extenuación se le filtraba hasta los huesos. Sabía perfectamente qué le aguardaba al otro lado de la línea. Con mano temblorosa tomó el dispositivo y presionó el botón verde.

—¿Hola, mamá?

La voz de su madre perforó el silencio de la habitación.

—¡¿Maya?! ¡¿Me escuchas?! ¡¿Pero vosotros estáis normales?! —El grito llegó ahogado entre lágrimas y rabia—. Ayelet me lo ha contado todo. ¿Venezuela? ¿Tesoros? Decidme, ¡¿os habéis vuelto locos?! ¿Qué estabais pensando? ¡Sois mis hijos, no se supone que estéis en lugares como ese!

Maya apretó los ojos con fuerza. Vio a Daniel contemplarla desde la cama contigua con una mirada cargada de un pesar silencioso.

—Mamá, por favor, déjame que te explique...

—¡No hay nada que explicar! —La voz de su padre se escuchó de fondo, temblando de preocupación—. Estoy muy decepcionado con todos vosotros, esperaba de ti responsabilidad y no que uradieras semejantes planes a nuestras espaldas. —Las palabras de su padre

pulsaron como cuchillos en su corazón—. Ya estoy comprobando los billetes de avión. Subís al primer vuelo hacia Israel y de ahí directos a casa. No pego un ojo hasta que aterricéis en Ben Gurión. ¿Me has entendido?

—Papá, estoy en el hospital —susurró Maya. La habitación enmudeció por un instante—. Los médicos dicen que tengo que quedarme aquí al menos dos días bajo observación.

Al otro lado de la línea se instaló un silencio doloroso.

—De acuerdo. Cuarenta y ocho horas, Maya —dijo su padre finalmente con voz categórica—. Reservo los billetes para dentro de dos días. No salís de la habitación, no habláis con nadie y no os arriesgáis más. Prométemelo.

Maya tartamudeó ligeramente, con dificultades para articular las palabras.

—¡Promételo, Maya! —exclamó su madre en un grito.

Maya cedió.

—Lo prometo.

—¿Y ese chico que está con vosotros? —continuó su madre con voz quebrada—. Alejaos de él. Solo os traerá complicaciones. Por favor, simplemente regresad a casa.

Maya alejó el dispositivo de la oreja y lo depositó sobre la mesilla con mano temblorosa. El silencio que se instaló en la habitación resultó denso y agobiante.

—Tienen razón —dijo Ariel de repente. Permanecía al lado de la ventana, contemplando las calles de Porto Azul—. Tenemos que regresar. Casi te perdemos en ese pozo, y casi perdemos a Daniel en la lancha. Simplemente subamos al avión y olvidemos que todo esto ha ocurrido; ha sido una aventura suficiente para unas cortas vacaciones de primavera.

—¡¿Regresar con las manos vacías?! —irrumpió Ben con determinación—. ¿Después de todo lo que hemos pasado? Estamos

a un paso de lo verdadero. Está ante nuestros ojos, en el interior del pozo.

—¡Ben, papá tiene razón, es demasiado peligroso! —insistió Ariel—. Javier está ahí fuera, y los padres están deshechos de preocupación.

—Estoy de acuerdo con Ben —diquo Maya con una voz débil pero estable.

Ariel se volvió hacia ella con sorpresa.

—Tú más que nadie deberías estar de acuerdo conmigo —dijo señalándola, recordándole lo cerca que había estado de morir en el foso.

—Es verdad. But también sé que disponemos de una ventana de oportunidad de dos días hasta que los padres esperan que despeguemos. No nos quedaremos aquí ni un minuto más de lo imprescindible, pero no nos marchamos sin nada.

Ben asintió con satisfacción.

—Exacto. Mientras Maya descansa aquí, tú y yo regresaremos al faro.

—¿Qué? ¡¿Te has vuelto loco?! —exclamó Ariel—. ¿Hace un segundo le has prometido a los padres que no nos arriesgaríamos y ahora quieres regresar allí? —Sus ojos exigían explicaciones a Maya; al verla en aquel estado espantoso en el pozo, Ariel había sentido que fracasaba, porque a pesar de ser ella la hermana mayor de los tres, sentía que la responsabilidad sobre todos había recaído en él; siempre recaía en él.

—Ariel, no podemos rendirnos ahora, no tendremos una segunda oportunidad...

—¡Sí que podemos! Quiero encontrar ese tesoro tanto como vosotros, Maya, pero no así. No cuando nuestras vidas están en juego. No podemos vencer a ese pozo.

Maya se mordió el interior de las mejillas y evitó responder de forma impulsiva; ella no había estado allí para verse desde fuera en mitad

del peligro, pero podía contemplar la ansiedad reflejada en los ojos de él.

—No bajaremos más al pozo —lo cortó Ben—. Ahora que disponemos de dinero podremos comprar herramientas que nos ayuden a pescar el cofre desde arriba, sin que nadie tenga que entrar en el agua.

El silencio de Ariel delató que se había convencido un poco.

Daniel, que escuchaba con atención, se incorporó un poco sobre la almohada a pesar del dolor que le perforaba el muslo.

—¿Por qué estáis tan seguros de que lo que hay allí es lo que estabais buscando? —preguntó con voz ronca—. En la época de Catalina el faro estaba en la línea de la costa. ¿Por qué iba ella a ocultar un tesoro en un pozo de agua activo?

Maya se quedó mirando a un punto invisible de la pared, conectando las piezas del rompecabezas.

—Lo hizo porque sabía que era el único lugar en el que nadie buscaría —dijo despacio—. Fue un movimiento inteligente.

—Sigo sin comprenderlo —murmuró Ben.

—Pensadlo —continuó Maya, con los ojos brillándole de entusiasmo —. El diamante negro era el mayor logro del reino. El diamante es la piedra más fuerte de la naturaleza; puede conservarse cientos de años bajo el agua sin sufrir daños. Catalina sabía que sus enemigos registrarían cada muro del palacio y cada baldosa suelta. Por eso eligió el pozo: un lugar cotidiano que todos utilizan, expuesto a los ojos de todos. Ocultó el diamante en mitad de la vida misma, y lo dejó allí para siempre.

◆

La tarde cayó sobre Porto Azul con rapidez tropical, tiñendo el cielo de un naranja profundo que se transformó en un negro absoluto. En el interior del hospital las luces se atenuaron de forma gradual, dejando los largos pasillos bañados por un haz amarillento y débil.

En la habitación 402 la tranquilidad resultaba casi palpable, rota únicamente por el goteo rítmico de la vía. Ariel y Ben ya habían salido en dirección al puerto, dejando a Maya y a Daniel en una burbuja de silencio temporal.

De repente, las luces de la habitación parpadearon dos veces con un chasquido eléctrico seco, y se apagaron por completo. El sterility del entorno se sustituyó por una penumbra densa.

—¿Ya ha llegado la hora de apagar las luces? —Las cejas de Daniel se contrajeron con extrañeza.

Maya negó con la cabeza; su cabello oscuro se recortaba como una pesada silueta en la oscuridad. La hora era demasiado temprana para un toque de queda nocturno.

—No. Creo que hay una avería en la electricidad —susurró.

Segundos después se encendieron los focos de emergencia rojos y mortecinos en las esquinas del techo, proyectando sombras amenazantes sobre las paredes blancas. Maya se tensó. Se aproximó a la ventana con pasos silenciosos, apartando con cuidado la cortina y abriendo una rendija estrecha hacia la noche.

A través de la rendija subieron unas voces masculinas y ásperas. Hablaban en un castellano gutural que cortaba el silencio.

—Habitación 402... Rápido, no tenemos tiempo. —La voz era baja pero autoritaria.

El corazón de Maya perdió un latido. Al reconocer fuera la silueta de un hombre de hombros anchos al lado de una figura con el uniforme oscuro de un policía local, se desplomó sobre sus rodillas. Se arrastró de vuelta al centro de la habitación, con una respiración rápida.

—¿Qué pasa? —Daniel se levantó sobre sus codos, con los ojos investigando la mirada aterrorizada de su rostro.

—Hombres armados —susurró ella, con una voz que apenas se escuchaba por encima de los latidos de su corazón—. Hay matones

en los pasillos, y están buscando nuestra habitación. Están aquí, Daniel. Junto con policías.

Daniel frunció el ceño con estupor.

—No puede ser... —dijo—. No comprendo cómo nos han encontrado, no hay posibilidad de que supieran que estábamos aquí...

Maya se detuvo a mitad de la frase. La comprensión la golpeó.

—El reporte de Nalo desde el puerto... Javier sabía que tendríamos que acudir al hospital de inmediato después de que te dispararan. Seguro que ha sobornado a los policías, ellos les han facilitado la lista de los heridos que han llegado esta mañana.

Daniel extrajo la aguja de la vía del dorso de su mano con un movimiento tajante, ignorando el dolor que le perforaba el muslo. Se levantó de la cama, y su alta silueta se balanceó por un instante. Se apoyó en Maya, con su pesado brazo colocado sobre el hombro de ella, y juntos se escabullaron a través de la puerta comunicante hacia la habitación vecina.

Pasaron entre puertas comunicantes, moviéndose de habitación en habitación como sombras en mitad de la luz de emergencia roja. En la primera estancia un paciente anciano dormía con pesados ronquidos; en la segunda una mujer joven levantó la cabeza con extrañeza. Maya se colocó un dedo sobre los labios en un desesperado gesto de silencio, susurrando «disculpe» mientras se movían. Cada apertura de una puerta constituía una apuesta crucial.

Llegaron a la última habitación del pasillo. Maya oteó hacia fuera a través del cristal de la puerta y se congeló. A escasos metros de ellos permanecía un matón de hombros anchos, con una pistola medio oculta en su cinturón, escaneando las puertas de las habitaciones. Estaba demasiado cerca.

Daniel escaneó la estancia con ojos febriles. En una esquina, al lado de una cama vacía, colgaba el mando a distancia del botón de llamada a la enfermera. Daniel cojeó hacia él, arrastrando su pierna herida.

—Estate lista junto a la otra puerta —le susurró a Maya.

Apresó el botón y lo presionó con fuerza. De golpe, la luz sobre la puerta de la habitación en la que se encontraban se encendió en un blanco brillante, y en el pasillo comenzó a escucharse un pitido rítmico y molesto de llamada de emergencia.

El matón reaccionó de inmediato. Giró la cabeza con brusquedad hacia la fuente del ruido y comenzó a avanzar con pasos pesados en dirección a la puerta donde brillaba la luz. Esa era su ventana de oportunidad.

—¡Ahora! —ordenó Daniel en un susurro.

Se escabullaron por la puerta opuesta, pegándose a las frías paredes mientras el matón estaba ocupado examinando la habitación que acababan de abandonar. Con una rapidez desesperada, sosteniéndose el uno al otro, cruzaron el recodo del pasillo y entraron en el primer cuarto de servicio que se cruzó en su camino.

La puerta se cerró tras sus pasos con un chasquido sutil. Una penumbra absoluta reinaba allí, acompañada de un penetrante olor a productos de limpieza y jabón de suelos. Estaban apiñados en el pequeño espacio, permaneciendo pegados el uno frente al otro mientras entre ambos los separaban cubos de plástico y fregonas.

Fuera, los pasos del matón regresaron en dirección a ellos, rítmicos y amenazantes. Daniel se colocó el dedo sobre los labios, indicándole que permaneciera en absoluto silencio. Maya tragó saliva, escuchando los latidos de su corazón golpear en su pecho en mitad del agobiante silencio del cuarto de servicio.

Capítulo 25

La luz del sol de la tarde tardía golpeaba los muros de piedra desnuda del faro, proyectando sombras largas y distorsionadas sobre el rugoso suelo de hormigón. El aire en el interior resultaba denso por la humedad, saturado del aroma salado del mar Caribe que se

vislumbraba a través de los ventanales hechos añicos. Ben y Ariel permanecían de pie sobre la boca del pozo, con los cuerpos sudorosos y tensos. Estaban rodeados por el equipo que habían comprado en el puerto apenas unas horas antes: cuerdas, vigas de metal y poleas que se veían ajenas en el interior de la antigua estructura.

—No podemos esperar a la marea —dijo Ben, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de su mano sucia. Consultó su reloj; eran casi las cuatro y el tiempo los apremiaba—. Javier puede aparecer aquí en cualquier instante. Vamos a descender el imán ahora, mientras el pozo está seco. Nos ayudará a localizar el metal y luego los ganchos harán el resto.

Ariel asintió, con el rostro marcado por una determinación silenciosa. Sus ojos azules escanearon la estructura que habían montado. Se aproximó a las tres vigas de metal macizas que habían traído.

—Vamos a levantar esto. Despacio, Ben. No queremos que todo se desplome hacia el interior de este foso.

Trabajaron en una colaboración silenciosa, uniendo las vigas entre sí sobre la boca del pozo y levantando un trípode estable. Ben se aseguró de que cada tornillo estuviera apretado hasta el límite de su capacidad. En el centro, en el punto de encuentro de las vigas, colgó la polea doble; el único mecanismo que los separaría de un fracaso físico absoluto.

Ben levantó el grueso cable de acero. En su extremo estaba instalado un potente imán industrial, combinado con unos ganchos de agarre triples de acero. Enrolló el cable alrededor de la polea y lo deslizó lentamente hacia el interior de la densa penumbra.

—Esto tiene un peso enorme antes de tocar nada siquiera —siseó Ben entre dientes.

Ariel aferró el otro extremo del cable y sus robustas manos se tensaron. Decenas de metros de acero desaparecieron en el interior

del foso oscuro, hasta que se escuchó un *clank* metálico y sordo desde el fondo del pozo.

Ben tiró del cable ligeramente. Sintió resistencia.

—Ya está —dijo con la respiración contenida, y sus ojos marrones claros brillaron—. El imán se ha adherido. Ahora clavo los ganchos. Ariel, ven.

Se plantaron el uno al lado del otro, asiendo el cable con todas sus fuerzas, con los pies firmemente asentados en el hormigón.

—¡Una, dos y tres! —exclamó Ben, y ambos tiraron hacia arriba en un único movimiento colosal.

Cada músculo de sus cuerpos se tensó hasta el límite. El cable parecía a punto de reventar por la carga. El cofre resultaba considerablemente más pesado de lo que habían imaginado; no disponían de motores, solo de su fuerza física bruta y de la polea que dividía el peso. Cada centímetro de avance requería un esfuerzo supremo, una quemadura de dolor que se extendía desde sus brazos hacia la espalda y las piernas.

—¡No puedo! —exclamó Ben, con la mano resbalándosele del cable deslizante por el sudor.

—¡Sí que puedes! —gritó Ariel, aferrando el cable con más fuerza, con el acero casi cortándole la piel—. ¡Puedes, Ben! ¡No hemos pasado por todo este infierno para rendirnos ahora! ¡No te detengas!

Ben reaccionó, con el rostro encendido por el esfuerzo, y apresó el cable de nuevo. Juntos tiraron otra vez, con todo el cuerpo temblándoles. Centímetro a centímetro, el antiguo cofre —envuelto en cadenas oxidadas y bloques de lodo— comenzó a ascender desde la penumbra hacia la tenue luz de las horas de la tarde.

Cada crujido de la polea resonaba en el espacio cerrado. Ben sentía los latidos de su corazón golpear en sus oídos. ¿De verdad estaba ocurriendo aquello? ¿Todas las mentiras a los padres, el miedo en el mar y el peligro por el que Maya había pasado... de verdad todo había merecido la pena por este instante?

El cofre era de un peso inconcebible, pero ascendía. Un poco más. Solo un poco más.

Con las fuerzas que les quedaban, en un último torrente de adrenalina que les quemaba los músculos, dieron un tirón final. El cofre rebasó el borde del pozo y aterrizó sobre el suelo de piedra con un impacto sordo que sacudió todo el polvo del faro.

Ben y Ariel se desplomaron a su lado en una extenuación absoluta. Permanecían sentados en el suelo polvoriento, jadeando con fuerza, con el sudor corriéndoles por el rostro y humedeciéndoles las ropas sucias con manchas de óxido y lodo negro. Durante largos minutos simplemente se le quedaron mirando: un bloque macizo de madera de roble antiguo, oscura como el carbón, envuelta en refuerzos de hierro que se habían vuelto verdes por la antigüedad. A pesar de la suciedad, poseía una belleza salvaje y majestuosa, como si cargara sobre sí con todo el peso de la historia de Catalina.

—Lo hemos logrado —susurró Ariel, con la voz agrietada y seca—. Ben, lo hemos logrado.

Ben no respondió con palabras. Simplemente estiró una mano temblorosa y palmeó el hombro de su hermano. Al segundo siguiente ya se encontraban fundidos en un abrazo; un abrazo aplastante y lleno de desahogo tras días de miedo. Rompieron en una carcajada alocada que resonó entre los muros del faro abandonado. Toda esta primavera se concentraba en aquel único instante en el que el cofre permanecía depositado a sus pies.

Ben reaccionó primero y sus ojos recuperaron la lucidez. Extrajo una pequeña palanca de hierro de la mochila.

—Vamos a ver si el abuelo tenía razón o si nos hemos vuelto locos por completo.

Introdujo la herramienta por debajo de la tapa decorada. La madera antigua gimió en señal de protesta, emitiendo un sonido de fractura seco, y entonces la tapa se abrió de par en par.

La luz dorada del atardecer penetró en el interior y se reflejó en el contenido del cofre, haciendo que ambos entornaran los ojos por el repentino deslumbramiento. No era solo oro. Eran pilas de monedas antiguas, joyas engastadas con piedras que habían perdido parte de su brillo pero no de su valor, y pequeños lingotes de oro en los que estaban acuñados los emblemas reales del rey Esteban.

—Es real —murmuró Ariel, pasando una mano temblorosa sobre el tesoro—. Es verdaderamente real.

En el centro de la pila de oro, medio oculto bajo una tela de terciopelo que antaño fuera carmesí y se había vuelto negra por la podredumbre, reposaba otro objeto. Se trataba de otra pequeña caja, fabricada en madera de ébano oscura y decorada con un fino filamento de oro.

Ariel estiró la mano y la extrajo de la pila. Sintió su peso sorprendente. Con un sutil chasquido liberó el broche y abrió la tapa.

A ambos se les cortó la respiración.

En el interior de un polvoriento forro de seda reposaba el Diamante Negro. Era grande, del tamaño de una granada madura, tallado de una forma geométrica que absorbía la luz del sol y la devolvía en destellos de un gris metálico y un azul profundo. Poseía un brillo oscuro y magnético, que parecía succionar hacia su interior toda la luz de la estancia.

—Es hermoso —susurró Ariel—, y aterrador al mismo tiempo.

Ben cerró la caja de ébano con un chasquido rotundo, cortando el encanto.

—No tenemos tiempo para quedarnos embelesados —cortó, y su voz recuperó un tono práctico y frío. Sacó dos mochilas de deporte negras—. La marea viene de camino y tenemos que largarnos de esta playa antes de que anochezca. Cárgalo todo, Ariel. Ahora mismo.

Comenzaron a arrojar el oro en el interior de las mochilas con una prisa febril. El sonido del metal al chocar contra la lona de la mochila

constituyó la mejor música que habían escuchado en sus vidas. El cofre original quedó abandonado en una esquina del faro; una carcasa vacía de un secreto de siglos de antigüedad revelado por fin a la luz del día.

◆

En el interior del pequeño cuarto de servicio, Maya actuaba con la rapidez de un animal acosado. El penetrante olor a lejía le escocía en la nariz, pero no se detuvo. Con manos temblorosas se despojó del identificable camisón de hospital y se enfundó el uniforme de limpieza azul y blanco que había encontrado en un oxidado gancho de metal. Recogió su cabello rizado dentro de una cinta a juego y se ajustó la mascarilla estéril sobre el rostro. En un instante dejó de ser Maya; se transformó en una empleada invisible en el colosal engranaje del hospital.

Se volvió hacia el carrito de la lavandería industrial; un profundo contenedor de metal con una bolsa de lona gruesa.

—Daniel, tienes que meterte ahí dentro. Ahora mismo.

Daniel contempló el carrito y luego a ella, con su rostro bronceado cubierto de sudor frío.

—Ni hablar —siseó entre dientes, aferrándose al muslo vendado—. No me voy a meter en un saco de lavandería. No lograrás empujar esto y nos vas a delatar a los dos.

—Daniel, mírame —lo agarró por los hombros, con una voz más autoritaria y decidida de lo que jamás había mostrado—. Apenas te sostienes en pie. Si sales al pasillo de ese modo, nos atraparán en diez segundos. Esta vez confías en mí. Simplemente entra.

Daniel luchó contra sí mismo por un instante. Ese fue el momento en el que el control se le escapó de las manos. Gimió de dolor y se encogió con gran dificultad en el interior del carrito.

—Solo se vive una vez —murmuró.

Maya depositó sobre él pesadas pilas de sábanas y toallas usadas, creando un pequeño espacio para que no se asfixiara bajo el peso.

—Te equivocas, morimos una sola vez, pero vivimos la vida cada día de nuevo —dijo ella.

—Aguanta —llegó su voz amortiguada de entre las telas—. No los mires a los ojos. Simplemente continúa caminando.

Maya tomó una respiración profunda, aferró el frío asa de metal y abrió la puerta hacia el pasillo.

Las luces de emergencia rojas proyectaban sombras amenazantes sobre las paredes. Comenzó a arrastrar el carrito con un chirrido fino y constante. Su corazón golpeaba con tal fuerza que estaba convencida de que cualquiera que pasara a su lado escucharía su ritmo aterrorizado.

A mitad del pasillo los vio. Dos de los matones de Javier permanecían junto al puesto de enfermería abandonado, y a su lado el policía del pasillo anterior. Escaneaban a los que entraban y salían con miradas de cazadores. El hombre de la cicatriz hablaba por el radiotransmisor en un castellano rápido. Maya agachó la cabeza, concentrándose en las ruedas giratorias.

Pasó por delante de ellos a una distancia de menos de un metro. Podía percibir la tensión violenta en el aire.

—¡Eh, tú! —exclamó el matón de la cicatriz.

A Maya se le congeló la sangre. No huyó. Mantuvo la apariencia de una empleada cansada al final del turno. Se giró despacio, con unos ojos que por encima de la mascarilla se mostraban indiferentes.

El matón señaló con desprecio hacia un charco de agua cercano.

—Algún crío ha derramado café ahí sobre las sillas y todo ha quedado pegajoso, limpia eso luego —ladró y regresó al radiotransmisor.

Maya asintió con la cabeza agachada y continuó arrastrando el carrito. Solo cuando alcanzó el recodo del pasillo y ellos

desaparecieron de su vista sintió que era capaz de respirar de nuevo. Se desvió rápidamente hacia la solitaria zona de la lavandería en el sótano.

Detuvo el carrito en una esquina oscura detrás de unos sacos de lavandería vacíos.

—Daniel, ¿estás conmigo?

—Sigo aquí —siseó, con el rostro gris y exhausto.

—Estamos en el sótano. Hay un teléfono aquí, intento localizar a Ariel.

Marcó el número, con el corazón latiéndole al compás de las máquinas que la rodeaban. A la segunda señal la línea se abrió. El ruido del otro lado resultaba ensordecedor: viento silbando y olas rompiendo.

—¡Ariel! Soy Maya. ¿Me escuchas?

—¡¿Maya?! ¿Dónde estás? —La voz de Ariel estaba saturada de adrenalina—. ¡Lo logramos, Maya! ¡Todo estaba allí!

Un escalofrío de calor recorrió su cuerpo. Una lágrima de alivio corrió por su mejilla por debajo de la mascarilla. Miró a Daniel y le susurró moviendo los labios: *«¡Lo han encontrado!»*. Daniel cerró los ojos, como si un lastre se hubiera retirado de su pecho.

—Ariel, escucha —regresó al teléfono—. Hay matones armados y policías buscándonos aquí. Tenemos que salir de este lugar.

—Escucha —la voz de Ariel se volvió tajante—. Ben nos ha cerrado un vuelo privado. Tenéis que llegar a la pista de aterrizaje Simón Bolívar. Está a unos cuarenta y cinco minutos de vosotros. Coge un taxi, Maya. Solo en efectivo. Nos reuniremos con vosotros allí.

Maya colgó el auricular.

—Daniel, salimos. Regresamos a casa.

Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios con la sola mención del aire de Israel.

Empujó el carrito hacia la puerta de acero de la salida trasera. La puerta se abrió con un chirrido y el aire de la tarde cálido y húmedo de Venezuela los golpeó en el rostro. Se encontraron en un callejón descuidado.

—Maya —la voz de Daniel subió de entre las sábanas, débil pero nítida—. No puedes arrastrar este carrito por la calle.

—Lo sé.

Se despojó rápidamente del uniforme de limpieza, quedándose con su camiseta de tirantes y sus pantalones sencillos, y arrojó el uniforme al cubo de la basura. Con gran dificultad ayudó a Daniel a salir del carrito. Él gimió y se apoyó en su hombro con todas sus fuerzas, arrastrando su pierna herida.

—Hazte pasar por un borracho —le susurró mientras cojeaban hacia la calzada.

Un taxi blanco y viejo redujo la velocidad a su lado. Maya no lo dudó e hizo señas al conductor con desesperación.

—¡Por favor! ¡Al aeropuerto Simón Bolívar!

El conductor los miró con suspicacia, examinando al hombre herido y a la mujer sudorosa. Estaba a punto de negarse, pero cuando Maya extrajo un puñado de billetes de dólares arrugados, sus ojos se encendieron. Desbloqueó los seguros.

—Entrad rápido.

Cuando la puerta del taxi se cerró con un golpe y el vehículo se incorporó al concurrido tráfico de Porto Azul, Maya sintió que su corazón regresaba a su lugar. Miró a Daniel, cuya cabeza se había desplomado hacia atrás sobre el desgastado asiento. Cuarenta y cinco minutos los separaban del avión. Estaban en camino a la seguridad. Estaban en camino a casa.

Capítulo 26

El viejo y abollado taxi blanco de Maya y Daniel chirrió en una frenada repentina junto al portón de hierro de la pista de aterrizaje privada en el Aeropuerto Simón Bolívar. Sus gastados neumáticos levantaron una densa nube de polvo. El conductor observó con angustia al vigilante armado que se aproximaba a la ventanilla, con el dedo apoyado con descuido en el gatillo del fusil. Maya sintió que el sudor frío le corría por la espalda. Daniel, que permanecía medio inconsciente en el asiento trasero, gimió de dolor cuando su cabeza golpeó contra el marco de la puerta debido a la fuerza del impacto.

—¡Llegamos tarde a nuestro vuelo, no podemos demorarnos ahora! —le gritó Maya al vigilante en castellano, al tiempo que empujaba en su mano un puñado de billetes de dólares. El hombre contempló el dinero, luego el destartalado taxi y, finalmente, el pequeño avión de negocios que aguardaba en la pista a unos cien metros de distancia. Sus motores ya silbaban con un rugido tenue. Asintió con codicia y abrió el portón.

El taxi avanzó a gran velocidad sobre el asfalto que comenzaba a enfriarse con la caída del crepúsculo. En ese preciso instante, desde la dirección de los muelles, emergió un todoterreno negro que derrapó en una curva cerrada y se detuvo junto a ellos.

Las puertas se abrieron de golpe. Ben y Ariel saltaron fuera. Sus ropas estaban manchadas de lodo del faro y sus rostros polvorientos, pero sus ojos ardían con el fuego de la victoria. Cada uno de ellos aferraba una mochila de deporte negra y pesada que les tiraba de los hombros hacia abajo.

—¡Maya! —gritó Ariel, y su voz quedó amortiguada por el ruido de los motores en marcha.

Maya abrió la puerta del taxi y ayudó a Daniel a salir. El encuentro entre ellos en la pista de aterrizaje fue breve, casi desprovisto de palabras; solo miradas rápidas que confirmaban lo más importante: todos vivos, todos aquí. En el umbral del avión los aguardaba Luis, el tío de Inés. Asintió hacia Ben con impaciencia; el trato que habían

cerrado por teléfono resultaba nítido: un vuelo directo a Israel a cambio de una generosa porción del oro que contenían las mochilas.

Ben agarró a Daniel por el brazo y, juntos, lo arrastraron hacia las escalerillas del avión. Subieron corriendo, tropezando por el peso de las mochilas negras que se negaban a soltar. En cuanto Maya puso un pie sobre la alfombra interior, Luis tiró de la palanca y cerró la pesada puerta con un hermético chasquido de vacío. De repente, todos los ruidos del mundo exterior se esfumaron.

Las ruedas del avión se despegaron de la pista con suavidad. Durante un largo instante la fuerza de la gravedad los pegó a los cuatro a sus asientos de cuero, y entonces llegó la sensación de flotabilidad; el momento en el que la tierra, con todos sus peligros, las persecuciones de Javier y las sombras del faro, se transformó en una sucesión lejana de pequeñas luces que quedaron tragadas por una oscura manta de nubes.

En el interior de la silenciosa cabina se escuchó un suspiro colectivo de alivio. Daniel fue el primero en rendirse ante el cansancio. Los analgésicos que Maya le había suministrado comenzaban a hacer efecto, difuminando el recuerdo del disparo y de la huida. Gimió una vez al cambiar de postura, pero tenía los ojos cerrados y una pequeña sonrisa dibujada en los labios. En cuestión de minutos sus respiraciones se volvieron profundas y rítmicas. Se durmió.

Maya estaba sentada frente a él, contemplándolo dormir bajo la cálida luz ambarina de la cabina. Sentía como si un lastre de toneladas se hubiera retirado de su pecho. Estiró una mano temblorosa y acarició la mochila depositada a sus pies, solo para asegurarse de que aquello no era un sueño a punto de desvanecerse.

—De verdad estamos en el aire —susurró Ariel. Se recostó hacia atrás, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza—. Sin Javier, sin matones, sin ese maldito faro. Solo nosotros.

Ben, que estaba sentado junto a una pequeña mesa, abrió la caja de madera negra con parsimonia. Contempló el Diamante Negro que

reposaba allí, pesado y oscuro, pero esta vez no vio en él un simple tesoro. Vio en él el camino de vuelta a casa. Levantó la vista hacia Maya y Ariel, y en sus ojos se encendió un destello de tranquilidad que no se vislumbraba allí desde hacía mucho tiempo.

—Se acabó —dijo Ben en voz baja—. Este viaje ha quedado atrás.

Maya asintió y apoyó la cabeza en la mullida almohada. Cerró los ojos e imaginó el olor del aire de su país: la familiar humedad de Tel Aviv, la sal en la playa de Yanai y la sensación de la tierra israelí bajo sus pies. El silencio en el avión constituía el mayor regalo que podía solicitar.

Más allá de la ventanilla, Venezuela se desvaneció por completo en la oscuridad. Debajo de ellos se extendía el océano Atlántico; un puente infinito que los conducía de vuelta al lugar al que pertenecían. Estaban de camino a casa.

◆

La tranquilidad en la cabina era profunda y densa, interrumpida únicamente por el zumbido de los motores. Daniel yacía al fondo, cubierto por una manta de lana, con el rostro relajado bajo el efecto de los analgésicos. Maya, Ben y Ariel se apiñaban alrededor de la mesa, con la luz ambarina reflejándose en la lona de las mochilas negras depositadas a sus pies.

—Escuchad —comenzó Maya en voz baja, desviando la mirada hacia Daniel—. Sé cuánto hemos trabajado para conseguir lo que hay en estas mochilas. Pero Daniel... sin él, no habríamos visto ni un gramo de este oro. Él me salvó.

Ariel estuvo a punto de responder con ironía, pero Ben le posó una mano en el hombro y lo detuvo. Miró a Maya con ojos severos.

—No sé qué habríamos hecho si te hubiéramos perdido en aquel pozo —diquo Ben con voz profunda—. Él asumió un riesgo que nosotros no tuvimos tiempo de asumir. Se merece una parte significativa.

Ariel suspiró, pero esta vez fue un suspiro de aceptación.

—De acuerdo —murmuró y se pasó una mano por el cabello—. No confío en él al cien por cien, pero estuvo allí por ti cuando nosotros fallamos. No me opondré a su parte.

—Aún voy a sonrojarme, y eso no le sentaría bien al color de mi rostro —se escuchó de repente una voz ronca y somnolienta desde el asiento del fondo.

Los tres dieron un brinco. Daniel abrió un ojo, con una sonrisa débil y pícara en los labios.

—Ariel, si continúas de ese modo, voy a pensar que de verdad te caigo bien.

—No te acostumbres —rezongó Ariel, aunque en su mirada había algo casi amistoso—. Este es un momento único de clemencia que se debe única y exclusivamente a la altura a la que nos encontramos.

Ben sonrió y levantó su vaso de refresco bien frío hacia Daniel.

—Hablamos en serio. Lo que hiciste en el faro no es algo que deba darse por sentado. Es un aprecio sincero por nuestra parte.

Daniel se silenció. Su sonrisa pícara desapareció y se sustituyó por una mirada transparente. Miró a Maya, que le sonreía con preocupación.

—Mirad —comenzó en voz baja—, sé que os engañé en Portugal. Os herí y traicioné vuestra confianza porque solo pensaba en mí mismo y en mi propia supervivencia. Antes de conoceros, huía de personas que me buscaban, y perseguía algo que creía haber perdido para siempre: a mi padre. Mi madre es toda la familia que tengo, y siempre quise saber más sobre nosotros, sobre mis raíces.

Suspiró al recordar, tomó una respiración profunda y llenó sus pulmones con el aire acondicionado del avión.

—Sin pretenderlo, este viaje me condujo hasta vosotros, tres hermanos a los que ni siquiera conocía. Sin saber quién era yo de verdad, os abristeis a mí y me dejasteis otear el interior de vuestra

asombrosa unión familiar. Muy pronto comprendí que todo lo que buscaba fuera... en realidad ya existía en vosotros. No salté al pozo solo por el oro, Ben. Salté dentro porque cuando nos encontramos de nuevo en Santa Clara, sentí la necesidad de agradeceros lo que me habíais enseñado sin pretenderlo. Me ayudasteis a comprender que una familia no es solo un vínculo de sangre o de genes. Una familia es alguien a quien se le desea el bien de verdad, con quien se sabe pedir disculpas cuando se le hiere, y se avanza junto a él frente a todo el mundo. Una familia es alguien por quien se hace un sacrificio sin pensar dos veces en el precio.

El silencio se instaló en la cabina. Ariel bajó la mirada hacia la mesa y permaneció callado, asintiendo con una muda aceptación. Ben depositó su vaso y se cruzó de brazos.

—Daniel, dicen que los amigos son la familia que elegimos para nosotros mismos. Después de lo que hemos pasado... esa elección ya ha sido tomada.

Maya sintió un nudo de emoción en la garganta. Estiró la mano y presionó el brazo de Daniel en un gesto de alianza.

Las horas transcurrieron en un sueño agitado y entre recuerdos del hogar, hasta que de repente se escuchó un sutil sonido de timbre. La voz de Luis resonó en el sistema de megafonía en inglés con un marcado acento portugués:

—Damas y caballeros, les habla el capitán. Hemos cruzado la línea de la costa. Nos encontramos en el espacio aéreo de Israel. El clima está despejado y podrán ver las luces de Tel Aviv a la izquierda. Comenzamos el descenso. Bienvenidos a casa.

Ariel se pegó a la ventanilla, escaneando el horizonte negro hasta que identificó la línea de la costa centelleando en oro.

—Ahí está —susurró con emoción—. Maya, Ben... de verdad estamos en casa.

◆

Tras catorce horas extenuantes de tensión existencial y un zumbido de motores interminable, las ruedas tocaron por fin la pista de aterrizaje en el Aeropuerto Ben Gurión. El aterrizaje fue suave, casi imperceptible, pero el corazón de Maya batiía con una fuerza salvaje. Miró a través de la ventanilla las familiares luces de la pista y los carteles en su idioma. «De verdad estamos aquí», susurró para sí, sintiendo que las lágrimas de alivio amenazaban con brotar.

Un vehículo negro los recogió a pie de pista para conducirlos a la exclusiva terminal Fattal. El lugar semejaba el lujoso vestíbulo de un hotel; reinaba allí un silencio absoluto y un potente aire acondicionado esparcía un frío que contrastaba por completo con el calor de Caracas.

Al fondo del pasillo se encontraba el control de aduanas. Un empleado aburrido estaba sentado allí leyendo un periódico doblado al lado de una máquina de escáner gris y amenazante. Ariel sintió que el sudor frío regresaba a su nuca. La mochila que llevaba al hombro, que contenía los lingotes de oro y el Diamante Negro, se sintió de repente como si pesara una tonelada. Miró a Ben con angustia. Ben mantenía el rostro congelado, pero tenía los puños fuertemente cerrados en sus bolsillos.

—Mostraos naturales —susurró Ben entre dientes apretados—, solo somos ciudadanos tras un viaje largo.

Llegaron al puesto de control de fronteras. El agente tomó los pasaportes arrugados, los pasó por el escáner con movimientos mecánicos y los devolvió sin pestañear.

—Bienvenidos —dijo con voz monótona sin levantar la mirada.

Ahora quedaba el último obstáculo: la aduana. El empleado depositó el periódico y los miró con escrutinio. Examinó a Daniel, que se apoyaba pesadamente en el hombro de Ben, y el aspecto desaliñado y magullado de todos.

—¿De dónde regresáis? —preguntó con voz suspicaz.

—Un viaje mochilero después del ejército que se complicó —respondió Maya con la sonrisa más inocente y exhausta que pudo movilizar—. Daniel se lesionó en una ruta, pasamos dos semanas en una pesadilla de hospitales en Venezuela. Solo queremos llegar a casa para ducharnos.

El empleado contempló las mochilas negras que Ariel y Ben sostenían con un agarre firme. El corazón de Ariel perdió un latido; estaba convencido de que todos escuchaban los impactos. Si el empleado les ordenaba colocar las mochilas en la cinta... todo habría terminado. El agente guardó silencio durante un largo instante, desviando la mirada entre el rostro atormentado de Daniel y el cansancio abismal de todos.

—Venezuela, ¿eh? No es un lugar sencillo para viajar ahora —dijo finalmente y suspiró con simpatía. Señaló con la mano hacia la puerta de salida—. Marchaos a casa. Que te mejores, muchacho —añadió hacia Daniel.

Continuaron caminando a un ritmo normal, a pesar de que cada célula de sus cuerpos deseaba romper a correr. Solo cuando las puertas exteriores se abrieron y vieron el vehículo familiar aguardando en el carril de recogida, Ariel liberó la respiración.

—He perdido cinco años de mi vida en esa aduana —murmuró Ariel con voz trémula.

—Pero has ganado una vida entera, hermano —le palmeó Ben el hombro—. Ahí están.

El aire cálido los golpeó en el rostro; aroma a mar y a libertad. A lo lejos permanecían los padres. Papá parecía haber envejecido una década en las últimas dos semanas. Mamá aguardaba con los hombros tensos, con los brazos cruzados sobre el pecho en la conocida postura de «me muero de preocupación por vosotros, pero vais a pagar por esto».

Maya no pudo esperar. Soltó la mochila y corrió hacia ellos.

—¡Mamá! ¡Papá! —exclamó con la garganta ahogada.

Llegó ante su madre con los brazos abiertos, dispuesta a ser devorada por un abrazo, pero entonces ocurrió.

¡Zas!

Un bofetón sonoro, rápido y preciso aterrizó en la mejilla de Maya. Se quedó congelada en el sitio, sujetándose la mejilla ardiente, estupefacta. Ben y Ariel se detuvieron en seco detrás de ella. El silencio se apoderó de la zona de la terminal.

—¡Que esta sea la última vez! —exclamó su madre con voz trémula, con lágrimas corriéndole por el rostro—. ¡La última vez que me mientes diciendo que estás en un viaje de estudios mientras te arriesgas de ese modo! ¡¿Es que comprendes de verdad por lo que hemos pasado?!

Maya miró a los ojos de su madre, vio allí el pavor absoluto y el amor, y de repente estalló en una carcajada mezclada con llanto. Se abalanzó sobre su madre y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Lo siento, mamá. Lo lamento muchísimo. Estamos aquí, todo está bien.

La madre atrajo también a Ben y a Ariel, envolviendo a los tres en un abrazo asfixiante.

—Locos —murmuraba entre su cabello—, mis hijos están locos por completo.

El padre se aproximó en silencio a Daniel, que había quedado un poco rezagado, y le posó una mano cálida sobre el hombro.

—Lo hemos escuchado todo por los chicos, Daniel —dijo en voz baja y llena de aprecio—. Gracias por proteger a mi hija.

Daniel esbozó una débil sonrisa.

—Son una familia muy terca, señor —dijo contemplando a Maya y a sus hermanos—, pero merece totalmente la pena luchar por ellos.

Caminaron hacia el coche como un solo cuerpo. El oro estaba oculto y el diamante en el bolsillo, pero al iniciar el viaje seguro de vuelta a

casa, sabían que el verdadero tesoro ya se encontraba en el interior del vehículo: en el abrazo de mamá y en la mirada de papá. Su viaje había llegado a su fin.

Epílogo

Medio año había transcurrido ya desde que los neumáticos besaron la pista de aterrizaje en Ben Gurión. Parecía que una vida entera se hubiera condensado en el interior de estos cortos meses. El extenuante viaje por Venezuela —los disparos en el faro, la asfixiante humedad de las selvas y aquel instante en el fondo del pozo oscuro— se habían transformado en un recuerdo lejano, casi irreal, como si pertenecieran a una película extranjera.

La familia Arazi ya no era la misma familia que luchaba por mantenerse a flote. La tensión constante en los ojos de Ben y la rigidez en los hombros de Ariel se habían sustituido por algo nuevo: tranquilidad. Se trataba de una tranquilidad profunda, reservada únicamente para aquellos que saben que su gran batalla ha terminado y que, esta vez, han salido victoriosos.

La mañana en su nuevo hogar en el *moshav*, el asentamiento agrícola tradicional, comenzaba con sonidos muy distintos a los que conocían en la ciudad. En lugar del bullicio de una calle contaminada, solo se escuchaba el susurro de los aspersores en el jardín. La nueva villa se alzaba con orgullo al final de la calle, rodeada de árboles frutales jóvenes que les proporcionaban la privacidad con la que siempre habían soñado. En el centro del patio relucía una piscina, devolviendo los rayos del sol en destellos reconfortantes.

En el interior de la moderna vivienda independiente situada en el extremo del patio, Ben se sentaba frente a las pantallas del ordenador. Ya no era el muchacho asustado que consumía su tiempo libre en los videojuegos para no hacer frente al mundo exterior; el viaje por Venezuela lo había forjado. Había salido de allí convertido en un líder sensato, la mejor versión de sí mismo.

Este bienestar no había llegado en sospechosas maletas llenas de dinero en efectivo. Como parte del acuerdo para la devolución del tesoro nacional a Venezuela, se le otorgó a la familia Arazi un premio oficial por el descubrimiento de varios millones de dólares; una recompensa totalmente legal por rescatar un patrimonio histórico que había permanecido perdido durante siglos. Ese dinero, gestionado con prudencia con la ayuda de asesores legales, fue el que construyó la casa en el *moshav* y fundó el negocio legal de seguridad informática de Ben. Ya no tenían que mirar por encima del hombro; el propio Estado había firmado su certificado de integridad.

Sin embargo, esta tranquilidad se adquirió únicamente tras un proceso complejo y agotador que concluyó un mes atrás. El Diamante Negro había emprendido su camino de vuelta a la tierra de Venezuela. La elección consciente de restituir el tesoro a su origen no fue solo un movimiento legal que les garantizó la inmunidad, sino la única vía para transformar el hallazgo del abuelo Abraham de un peligroso contrabando a un patrimonio histórico mundial; uno que inmortalizara su nombre de la forma en que merecía ser recordado.

Ben oteó a través del gran ventanal y vio a Ariel entrenar en el jardín y a Maya relajarse en el porche con un libro en la mano. Una pequeña sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. Habían alcanzado su destino.

◆

En el suntuoso salón de mármol del Museo Nacional de Caracas, bajo una estricta seguridad y focos que cortaban la penumbra, se reveló por fin la verdad. El Diamante Negro, que antaño encendiera sueños febriles y persecuciones mortales, descansaba ahora en paz en el interior de una vitrina de cristal blindado. Brillaba con una oscuridad hipnótica, proyectando misteriosas sombras sobre los muros, pero el momento más emotivo no fue la belleza de la piedra.

Fue el instante en que se retiró la cubierta de la placa de bronce dorada. En lugar de la palabra «loco» o los susurros sobre «delirios»

que habían acompañado al nombre del abuelo con desprecio durante décadas, aparecía grabado allí ahora, en letras grandes y solemnes:

«El patrimonio nacional ha sido descubierto y restituido a su tierra por la familia Arazi y Daniel Toledano, basándose en las revolucionarias investigaciones y el trabajo de toda una vida del profesor Abraham Arazi».

El tesoro regresaba a su lugar natural en la historia, pero la familia Arazi había obtenido algo considerablemente más valioso que el oro. El apellido Arazi, que estaba manchado por la burla, quedó totalmente purificado. En una sola noche pasó de ser un término despectivo a una marca de honor, integridad y audacia en la comunidad arqueológica mundial.

Esa era el reconocimiento que tanto habían anhelado; ya no eran refugiados del destino, sino los continuadores de la senda de un visionario que se había adelantado a su tiempo.

◆

Una semana después de la ceremonia en Caracas, Ariel permanecía sobre un escenario de madera improvisado en el patio de la escuela, rodeado por cientos de jóvenes que gritaban en medio de oleadas de emoción. Vestía una túnica azul y un birrete cuadrado que le resultaba ridículo y ajeno. Apenas medio año antes trepaba por selvas embarradas y luchaba por su vida, y ahí estaba: sudando bajo el sol israelí, sosteniendo un elegante diploma de graduación de la escuela secundaria como si se tratara del documento más crucial sobre la faz de la tierra.

Al lanzar el birrete al aire junto con todos sus compañeros de promoción, Ariel no buscó los objetivos de las cámaras. Buscó a su pequeño grupo en la primera fila. Yaron y su madre se veían una década más jóvenes, como si un pesado lastre se hubiera retirado de sus corazones. A su lado estaban sentados Maya y Ben; Ben vestía una camisa de un blanco impoluto y se mostraba tan relajado como jamás lo había estado dentro de los muros de una institución que antaño fuera para él una prisión de recuerdos desagradables.

Aquella tarde, los miembros de la familia Arazi experimentaron la vivencia que más amaban de todas. El aroma de las *jalotas* frescas, el pan tradicional del sábado que su madre trenzaba con devoción, llenaba el espacio de la espaciosa casa ya desde el mediodía. En el *Kiddush*, la bendición del vino tras la puesta de sol, la mesa ya estaba colmada de manjares caseros de la madre y ensaladas multicolores. El ruido resultaba familiar y reconfortante: una acalorada discusión entre Ariel y Ben sobre la Liga de Campeones, y la carcajada de Maya resonando en el espacio de la habitación. Yaron se sentaba a la cabecera de la mesa, con el aspecto de alguien a quien muchos años de preocupación se le hubieran borrado del rostro de golpe.

—¿Más *matbuha*, alguien? —preguntó la madre levantándose con una sonrisa. Tomó los cuencos vacíos y caminó hacia la iluminada cocina para traer más de aquella salsa tradicional de tomate y pimiento. Se detuvo un instante junto a la encimera y los contempló a través de la apertura: a sus hijos. Deseaba atesorar esa imagen: nadie huía ya, nadie pasaba hambre y nadie tenía por qué temer al próximo golpe en la puerta. Cuando uno de los chicos gritó en broma que se «moría de hambre por más ensalada», ella sonrió con satisfacción, llenó los cuencos y regresó a la mesa, completando el rompecabezas familiar.

Antes de sentarse, su mirada viajó hacia el estante que estaba sobre la televisión. Allí, en el interior de un marco de madera sencillo, permanecía la fotografía del abuelo Abraham, el padre de Yaron. Se le veía joven, con una mirada inquisitiva y la sonrisa de quien conoce un secreto que el mundo aún no está preparado para escuchar. Maya captó la mirada de su madre y le devolvió la sonrisa. Ambas conocían la verdad: su nombre estaba limpio, el tesoro había regresado a su lugar y sus nietos habían edificado para sí mismos un paraíso precisamente en el lugar donde todo había comenzado.

Tras la cena, Maya salió un instante al porche, disfrutando de la fresca brisa. Extrajo del bolsillo una postal que había llegado esa misma mañana desde Lisboa. En el anverso de la postal estaba

dibujada la línea de la costa portuguesa, y en el reverso aparecían escritas unas pocas palabras con una caligrafía rápida:

«Nuestro viaje puede haber llegado a su fin, pero su recuerdo permanece conmigo. Gracias por enseñarme lo que es una familia, aunque yo siga prefiriendo mi libertad. Dile a Ariel que su puñetazo todavía me duele (pero me lo merecía). Daniel».

Maya sonrió y contempló las luces titilantes del *moshav*. Daniel seguía siendo un enigma, un vagabundo fiel a su costumbre, pero sabía que el vínculo entre ellos jamás se rompería. Inhaló profundamente el aire israelí seguro y regresó al interior, al hogar iluminado. Comprendía que a veces es necesario ir hasta el fin del mundo para encontrar el camino de vuelta a casa, y la verdad que nos aguardaba allí todo el tiempo.

—*Shabbat Shalom* a todos —dijo Yaron levantando la copa de vino para desear una pacífica entrada del sábado.

—¡*Shabbat Shalom*! —respondieron al unísono, y sus voces se mezclaron con el viento de la tarde que soplaba desde el jardín hacia el interior de la cálida casa.

Agradecimientos

Al inicio de estas líneas, deseo expresar mi gratitud al Creador del Universo por el privilegio de soñar con todo lo que mi corazón ha anhelado, y por la fuerza para caminar con la cabeza alta hacia la realización de estos sueños.

Mi más profundo agradecimiento a mis padres y a mi querida familia: por haber sido mi pilar fundamental y haber creído en mí en cada sendero que he elegido, sin condiciones y sin importar el precio. Vuestro apoyo es lo que me ha permitido atreverme.

Gracias a mi hermana Eden, por su mirada aguda y su crítica constructiva, que ayudó a que este libro se perfeccionara a sí mismo.

Un agradecimiento especial a Omer Levi, quien me ayudó a comprender el valor que la escritura tiene para mí. Gracias por

enseñarme a superar el miedo al fracaso y por caminar a mi lado mano con mano, sin rendirte ni un solo instante.

Gracias a todos los que han creído en mí a lo largo del camino. Me siento profundamente agradecida por todas mis vivencias hasta el momento —tanto las complejas como las hermosas—, ѡme han conducido a escribir esta historia y a presentárosla ahora, como un sueño transformado en realidad.

Un agradecimiento especial a vosotros, los lectores, por haber permitido ѡMaya, Ariel y Ben entraran en vuestros corazones y por haber emprendido junto a ellos este viaje.

Concluido y completado, alabanza y gratitud al Creador del Universo.